BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA

LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS

DEL

MARXISMO

POR

M. TUGAN-BARANOWSKY

Profesor de la Universidad de Petrogrado

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN Y PRÓLOGO

DE

R. CARANDE THOVAR



MADRID
HIJOS DE REUS, EDITORES
Cañizares, 3 dupdo.
1915

Hijos de Reus, impresores; Cañizares, 3 dupdo. – MADRID

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Me proponía haber ampliado mi labor precediendo este libro de una introducción acerca de los problemas estudiados por Tugan-Baranowsky en la crítica de Marx que hoy presento en español. Causas diversas han detenido la obra emprendida, ocasionalmente, con este objeto, por lo que no está, todavía, en condiciones de publicidad, y su aparición tiene que ser aplazada. El tiempo que medie, hasta cuando salga á luz, servirá para poner mayores exigencias en el trabajo realizado y completar, en lo posible, las referencias que han de ilustrarle, sobre lo esencial de las controversias sostenidas entre los economistas más ó menos afines á Marx, con motivo del análisis y la crítica de su sistema.

No por tener pendiente este proyecto me juzgo dispensado de escribir unas líneas, á modo de prólogo, y lo hago movido: primero, por la conveniencia de justificar la elección de este libro, y, además, la de añadir unas breves indicaciones referentes á su autor, y al sentido de su crítica.

Las palabras con que comienza el prólogo de Tugan-Baranowsky, necesitan entre nosotros algo más, sin duda, que una atenuación. En ningún otro pueblo europeo, tal vez, parecerían más ociosas que en el nuestro. La pobreza de la producción científica española no puede verse desmentida, naturalmente, cuando se trata de los estudios económicos. No es sorprendente, por lo mismo, que el nombre de Marx evoque, para muchos lectores españoles, nada más que movimientos políticos y organización proletaria: la Internacional, á lo sumo. De Marx, como filósofo y economista, como forjador de la ciencia social, sabido es que, en España, apenas se ha escrito (1); sin

(1) De los trabajos dedicados al marxismo, en general, ó á alguno de sus problemas teóricos, pocos pueden citarse, aun comprendiendo todos los existentes. Merece mención preferente, por ser el único tratado español dedicado, exclusivamente, al examen del marxismo en toda su amplitud: *El socialismo. Fundamentos del sistema marxista. Valor y trabajo.* (Madrid, 1910), debido al Sr. Pérez Díaz. Es un tomo de vastas proporciones, primero de una obra que no ha continuado publicándose, hasta la fecha. Su autor ha dedicado un perseverante trabajo á exponer alguna de las categorías fundamentales en el proceso de la producción capitalista. Sigue fielmente, en su exposición, el orden adoptado por Marx en *El Capital*, sin que haya rebasado, hasta ahora, las dos primeras secciones, de las siete que tiene el primer tomo. (Es decir, 139 páginas de las 739 de dicho volumen.—Veo la 4.ª edición alemana.) El autor transcribe algunos capítulos íntegros, sin privarse de añadir, á continuación, un resumen de los mismos. Otras veces desenvuelve asuntos que en *El Capital* aparecen nada más que iniciados. Los últimos capítulos los dedica á obtener algunas conclusiones de lo expuesto.

Estudios breves del sentido general del marxismo, pueden citarse: un prólogo á la traducción española de la *Miseria de la filosofía*, debida á José Mesa (Madrid, 1891), en el que se atiende, principalmente, á la polémica con Proudhon, asunto del libro; dos conferencias del profesor D. Francisco Bernis (*Carlos Marx*, Madrid, 1912), las que no sólo

perjuicio de que, más de una vez, se haya proclamado, en periódicos y conferencias, como incuestionable, la bancarrota del marxismo. En cuanto al caudaloso venero de investigaciones que ha brotado en muchos países, de la polémica habida entre marxistas ortodoxos y heterodoxos, aquí no ha alimentado fruto original alguno, como es consiguiente, ni, lo que parece previo, han llegado á ser bien conocidos los frutos ajenos.

Siendo así no corre Tugan-Baranowsky el riesgo que teme, de cansar á sus lectores por lo debatido del asunto.

De los modernos críticos de Marx, es éste uno de los más apreciados en Alemania y fuera de allí por los más co-

examinan problemas esenciales del sistema marxista, sino también la labor de sus críticos más autorizados; y, por último, el libro del profesor D. Adolfo Posada, *Socialismo y reforma social* (Madrid, 1904), contiene una serie de estudios breves dedicados á analizar algunos conceptos fundamentales del marxismo; acompañados de numerosas notas bibliográficas.

Sobre uno de los problemas capitales del marxismo: la interpretación económica de la historia, publicó el mismo Sr. Posada, en 1908, un estudio preliminar en la traducción española del libro de Seligman, muy documentada también. Algunos años antes, en 1905, el profesor D. Felipe Sánchez Román leyó un discurso sobre *El materialismo histórico en relación con algunas de las principales instituciones civiles del derecho privado*, al ingresar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas; en la réplica hizo el Sr. Azcárate algunas breves consideraciones, de interés, sobre la historia de la concepción materialista. No recuerdo ahora ningún trabajo más que estudie el marxismo en sus principios fundamentales y teóricos. Al estudiar otros autores el socialismo, el sindicalismo y la llamada cuestión social, citan á Marx y hablan del socialismo científico, del colectivismo, etc., desde un punto de vista que no es el de esta obra, por lo que se prescinde de citarlos aquí.

No es esta ocasión oportuna de juzgar los trabajos enumerados, ni habría en una nota espacio para ello, pero, para terminar ésta, he aquí una lista de las traducciones españolas existentes, de las obras teóricas

nocidos economistas, sin distinción de escuelas. Kautsky, el más autorizado intérprete de Marx, juzga que es Tugan de los que más hondo han penetrado en estos problemas, y que su nombre se cuenta entre los que han aportado algo positivo á la ciencia (1).

Tugan-Baranowsky es profesor en la Universidad de Petrogrado, y muy ventajosamente reputado en Alemania desde 1900, fecha en que publicó en alemán, á la vez que en ruso, un notable estudio sobre las crisis comerciales en Inglaterra (2). Ya entonces, partiendo de principios marxistas, llega á soluciones propias que le separan bastante del maestro.

Aunque parezca extraño, dado lo abundante de la literatura marxista (3), es difícil encontrar una obra que,

---

de Marx: De *El Capital*, aunque *únicamente del primer tomo*, hay tres. La más antigua, debida á D. Pablo Correa y Zafrilla (Madrid, 1886), está mutilada, le falta el cap. XIII, íntegro. Hay una completa, la única recomendable, del ilustrado socialista argentino Juan B. Justo (Madrid, 1898), y, por último, otra del famoso compendio de Deville, hecha por T. Alvarez (Madrid, Sempere); *La Crítica de la Economía política*, traducida por Barriel (Barcelona, Granada); *La Miseria de la filosofía*, traducida por José Mesa, con una breve carta de Engels (Madrid, 1891); del *Manifiesto Comunista*, entre otras, una moderna (Madrid, 1906), de R. García Ormaechea, precedida de la introducción que puso Andler á la traducción francesa. Hay también traducciones del trabajo publicado bajo el título: *Precios, salarios y ganancias*, y de los artículos sobre la revolución de 1848, titulados, en español: *Revolución y contrarrevolución*, por A. Ramírez Tomé (Madrid, 1904).

(1) *Neue Zeit*; XX, 2, pág. 57.

(2) *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelscrisen in England*. Esta obra fué traducida inmediatamente al inglés, y, hace muy poco tiempo, se ha publicado también en Francia.

(3) Werner Sombart habla de 300 escritos sobre Marx y ofrece una colección cronológica de ellos en su *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (tomo XXI). Posteriormente, R. Michels, en el mismo Archivo (tomo XXVI), completa la serie con la bibliografía marxista italiana. Teniendo presente que lo más intenso de la crítica del marxismo comienza después del año 1894, en el que terminó Engels la publicación de *El Capital*, ó, aún más tarde, en 1899, cuando Bernstein, con sus *Voraussetzungen des Sozialismus*, inicia la polémica revisionista, y que la serie de Sombart, además de no ser completa, tiene más de ocho años de antigüedad, se comprenderá lo considerable de la producción científica dedicada á Marx, la que ha formado, sin duda, el punto central de las polémicas teórico-económicas de nuestros días.

dentro de tan reducido espacio, contenga un estudio tan inteligible de todo el sistema, como la presente.

La gran extensión del excelente libro de Hammacher (1) dificulta la empresa de su versión, y, más aún, la de su publicación en nuestra lengua. Obras como ésta encuentran pocos lectores, cuando no han sido precedidas de algunas que hayan presentado el tema, facilitando su comprensión, y ampliando así el círculo de los interesados en los problemas teóricos que investigan. Conseguido esto, su elección sería indiscutible. De las demás que atienden, juntamente, á las doctrinas filosóficas y económicas de Carlos Marx, como la de Wenckstern (2). Masaryk (3) y Biermann (4), ninguna ofrece, con tanta claridad como la de Tugan, una visión de conjunto de los problemas fundamentales; aunque no puede olvidarse que, en algún momento, su crítica y su exposición, indebidamente unificadas, llegan á alterar el sentido de una interpreta-

---

(1) *Die philosophischökonomische Sistem des Marxismus*, Leipzig, 1910.

(2) *Marx*, Leipzig, 1896.

(3) *Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus*, 1899. De esta obra, que está traducida al francés, hay una crítica en la versión española del libro de Labriola: *Del materialismo histórico*, Sempere, Madrid.

(4) *Die Weltanschahung des Marxismus*, 1908.

ción auténtica, ó á prescindir de extremos esenciales, y esto explica los juicios severos formulados por algunos marxistas al criticar este libro.

Comienza con un estudio de la concepción materialista de la historia que absorbe más de la mitad de la obra. En primer lugar presenta un detenido análisis de los factores sociales que, en distinta medida, informan el curso de la historia. Sin abandonar la concepción causalista, considera decreciente la importancia del momento económico inconsciente en la determinación del proceso histórico, llegando á descubrir, á lo largo del mismo, una emancipación del hombre frente á las fuerzas económicas, como conquista del progreso, especialmente, en cuanto se expresa en el aumento de la productividad del trabajo, al mismo tiempo que "la evolución social va aumentando el valor de los intereses económicos, como motivo consciente de las acciones humanas„. En esta doble relación desintegra Tugan, la influencia de la economía en la historia. El estudio de cada uno de los factores que aporta y sus numerosas referencias doctrinales y de observación, son de gran interés; sin embargo, su mayor mérito reside, tal vez, en la fijación del concepto de fuerza productiva, difícil de hallar de un modo preciso en los escritos de Marx, de Engels, ni de otros autores que han estudiado el problema. (Hammacher ha rectificado este concepto.)

Su crítica de la interpretación materialista de la historia no ataca la posición que han defendido los marxistas más significados. Como dice Bernstein, toda la discusión de Kautsky con los revisionistas gira sobre el

sentido que ha de darse á la palabra determinismo empleada por unos y otros. Sin pretender separarse del espíritu que informa la interpretación marxista, aceptándola plenamente, escribe el mismo Bernstein: "El materialismo filosófico ó naturalista es determinista; la interpretación materialista de la historia no lo es, ella no atribuye á la base económica de la vida de los pueblos una influencia incondicionada y determinante de su estructura„ (1), y, después, añade: "La interpretación económica de la historia no pretende decir que sólo deben ser reconocidas fuerzas económicas ó motivos económicos, sino, únicamente, que la economía forma la fuerza siempre decisiva de la historia, el eje de sus grandes movimientos. Las palabras interpretación materialista de la historia detienen todas las malas inteligencias que, en general, ha despertado el concepto del materialismo„ (2). Ya se ve lo lejos que están estas conclusiones de las que Tugan defiende.

Cuando del revisionismo ha partido el reconocimiento de que en ningún momento desconocieron Marx ni Engels la influencia de factores no económicos en el curso de la historia, sino que siempre los tuvieron presentes, y que tan sólo se trata de medir el alcance que ha de atribuirse á las fuerzas ideológicas en la evolución de la historia, sorprende que Tugan, buen conocedor de Marx, pueda aceptar la censura fácil de los que afirman que Marx y Engels han partido de una concepción muy

(1) *Voraussetzungen des Socialismus*, pág. 14.
(2) Idem, id., pág. 7.

baja de la naturaleza humana y que "ignoraron, si no negaron, los más elevados impulsos de nuestras acciones„. Censura doblemente injustificada si se tiene presente que Tugan sostiene que de la concepción materialista de la historia podría hacerse, sin dificultad, mediante su reconstrucción, una doctrina científica muy utilizable, y toda la modificación propuesta se reduce á ampliar el concepto de economía hasta comprender en él todo trabajo humano dirigido á vencer la resistencia de la naturaleza exterior; reforma, por otra parte, bien ociosa, puesto que Marx, como Tugan reconoce, ya había elaborado este concepto (1).

Así como Tugan acepta, con las reservas indicadas, la interpretación económica de la historia, rechaza en cambio, terminantemente, la teoría del valor-trabajo de Marx como equivocada, y la de la plus-valía como insuficiente para explicar la explotación capitalista. En cuanto á la teoría del valor-trabajo, que él llama absoluta — por entender que Marx acepta ese único elemento como constitutivo del trabajo y diferenciarla así de la relativa de Ricárdo —, la abandona, cediendo su puesto á la teoría de la utilidad-límite. Tugan considera ésta como una de las conquistas definitivas de la ciencia económica é inconciliable con la teoría marxista del valor. En afirmar esta incompatibilidad coincide con Kautsky defensor, en toda su pureza, del criterio marxista.

Para Bernstein, cuya posición frente al problema acredita su sagacidad y también su espíritu ecléctico, no

(1) Véase Vorländer, *Kant und Marx*, 1911.

existe semejante incompatibilidad, sino que ambas teorías corresponden á distintos factores en la determinación del valor; factores que, ni se excluyen, ni pueden ser confundidos: los costos y la utilidad; lo que podría llamarse la materia, ó contenido del valor, trabajo acumulado, según la terminología marxista, y la forma, ó sea la utilidad (valor en uso), segundo factor, que se determina en el mercado. Pero donde reside lo más personal de Bernstein es, seguramente, en proclamar que Marx "ha incluído siempre, resueltamente, en el concepto del tiempo de trabajo social necesario, determinante del valor, el momento de la necesidad *(Bedarfsmoment)*„ (1); y, únicamente, atendiendo á que esta relación permanece siempre indeterminada en la naturaleza de las mercancías, hace Marx abstracción de ella, en su determinación del valor como la suma de trabajo social necesario de que la sociedad dispone; pero en ningún caso desconoce aquella relación.

En lo que Tugan y Bernstein concuerdan es en discutir á la teoría del valor el carácter de imprescindible para demostrar la explotación capitalista, que otros marxistas le reconocen. Tugan, llegando mucho más lejos que Bernstein, afirma que la teoría de la plus-valía es superflua como base explicativa de la explotación capitalista. De aquélla no acepta más que su contenido social; no su fundamentación económica. La ley de la plus-valía no explica por qué su totalidad cae en manos de los capita-

(1) Su artículo "Arbeitswert oder Nutzwert? *(Zur Theorie und Geschichte des Socialismus*, Teil III), que ratifica y amplía las conclusiones de las *Voraussetzungen*, es del mayor interés.

listas. Marx mismo, dice Tugan, tiene que explicar este fenómeno en otra sección de *El Capital*, al tratar del proceso de la acumulación; y es que la distribución de la riqueza no está en relación de dependencia con ninguna teoría del valor. Este es el punto de partida de uno de sus trabajos más recientes, donde pretende fijar la base social del provecho y del salario, distanciándose en igual medida de la escuela psicológica y de la marxista, respectivamente, en cada problema. Su estudio (1), ha sido muy criticado por los marxistas; principalmente, por prescindir del valor como factor determinante de la distribución (2). Precisamente, de lo inadecuado de la teoría del valor como clave de la economía capitalista parte Tugan cuando niega al marxismo el carácter de socialismo científico y defiende, en su lugar, las anteriores concepciones socialistas llamadas utópicas (3).

En la sección tercera y última de su libro, Tugan examina la teoría de la descomposición del capitalismo, y apoyándose en su propia teoría de las crisis, presenta puntos de vista señaladamente personales. Por lo pronto rechaza la concepción generalmente aceptada por los economistas, sin distinción de escuelas, de la necesaria correspondencia entre la producción y el consumo de la riqueza, y dentro de ella, particularmente, la doctrina de la falta de salida para los productos capitalistas—incensante

(1) *Soziale Theorie der Verteilung*, Berlín, 1913.
(2) Sirva de ejemplo la de Bucharin, *Eine Okonomie ohne Wert. Die Neue Zeit*. (XXXII, Bd., 1).
(3) Sobre el particular: *La evolución histórica del socialismo moderno*, del mismo autor, pendiente de traducción castellana.

y anárquicamente lanzados al mercado—, doctrina que, como es sabido, representan no solamente los marxistas.

Tugan piensa que aquella correlación no es esencial para el capitalismo por ser éste un sistema económico antagónico, es decir, un sistema en el cual el sujeto económico—capitalista—, no coincide con el trabajador, y posee la fuerza de hacer de éste un simple medio económico. En su consecuencia, su objetivo, el destino de sus productos, no es el consumo, sino la producción misma. Y, siendo así, no puede darse el anunciado conflicto por la falta de mercado. El capitalismo obtiene, ante todo, medios de producción, y como el incremento de la producción no tiene otro límite que el de las fuerzas productivas, aún decreciendo el consumo social, puede aumentar la demanda social de mercancías, por muy extraño que esto parezca. El hecho se explica porque la misma marcha ascendente de la producción capitalista crea un mercado de medios productivos—material de ulteriores elaboraciones—, como ocurre con las industrias del hierro y del acero; todo á expensas de una reducción de los productos dedicados al consumo, y de este modo todo riesgo de una superproducción resulta imaginario. La producción capitalista se crea un mercado propio—mercado de productores—, el consumo no es más que uno de sus momentos y la acumulación capitalista, con independencia de las formas actuales del beneficio y del consumo, puede prolongarse hasta el infinito; el riesgo de una superproducción sólo puede aparecer como una *momentánea falta de proporcionalidad* en las inversiones de capital puestas en curso. Este es, trazado á grandes ras-

gos, el proceso que sigue y el porvenir libre de toda inquietud que, según Tugan, se presenta á la producción capitalista.

Muchos de los elementos de que Tugan se sirve son puramente marxistas; personal es, en cambio, el empleo que hace de ellos, y, consiguientemente, las conclusiones que obtiene. El incremento del capital constante (máquinas, medios de producción, etc.), á costa del variable (salarios), es una expresión capitalista de la creciente productividad del trabajo, fenómeno que se daria aún en mayor escala, dentro de un orden socialista—armónico, según la terminologia de Tugan—descartados allí sus presentes conflictos. Es una ley, la del constante descenso de los medios de consumo, establecida por Marx como esencial, aunque á Tugan corresponde haberla llevado á extremos paradójicos. En cuanto á la proporcionalidad que se da en los esquemas marxistas de la reproducción ampliada, presentados por Tugan, llega á tener lugar en un caso posible y único, según Kautsky; pero Tugan cifra en dicha proporcionalidad la ley inmanente de la evolución capitalista. Mal se aviene, desde luego, esa normal proporcionalidad, que Tugan sostiene, con la aparición histórica de crisis de superproducción que siguen indefectiblemente á todo periodo de prosperidad industrial en los países en que impera la gran industria; fenómeno que no ha llegado á eliminarse con la expansión del mercado capitalista en países económicamente inferiores. Además, este mismo hecho, el haber intensificado las industrias capitalistas la elaboración de medios de producción, que se exportan á otros países, en lugar de los articulos de consumo, sólo muestra que la órbita del capitalismo se ha ampliado, y que muchos de estos países, antes tributarios, producen hoy ya lo necesario para su consumo, y pronto su misma industria producirá los materiales que hoy compra y se irán cerrando así otros tantos mercados, haciéndose cada vez más difícil la realización del capital acumulado. De la confrontación de sus esquemas con la realidad, prescinde Tugan.

De este modo, aceptando como ilimitado el proceso de acumulación del capital, desecha el supuesto de que el fin del capitalismo pueda estar determinado por motivos económicos. "La economía capitalista no lleva consigo elemento alguno que en un momento haga su vida imposible„ (pág. 258). Contra lo que pudiera pensarse no es esto profetizar para el capitalismo una vida ilimitada; más aún, el orden económico socialista tiene que sucederle necesariamente. Esta necesidad fatal la descubre Tugan fuera del mundo de la economia; reside, en el antagonismo del orden económico reinante con concepciones jurídico-morales cada dia más extendidas. Tugan intenta dar una fundamentación ética al socialismo, empresa en que le acompañan prestigiosos socialistas que no han renunciado por eso al marxismo (1).

La necesidad imperiosa de que el capitalismo termine nace de la contradicción del principio fundamental capitalista, que hace del hombre un simple medio económico,

(1) Sobre el asunto véase, en el libro citado de Vorländer, abundante bibliografía.

con la norma ética fundamental, según la cual, el hombre, como sér de razón, es siempre fin en sí (Kant).

Lo que no puede, seguramente, proclamarse, es el antagonismo de esta norma con la doctrina de Marx. Aun cuando en los escritos de Marx no llegue á formularse una cimentación del socialismo sobre principios éticos-pues su labor fué por muy diverso camino, se encuentran en ellos pasajes que revelan su visión del problema en términos clarísimos: "La transformación del obrero en una bestia de trabajo es un método para precipitar la propia realización del capital: la producción de plus-valía; y humanizar al trabajador en el proceso de la producción es un derroche, sin fin y sin sentido„ dice en *El Capital*—tomo III, pág. 61—. Algo más adelante: que "la producción capitalista, mucho más que ninguna otra, es una disipadora de hombres y de trabajo viviente; disipadora, no sólo de carne y de sangre, sino de nervios y cerebro„—tomo III, pág. 63—. Sobre tales afirmaciones, es aventurado asegurar que Marx haya juzgado demasiado favorablemente al capitalismo (1).

Hay una serie de postulados éticos de los que no se puede prescindir al fundamentar el socialismo como aspiración ideal á un orden social más justo, ellos preparan su implantación, que sólo se realizará mediante condicio-

(1) Pasajes citados por Vorländer: *Kant und Marx*. Un libro de un marxista, consagrado, en gran parte, al problema de la reconstrucción del marxismo sobre la ética de Kant, es: *Marxistische Probleme*, Stuttgart, 1913. Su autor, Max Adler, considera esta reconstrucción no sólo posible, sino necesaria.

nes económicas que determinen la desaparición del capitalismo.

Y aquí termino, pues sólo me propuse con estas indicaciones, señalar, por el sentido de este libro, principalmente, la peculiar posición de Tugan frente al marxismo, comparándola con la propia de los marxistas puros y los revisionistas. Sólo me resta expresar mi gratitud al autor por las facilidades que ha dado para la traducción, y mis deseos de que ésta sea de utilidad para los lectores españoles.

R. CARANDE THOVAR.

Madrid, Noviembre 1914.

PRÓLOGO

La aparición de un nuevo libro consagrado á la crítica del marxismo necesita tal vez una justificación. El público está al parecer cansado de la lucha constante entablada entre "ortodoxos„ y "revisionistas„, en la que también han tomado viva parte varios economistas "burgueses„. Con todo, la crítica del marxismo no puede terminar mientras esta contienda no quede definitivamente resuelta, porque no en vano está el marxismo en el punto céntrico de las actuales investigaciones, gracias á su enorme trascendencia como doctrina científica y como movimiento social. Esto explica por qué "la literatura de polémica de nuestra época es por antonomasia la marxista„, como recientemente dijo un teórico distinguido y vehemente enemigo de la misma.

El presente escrito persigue no sólo fines de polémica, que si en él se hace la crítica de las doctrinas de Marx, es intentando poner, junto á la negativa, crítica positiva también y aspirando á valorar y desarrollar lo sano y exacto del marxismo. Adopté esta actitud en presencia de las teorías críticas existentes, por lo mismo que quería servir á las grandes y nobles causas que el mismo Marx tan bien

ha defendido. Mis ataques polémicos no los dirijo á Marx como socialista; por el contrario, cuando me pronuncio contra la fundamentación marxista del socialismo, es sólo con la intención de cooperar á una fundamentación del socialismo mejor y más adecuada al moderno estado de la ciencia.

La selección que hago de las doctrinas de Marx, me fué dictada por la siguiente consideración: en el sistema marxista, en tanto que no es un sistema de política social, hay que distinguir la teoría abstracta, social y económica, de la investigación histórica y de las tendencias evolutivas del capitalismo. Lo mismo ha de decirse de la crítica; la de la parte abstracta del sistema puede fundamentarse en consideraciones generales económicas y sociológicas, mientras que el juicio de las construcciones históricas de Marx, es inseparable de una investigación de la historia concreta del capitalismo. En este escrito se trata solamente de lo primero: de la parte general del marxismo.

EL AUTOR.

Berlín 13 Noviembre 1904.

SECCIÓN PRIMERA

CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS IDEAS FUNDAMENTALES DE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

I. *Concepto de la fuerza productiva:* Distinción entre las concepciones materialista é idealista de la historia.—Fuerzas ideológicas.—Ciencia.—Condiciones materiales del desarrollo social. — II. *Factores reales de la economía como fuerzas productivas:* Aspecto social y material de la economía. — Producción y cambio. — Distribución.— Bases materiales de la economía.—La raza como potencia económica.—III. *La doctrina de la lucha de clases:* La clase en formación y clase constituída. — El fundamento de la oposición de clases.—Conciencia é intereses de clase.—Lucha de clases.

La concepción materialista de la historia pertenece á aquellas construcciones científicas cuyo juicio debe comenzar con la fijación de su contenido. Ninguna otra explicación filosófica de la historia ha obtenido una literatura crítica más extensa, ni ha motivado mayores equivocaciones. Cada expositor ó cada crítico ha dado su peculiar explicación de la célebre teoría, lo que es en parte debido á los defectos de forma en que incurrieron Marx y Engels cuidándose poco de dar una formulación precisa á sus ideas. Así se explica que los críticos se vean precisados á buscar, de cuenta propia, una mayor precisión que sirva de base firme á su trabajo.

I

Conocida es la importancia que el concepto de las fuerzas productivas tiene en la filosofía de la historia de Marx. La evolución social toda, con su complicación infinita, descansa, según él, en el desarrollo de las fuerzas productivas, ó mejor, como Marx repite, de las fuerzas productivas materiales. Pero no encontramos en sus escritos—como tampoco en los de Engels—una definición exacta de este concepto; ni se puede siquiera discutir que Marx haya usado este término en diversas y aun contradictorias acepciones. A veces comprende entre las fuerzas productivas los medios de producción y circulación, en otras ocasiones algo más indeterminado y amplio. Así, leemos en su escrito contra Proudhon que "de todos los instrumentos de producción, la mayor fuerza productiva es la misma clase revolucionaria„ (1). Evidentemente llama el autor aquí fuerza productiva á todo aquello que favorece á la producción social; sólo en este sentido puede designar como fuerza productiva á una de las clases de la sociedad. En este mismo sentido habla Marx á menudo de "la fuerza productiva del trabajo„ como equivalente á la productividad del mismo.

Pero dilatado de tal modo el concepto de fuerza productiva, desaparece toda diferencia entre la concepción materialista de Marx y las dominantes explicaciones "ideológicas„ ó idealistas de la historia. En este sentido, ¿á qué no puede llamarse fuerza productiva? Religión,

(1) Marx, *La miseria de la filosofía*, pág. 169.

moral, ciencia, constitución política, derecho, etc., ejercen una influencia indiscutible sobre la producción social y son, por lo mismo, otras tantas fuerzas productivas. Si llamamos fuerzas productivas á los mismo grupos sociales, se convierte al materialismo histórico en una mera tautología, en la inocente afirmación de que la evolución social está determinada por la de los grupos sociales.

Ciertamente que Marx quiso decir otra cosa cuando en su escrito contra Proudhon, estampó la siguiente frase: "Con la adquisición de nuevas fuerzas productivas transforman los hombres su manera de producir, y con esta variación en el modo de procurarse el sustento, cambian todas sus relaciones sociales„ (1). Cometeríamos el mayor de los errores si quisiéramos dar al pensamiento de Marx tal significación, ó que la adquisición de nuevos conocimientos, el progreso de la ciencia, formase el momento culminante de la evolución histórica. Con esto quedaría cortado todo el sentido del materialismo histórico, y la peculiar teoría marxista de la evolución social, convertida en su contraria, en la usual interpretación "ideológica de la historia„. — "Al cerebro„ — dice Engels—, á la evolución y actividad del entendimiento, se atribuyeron todos los méritos de una civilización progresiva; los hombres se acostumbraron con ello á explicar su vida por su pensamiento, en vez de hacerlo por sus necesidades—las que ciertamente en el cerebro llegan á hacerse conscientes—, y así nació con el tiempo aquella concepción idealista que, desde el ocaso del mundo antiguo, ha

(1) Obra citada, pág, 96.

sido dominante (1). En el prólogo de su "Crítica de la Economía Política„, ha formulado Marx la idea fundamental de su filosofía de la historia, con sus conocidas palabras: "No es la conciencia del hombre lo que determina su sér, sino, por el contrario, su sér social lo que determina su conciencia„.

¿Qué otra cosa sino una mala inteligencia significa la afirmación del más saliente representante del moderno marxismo, Carlos Kautsky, cuando dice: "el estado actual de las matemáticas pertenece tanto á las condiciones económicas de nuestra sociedad, como el de la técnica mecánica ó el del comercio mundial„ (2). Con las matemáticas cuenta Kautsky la química y, sobre todo, la ciencia natural, entre las fuerzas económicas, por la sencilla razón de que tanto una como otra influyen en la economía. Con la misma justicia podría considerar al Derecho y también al Estado, y, en general, á todas las ideologías como "condiciones económicas de la sociedad existente por ser indiscutible la poderosa influencia que todas ellas ejercen sobre la economía„. Y de este modo se consigue, como ya hemos dicho, suprimir toda distinción entre las concepciones materialista é idealista de la historia.

El mismo Marx parece que no estaba libre de tales rectificaciones. "La Sagrada Familia„ descansa ya en su nueva filosofía de la historia, y, sin embargo, en este estudio encuéntrase el siguiente pasaje: "¿O cree la crítica haber comenzado siquiera á conocer la realidad histórica mientras excluya del movimiento histórico las relaciones teóricas y prácticas del hombre con la naturaleza, la ciencia natural y la industria?„ (1).

(1) Engels, *La participación del trabajo en la transformación del mono. Nuevo Tiempo*, XIV, tomo, II, pág. 551.

(2) Kautsky, *Qué quiere y qué consigue la concepción materialista de la historia. Nuevo Tiempo*, XV, tomo I, pág. 231.

Por consiguiente, la ciencia natural y la industria son las fuerzas motoras de la historia. Este dualismo hace recordar á Saint-Simon que igualmente descubría en la ciencia y la industria las dos bases del orden social. Pero el materialismo histórico es una construcción monista y precisamente considera como decisiva la práctica de la vida, y no el pensamiento teórico. Si es la ciencia natural una fuerza independiente, al lado de la industria, ¿por qué no ha de serlo también la filosofía cuya historia tan unida está con la de la ciencia? Y en este caso, ¿qué subsiste de la frase marxista sobre la conciencia y el sér social?

La ciencia natural, como el pensamiento teórico en general, considerados desde el punto de vista del materialismo histórico, son un producto más bien que una causa de la evolución histórica. Es, con todo, muy característica esta vacilación que reina en derredor de las ideas fundamentales de la concepción materialista de la historia. La vaguedad del concepto de fuerza productiva, pone á la mentada doctrina en peligro de perder su debida exactitud.

Esta misma circunstancia ha prestado á algunos marxistas un servicio no pequeño, permitiéndoles designar todas las cosas del mundo como fuerzas productivas y explicar así fácilmente todas las dificultades del materialismo histórico.

Así, por ejemplo, estas enigmáticas fuerzas productivas tienen en los escritos de Plechanow, el mismo papel

(1) Colección de los escritos de Marx y Engels, tomo II, 1902, página 259.

que las fuerzas vitales en la vieja psicología. Todo se explica con ellas, pero callando siempre sobre lo que ellas sean y sus condiciones. Las fuerzas productivas son antepuestas á la evolución social como su momento determinante, y al mismo tiempo se las designa, con sorprendente lógica, como fuerzas sociales é históricas mudables.

En "El manifiesto comunista„ y otros escritos, hace entender Marx que las fuerzas productivas no son otra cosa que los medios de producción y circulación. Bien podría aceptarse esta fijación del concepto si no fuera el más apropiado para causar nuevos errores. Por medios de producción se entiende corrientemente los instrumentos de trabajo, primeras materias y materias auxiliares; pero no las condiciones naturales de la producción, como clima, situación geográfica del país, etc. Y la naturaleza es, ciertamente, una fuerza productiva en sentido marxista, como Engels lo reconoce (1).

La identificación del concepto fuerzas productivas con medios de producción y circulación, tropieza todavía con otras dificultades. Así Engels llama "á la división del trabajo y á la cooperación de trabajadores en una manufactura„ (2), nuevas fuerzas productivas puestas en movimiento por la burguesía. La adquisición de nuevas fuerzas productivas no es idéntica á la introducción de nuevos instrumentos de trabajo, porque la manufactura en esta relación, se distingue muy poco del oficio. Ciertamente que el mismo Marx, con su modo de expresarse, ha motivado una tal acepción del materialismo histórico, como

(1) Carta de Engels á Starkenburg, *Documentos del socialismo*, 1902, tomo II, pág. 73.

(2) Engels, *Luis Feuerbach*, 2.ª edic., 1895, pág. 48.

si él viese en el descubrimiento y empleo en la producción de un nuevo instrumento de trabajo la única fuerza impulsora del progreso histórico (1). Con su reconocimiento de la manufactura como una nueva fuerza productiva, prueba, pues, Engels, que su acepción de la doctrina no corresponde, en este punto, á su espíritu. Así lo confirma Marx cuando dice: "También en una constante forma de trabajo puede, el empleo simultáneo de un número mayor de trabajadores causar una revolución en las condiciones reales del proceso del trabajo mismo„ (2).

Puede, por tanto, revolucionarse la producción sin que los útiles del trabajo cambien, ó, con otras palabras, es posible la evolución de las fuerzas productivas, aun sobre la base de unos mismos instrumentos.

Es por lo demás manifiesto que el empleo de nuevos instrumentos, en ningún caso deberá ser reconocido como fuerza dominante de la evolución social. Sólo en los tiempos más recientes se suceden rápidamente las invenciones técnicas, mientras que antes corrían los siglos sin que se introdujesen modificaciones esenciales en los instrumentos de producción, y no por esto se ha detenido la marcha de la historia. El paso del oficio á la manufactura; la reunión de los que antes eran pequeños productores independientes, en un gran taller bajo la di-

(1) Así dice, por ejemplo, Kelles-Krauz, que la forma de la producción, conforme á la concepción materialista de la historia, está condicionada por "los útiles de la producción, por el equipo de instrumentos„.—Kelles-Krauz, *¿Qué es el materialismo económico? Nuevo Tiempo*, XIX, tomo II, pág. 652. También, según la opinión de Kautsky, "la evolución económica„ no es, en último extremo, otra cosa que el desarrollo de la técnica, el proceso de descubrimientos é invenciones. *Nuevo Tiempo*, XV, tomo I, pág. 231.

(2) *El Capital*, tomo I, pág. 288.

rección de un capitalista, fué un momento de la mayor importancia en el progreso económico y social; pero la extensión de la manufactura no puede ligarse á invención técnica alguna. Entre todas las formas de explotación sólo hay una — la fábrica — cuya característica consiste en el instrumento que emplea. El nacimiento del oficio, la expansión de la industria doméstica (Verlagssystem), esta evolución industrial milenaria, no está en dependencia alguna con invenciones técnicas.

"Nada puede ser más equivocado—dice con razón Carlos Bücher—que aquellas construcciones doctrinales que fijan nuevas épocas de cultura con el comienzo de la alfarería ó del trabajo en hierro, la invención del arado ó del molino de mano. Pueblos que saben trabajar el hierro y hacen de él hachas y otros instrumentos, se sirven, sin embargo, todavía de flechas y lanzas de madera, ó cultivan la tierra con azada de madera también, aun teniendo bueyes que podrían tirar del arado„ (1). Esto no dice nada ciertamente contra la concepción materialista de la historia, pero sí contra la interpretación de la misma, que quiere descubrir en las invenciones técnicas la fuerza más decisiva de la historia.

II

Así como Marx, en la formulación de su filosofía de la historia, insiste siempre sobre las fuerzas productivas como el más considerable poder histórico—en su famoso prólogo á la "Crítica de la economía política„—, Engels prefiere

(1) Bücher, *Trabajo y ritmo*, 3.ª edic., 1902, pág. 10.

designar á "la producción y después al cambio„ (1) como verdadera base del orden social. Cierto que esta distinción de los dos autores en la manera de formular una doctrina común no tiene un sentido fundamental, aunque no carece de interés para la comprensión de la misma. Engels presintió que el concepto de fuerzas productivas es demasiado vago é indeterminado para dar al lector una clara idea de los fundamentos del materialismo histórico, y prefirió por ello hablar de la producción y del cambio en lugar de las fuerzas productivas. Esto, sin embargo, no puede considerarse como un perfeccionamiento de la doctrina.

Este, sólo se ha conseguido sacrificando su primitiva construcción marxista. No uno, sino dos momentos—la producción y el cambio—son reconocidos por Engels como decisivos, sin determinar, precisamente, la relación entre ambos. Ciertamente con su forma de expresarse—"después de la producción el cambio„—da Engels á entender que el segundo juega un papel secundario en la determinación del orden social; esto no obstante, el cambio, parece ser también, en cierto modo, un factor independiente de la producción. Así, critica Engels con agudeza la concepción de Dühring, en la cual se considera al cambio como una segunda parte de la producción, porque á ésta corresponde todo el proceso que lleva el producto al consumidor. Y á ello observa Engels: "Cuando Dühring unifica los dos procesos, esencialmente diversos, y al mismo tiempo mutuamente condicionados, la producción y la circulación, y serenamente afirma que la

(1) Engels, *Revolución de la ciencia de Eugenio Dühring*, 3.ª edición, 1894, pág. 286.

omisión de este orden "sólo desorden ocasiona„, prueba con ello, sencillamente, que desconoce ó no comprende el desarrollo colosal que ha experimentado la circulación en los cincuenta años últimos (1). Pero si el cambio es, como piensa Engels, "un proceso esencialmente distinto de la producción„ no más condicionado por ella que lo que mutuamente estén ambos, se equivocaba Marx cuando afirmaba que "la forma de producción de la vida material condiciona, en general, el proceso de la vida social, intelectual y política„ (2), porque entonces cerca de la producción colabora el cambio.

Si, por el contrario, tiene razón Marx, y el cambio está condicionado por la producción como todos los demás procesos sociales, el cambio deja de ser un factor social tan considerable, y por parte de Engels la fórmula materialista de la historia queda metodológicamente invertida por considerar el cambio á la altura de la producción misma. Con la misma razón hubiera él podido decir que la base del orden social son, no sólo la producción y el cambio, sino ambos y la distribución, ó producción, cambio, distribución y constitución política, etc., etc., pues no discutiría Engels que ellas, como otras muchas cosas, tienen acción considerable en la vida social.

Pero lo que es aún más importante, la definición de Engels, quiebra la concepción materialista de la historia. Es muy poco decir que designamos á la producción como base de la vida social. La producción es un proceso económico regulado por la sociedad. El estado de la producción depende de diferentes momentos sociales del

(1) Engels, ob. cit., pág. 157.
(2) Marx, *Crítica de la Economía Política*, 1859, prólogo.

estado de la ciencia, del derecho y costumbres reinantes, etc. Si el orden social queda determinado por las condiciones de producción, también la producción, seguramente, depende de las condiciones del orden social. Entre las condiciones de la producción, hay que contar, por tanto, el orden social reinante.

No basta, pues, atribuir á las condiciones de la producción la fuerza social determinante, el problema está en averiguar á cuáles de estas condiciones reales ó sociales corresponde aquella eficacia. La concepción materialista de la historia responde á esto categóricamente, pero esta solución no se encuentra en la fórmula que da Engels.

Engels añade después que "las últimas causas de todas las alteraciones y revoluciones políticas y sociales, no han de buscarse en el cerebro de los hombres, ni en su creciente aspiración á la verdad y á la justicia, sino en las transformaciones de la producción y del cambio„ (1). Esta afirmación está rectificada en seguida por el mismo Engels, en su descripción de los conflictos entre las fuerzas productivas y el modo de producir en la sociedad burguesa. Este conflicto se produce, según Engels, por la evolución de las fuerzas productivas y termina con el cambio de los modos de producción. Si así es, es inexacto designar á los modos de producción como "la última causa„ de las alteraciones sociales, puesto que las mismas están determinadas, según él reconoce, por otras causas más profundas, á saber: el estado de las fuerzas productivas.

Volvemos, pues, á la fórmula marxista de la evolución de las fuerzas productivas. El concepto de las fuerzas pro-

(1) Engels, ob. cit., pág. 286.

ductivas forma la base del materialismo histórico, y después de lo dicho, no ha de ser difícil determinarle con toda precisión.

Uno de los puntos débiles de la formulación de la idea fundamental del materialismo histórico de Marx, está en que ella no supo dar al cambio un lugar junto á la producción. Marx habla sólo de modos de producir, como si los modos del cambio fueran sólo un efecto pasivo de la producción. Engels quiso llenar este vacío, pero no lo consiguió, pues no decidiéndose á romper con la fórmula marxista, no dijo nada preciso. Las formas del cambio tienen, sin embargo, en la evolución social y económica, según la descripción del mismo Marx, un papel no menos importante que las de la producción. En sus investigaciones históricas está Marx muy lejos de menospreciar la importancia del comercio. "No hay duda alguna—dice en el tercer tomo de *El Capital*—que las grandes revoluciones que los siglos XVI y XVII, con sus descubrimientos geográficos produjeron al comercio, acrecentando rápidamente la evolución del capital mercantil, forman un momento decisivo en el paso de la producción feudal á la capitalista (1).

La importancia del cambio, pues, en la evolución económica, no es por tanto secundaria, sino decisiva á menudo y promovedora de transformaciones en la forma de la producción. No hay razón alguna para que las teorías sociológicas que reconocen la economía como base del orden social, atiendan menos al cambio que á la producción al formular su respectiva influencia en la evolución social. Ciertamente que constituye la produc-

(1) Marx, *El Capital*, tomo III, parte 1.ª, pág. 317.

ción un momento previo en el proceso económico, pues las cosas, para entrar en circulación, necesitan primero ser producidas. Esto no justifica en ningún caso el primado económico de la producción, lo que también implicaría el de la agricultura, sobre la industria, cuando ahora precisamente es á ésta á la que corresponde el predominio. "La industria forma la fuerza motriz, no sólo de su propia evolución, sino también de la agrícola„ (1). Este es el más importante resultado de la valiosa investigación de Kautsky sobre la cuestión agraria.

El trabajo económico en su totalidad, desde su primer momento, el desprendimiento del producto de la madre tierra, hasta el último, cuando el producto llega al consumidor y pasa al consumo, es un proceso unitario, una cadena, en la que cada eslabón es indispensable para la existencia del todo. La producción no depende menos del comercio que él de ella. Que un momento del total proceso económico tenga una significación decisiva depende de concretas circunstancias históricas en cada caso; es un problema que no se puede resolver de un modo general, y con una fórmula aplicada á todas las épocas históricas y á todas las sociedades. Toda discusión sobre ello resultaría ociosa. Ello ha sido, además, reconocido por Marx cuando dice: "Antes de nacer la sociedad capitalista dominaba el comercio á la industria; en la sociedad moderna ocurre lo contrario„ (2).

Ni producción ni cambio han de ser considerados independientemente por sí solos y separados como bases del orden social, sino algo mayor que ambos y más com-

(1) Kautsky, *La cuestión agraria*, 1899, pág. 292.
(2) Marx, *El Capital*, tomo III, parte 1.ª, pág. 314.

prensivo, á saber: la economía, ó más exactamente, las condiciones del trabajo económico. Éstas son diversas y pueden ser, desde luego, divididas en espirituales y materiales. La concepción materialista de la historia reconoce manifiestamente como predominantes las últimas. Así consigo la siguiente definición del concepto fundamental de la filosofía de la historia marxista. Las enigmáticas fuerzas productivas materiales que, según la concepción de Marx dominan la vida social, no son más que el compendio de todos los factores reales del trabajo económico. Por consiguiente, no todo lo que influye sobre el trabajo económico, sino una parte, la parte real, es lo que integra este concepto de fuerzas productivas materiales. Por ello, con toda razón, hablaba Engels de una concepción materialista de la historia, como él la llamaba. El hombre social vive en un medio tan espiritual como material. El medio espiritual le integra la influencia que la sociedad donde vive ejerce sobre él.

Pero el trato espiritual de los hombres es sólo posible con la mediación de agentes materiales. Uno de otro no pueden separarse; y el material no es otra cosa que el resultado de los factores reales que obran sobre los hombres. A él corresponde el predominio, en opinión de Marx. Y sería no obstante una grave equivocación identificar al marxismo con aquellas teorías filosófico-históricas que quieren explicar el orden social por la influencia inmediata de la naturaleza sobre el hombre.

Como el más caracterizado representante de esta dirección puede citarse á H. Buckle, que relaciona la tendencia á la superstición de los españoles y su intolerancia religiosa, con los frecuentes terremonos reinantes en este país; y explica la religión antropomorfista de los helenos

por la influencia de la hermosa y tibia naturaleza griega, etcétera (1).

Rara vez consiguen tales intentos probar la influencia inmediata de la naturaleza exterior—situación geográfica, clima, etc.—sobre el estado de la vida social. Se puede convenir con Ratzel, cuando dice: "La acción de la naturaleza sobre el estado corporal ó espiritual del hombre, ha sufrido el destino más desventurado para un problema científico; fué discutido detenidamente, y desde distintos puntos de vista, antes de que se llegase á analizarlo con los útiles de la investigación científica, y se penetrara en su interior (2).

Al marxismo no puede confundírsele con estas teorías. La historia de la humanidad no es, desde el punto de vista de Marx, un efecto pasivo de la naturaleza exterior, porque el hombre social cambia la naturaleza misma y crea su historia. "La doctrina materialista—dice Marx—que hace á los hombres producto de las circunstancias y de la educación, y distintos, según ellas, olvida que las circunstancias son también transformadas por los hombres„ (3).

El marxismo no niega la influencia de la naturaleza exterior sobre la historia humana; pero á diferencia de aquella concepción histórica que Paul Barth, en su "*Filosofía de la historia como sociología*„ llama antropogeográfica, hace resaltar Marx, no la influencia inmediata, sino la mediata, ejercida á través de la economía, por

(1) Véase Buckle, *Historia de la civilización en Inglaterra*, 1857, vol. I, cap. II; vol. II, cap. I.

(2) Ratzel, *Antropogeografía*, 1899; tomo I, pág. 41.

(3) Marx, sobre Feuerbach. Suplemento al *Luis Feuerbach*, de Engels, pág. 60.

las condiciones de la naturaleza sobre el hombre. Toda economía descansa sobre bases materiales dadas por la naturaleza exterior. La esencia de la economía consiste en la transformación de aquéllas; así se creará por la actividad económica un nuevo medio artístico, cuya evolución pone en movimiento la historia de la humanidad, en su consecuencia el materialismo histórico.

Las condiciones materiales del trabajo no son una cosa inalterable y rígida, no son un efecto pasivo de la naturaleza exterior, sino una evolución no interrumpida de creaciones históricas del hombre mismo.

Es de la mayor importancia distinguir radicalmente, las condiciones reales de la economía, de las espirituales, y, especialmente, de las sociales; la economía es, á la vez, un proceso real y social. El hombre cambia la naturaleza real, esto es, la parte real de la economía; pero al mismo tiempo se cambia él mismo y los otros hombres, y este es el lado social de la economía. Estas condiciones económicas sociales y reales están estrechamente unidas y recíprocamente se influyen. Se puede considerar á la producción y al cambio como la parte real de la economía, y á la distribución de los objetos producidos como la social. (Más exactamente dicho, tienen también la producción y el cambio su parte social, en cuanto forman un proceso social. La distribución frente á ellas, aun representando la parte social de la economía, puede igualmente ser considerada como real en virtud de las diferentes operaciones técnicas necesarias para que el producto llegue al consumidor.) Si la producción y el cambio influyen considerablemente sobre la distribución, ésta, á su vez, reacciona sobre aquéllas. Ya dice Engels: "La distribución no es un mero producto pasivo de la producción

y del cambio, sino que obra á su vez sobre ellos. Cada nueva forma de la producción ó del cambio es detenida en sus comienzos, no sólo por las antiguas y sus correspondientes instituciones políticas, sino también por la forma de distribución existente, y con ella tiene que luchar hasta que se instaure la que corresponde„ (1). A pesar de todo, la concepción materialista de la historia consideraba decisivas la producción y el cambio, pero no la distribución. ¿Por qué esto? Sin duda porque producción y cambio representan el lado real de la economía, mientras que la distribución es un momento social por excelencia. Más exactamente: no la producción y el cambio, sino sus factores ó condiciones reales, son reconocidos por el marxismo como fundamentos del orden social. Las condiciones sociales de la producción y del cambio serán á su vez determinadas, lo mismo que la distribución por los factores reales de la economía. El estado de la ciencia, el derecho reinante, la constitución política, etc., influyen también poderosamente sobre la producción social. La concepción materialista de la historia no niega esta influencia, pero considera en última instancia como decisivo el efecto resultante de los factores reales de la producción (y del cambio) sobre la vida social; Marx y Engels estaban inclinados á considerar la raza como un factor económico independiente.

En una carta del año 1894 dice expresamente Engels que "la raza es un factor económico„ (2). Algo semejante dijo también Marx: "Independientemente de la forma más ó menos desarrollada de la producción social—leemos en

(1) Engels, ob. cit., pág. 151.
(2) *Documentos del socialismo*, 1902, tomo II, pág. 74.

El Capital—, la productividad del trabajo está unida á condiciones naturales: ellas hacen relación, bien á la naturaleza del hombre mismo, como la raza, etc., bien á la naturaleza que le rodea„ (1). La raza es, pues, según Engels, un factor económico, y para Marx un momento determinante de la productividad del trabajo comparable á la naturaleza exterior.

También algunos marxistas cuentan la raza como un momento independiente que determina la vida social; así el sociólogo italiano Antonio Labriola (2). ¿Concuerda, sin embargo, tal concepción con el pensamiento fundamental del materialismo histórico?

De ningún modo, por los motivos que siguen:

Cierto que la capacidad de trabajo del hombre depende en alto grado de la raza á que pertenece. Es conocido que á hombres de distinta raza corresponde una fuerza muscular media diferente, distinto desarrollo cerebral, etc.; diferencias físicas constituyen los rasgos raciales, que deben estar acompañados de diversa capacidad intelectual. De esto no ha de deducirse que la raza, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, deba ser reconocida como un factor económico de igual calidad que la naturaleza exterior; igualmente influyen otras muchas fuerzas ideológicas—como el derecho, el Estado, la religión, etc.—, que no son factores económicos, sobre la productividad del trabajo y la economía social. La esencia de la filosofía de la historia marxista, consiste precisamente en reconocer la reacción de estos diferentes factores sobre la economía, pero afirmando siempre el primado de ésta. Las condiciones de trabajo dadas por la naturaleza exterior, son factores económicos primarios, porque la economía no oscila en el aire, sino que descansa sobre bases reales.

(1) *El Capital*, tomo I, pág. 476.

(2) Véase su escrito *Del materialismo histórico*. Dilucidaciones preliminares, Roma, 1896, pág. 128.

La raza para el materialismo histórico, no es un factor primario, sino secundario, como la moral, el derecho, el Estado, etc. Los caracteres de raza no son algo rígido é inmovil, están siempre en un proceso; no son una causa definitiva, sino un resultado de la evolución del grupo de hombres respectivo, la cual á su vez está determinada en último recurso por las condiciones de existencia del mismo grupo. "Diferentes situaciones sociales obran favorable ó adversamente, precipitándolo ó deteniéndolo sobre el proceso etnológico y así producen caracteres étnicos. En muchos casos donde se habla de "raza„, sería más adecuado hablar de "clase„. En todos los pueblos acompañan á la particularidad de la situación, distinciones corporales, las cuales, tanto más profundas son, cuanto más lejos están los pueblos de la cultura y de la libertad„ (1).

El llamado espíritu nacional, que de seguir la opinión de muchos historiadores todo lo explica y se manifiesta en todos los campos de la vida social, determinándola, es considerado desde el punto de vista del materialismo histórico, como una muy complicada resultante de las condiciones sociales y especialmente económicas de la vida de cada pueblo. Cierto que no pueden ser explicados todos los caracteres de raza meramente por las condiciones económicas sobre las cuales un pueblo vive, ya que en los caracteres heredados queda la huella de anteriores

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, 2.ª parte, 1891, pág. 590.

condiciciones de su existencia, ya desaparecidas. Las propiedades del espíritu nacional pueden, por tanto, explicarse, así por las presentes, como por anteriores circunstancias económicas, lo mismo que otros productos históricos: costumbres, derecho, etc. Y si Marx y Engels descubren en la raza un factor económico de la misma calidad que la naturaleza exterior, esto sólo prueba que los mismos progenitores de la teoría fueron infieles á sus bases.

III

La doctrina de las fuerzas productivas, de la decisiva significación en la vida social de las condiciones materiales del trabajo económico, es la base de la filosofía de la historia marxista. Sin embargo, esta doctrina no queda agotada por aquélla; forma otra de sus partes, la llamada de la lucha de clases.

La evolución de condiciones económicas reales, es la fuerza decisiva de la historia, aun obrando inconscientemente. En la conciencia humana el conflicto de una nueva forma económica con otra vieja, hace que choquen intereses de diferentes grupos sociales y toma la forma de una lucha de clases. La doctrina de las fuerzas productivas ha esclarecido sólo la parte material é inconsciente del proceso histórico; tiene que ser completada con otra doctrina que explique la reflexión de este proceso objetivo en la conciencia del hombre. Este tema es el que resuelve la doctrina de la lucha de clases.

Concepto fundamental de ella es el concepto de clase social. En el "Manifiesto comunista„ figura esta cortante frase: "la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases„. Algo más oscuro es comprender qué entienden Marx y Engels por clase social.

"¿Qué forma una clase?„; con esta pregunta y sin contestación comienza el tercer tomo de *El Capital*. Sólo averiguamos que el reducido concepto de clase no puede ser confundido con el más amplio de grupo social. Los médicos y los empleados forman dos grupos sociales distintos, pero no dos clases. La división social del trabajo es cosa muy distinta de la composición de las clases de la sociedad. En la sociedad primitiva se vislumbraban ya los comienzos de una especialización de los oficios, sin que á ellos correspondiese una sociedad de clases. Lo mismo podrá decirse de la futura sociedad socialista que á pesar de eliminar de ella las clases, no ha de verse libre ciertamente de la división del trabajo.

Sabemos, pues, lo que no es la clase. Qué sea no está precisamente determinado por Marx en *El Capital*, ni en otros escritos suyos. Hasta parece que empleó este concepto en sentidos diversos y aun contradictorios.

Así dice en su *Revolución y reacción en Alemania* que al estallar la revolución estaba compuesto el pueblo alemán de las siguientes clases: la nobleza feudal, la burguesía, la pequeña burguesía, los grandes y los pequeños labradores, los campesinos libres, los siervos de la gleba, los trabajadores del campo y los industriales (1). En total no cuenta Marx menos de ocho clases. Igualmente descansa su análisis del movimiento social y político coetáneo y posterior á la revolución de Febrero en Francia, sobre la distinción de clases numerosas dentro del pueblo

(1) Marx, *Revolución y reacción en Alemania*, trad. alemana de Kautsky, 1896, páginas 7-11.

francés, y entre ellas presta particular atención á la misión social de la pequeña burguesía y á los pequeños labradores. El punto brillante de este análisis lo forma precisamente la genial caracterización de la pequeña burguesía como una específica clase social. La pequeña burguesía y diferentes grupos de labradores son siempre considerados como clase independiente. En lo que se refiere á los labradores de parcelas, les atribuye como clase social un papel decisivo en el origen del Imperio. "Bonaparte representaba una clase—dice Marx—, la clase más numerosa de la sociedad francesa, la de los cultivadores de parcelas„ (1).

Después de todo esto se sorprenderá el lector, sin duda, cuando lea en el mismo escrito que los cultivadores de parcelas, en cierto sentido, no forman una clase. "En tanto que millones de familias viven bajo condiciones económicas que separan su modo de vida, intereses y educación, de las de otras clases, y los colocan en rivalidad frente á ellas, forman á su vez una clase. Mientras que entre los cultivadores de parcelas sólo existe una local dependencia y que la particularidad de sus intereses no produce ninguna comunidad, ni unión nacional, ni organización política, y así no forman clase alguna„ (2). En resumen, queda sin determinar, precisamente, después de ver que sí en un sentido, y que no en otro, si los cultivadores de parcelas forman ó no una clase.

Pero si no son una clase porque la particularidad de sus intereses no produce ninguna comunidad, ni unión nacional, ni organización política entre ellos„, también

(1) *El 18 Brumario*, 3.ª edic., 1885, pág. 97.
(2) Idem, íd., íd.

será discutible que la pequeña burguesía forme una clase. Y siendo ciertamente los pequeños burgueses alemanes de la revolución de Marzo tan incapaces de formar un partido político independiente como los agricultores citados del tiempo de Bonaparte, podría decirse, que en cierto sentido tampoco formaban ellos una clase. Por este camino quedarían excluídas muchas de las numerosas encontradas por Marx en el seno de la sociedad moderna. Probablemente quedarían de todas ellas sólo las tres célebres citadas ya por Adam Smith, grandes terratenientes, capitalistas y trabajadores. Y aun no todas. La cualidad de clase de los trabajadores no está, ni con mucho, descontada.

Ciertamente que Marx habla innumerables veces de los trabajadores y del proletariado, como clase reconocida. También se dijo esto de los labradores, y ya hemos visto, sin embargo, que poco correspondían sus pretensiones á los caracteres de clase; y de no ser éstos y los pequeños burgueses otras tantas clases, no tenemos ningún derecho á considerar como tal al proletariado antes de que llegue á determinado momento de su evolución. En el *Manifiesto comunista* consta que el proletariado, en el tiempo de su redacción, no era aún una clase. En este famoso escrito se lee, que "el fin más inmediato de los comunistas, como de todos los restantes partidos proletarios, es: formar la clase proletaria„, y que "la organización del proletariado como clase, y con ello como partido político, ha de alcanzarse con la concordancia entre los trabajadores mismos„ (1). Si, pues, la organización del proletariado como clase es

(1) *El Manifiesto comunista*, 1891, páginas 16 y 18.

un fin á conseguir, es, naturalmente, porque no ha llegado aún á formarla.

La clave de todas estas extrañas contradicciones de Marx, puede encontrarse en su escrito de polémica contra Proudhon: "Las relaciones económicas—dice Marx—han convertido, desde luego, á la masa de la población, en trabajadores. La soberanía del capital les ha creado una comunidad de situación y de intereses; así ha llegado á constituir esta masa una clase frente al capital, pero no en y para sí misma. En las fases de la lucha que hemos señalado, ella se encuentra unida, constituída por sí misma en clase. Los intereses que ella defiende, devienen intereses de clase. Pero la lucha de una clase frente á otra, es una lucha política„ (1). Otro tanto puede decirse de la burguesía. En su evolución, distingue Marx dos fases: "una en la que, bajo la soberanía del feudalismo y de la monarquía absoluta, se constituye en clase; y otra, cuando ya constituída, derriba aquellos poderes para convertir la sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fué la más larga, y exigió grandes esfuerzos. También la burguesía comenzó con coaliciones parciales contra los señores feudales, (2).

Las clases sociales presentan dos fases en su evolución; primero se afirman frente á las demás sin ser aún propiamente clases y sólo más tarde, llegan á constituirse como clases en sí, con una organización propia. Cuando Marx negaba á los cultivadores de parcelas la cualidad de clase, quería decir, que no formaban una clase organizada y por sí; mas con todo, lo eran frente á las otras.

(1) Marx, *La Miseria de la Filosofía*, pág. 180.
(2) Idem, íd., íd.

Igualmente, el proletariado, en los tiempos del "Manifiesto comunista„ no era tampoco una clase por sí, aun siéndolo frente á la burguesía.

Esta distinción entre clase para los otros y clase para sí, descansa, notoriamente, sobre la doctrina hegeliana del puro sér, que, mediante su negación, llega al sér para los otros y por la negación de la negación al sér para sí. Cuando Marx, llama al mismo grupo social una vez clase, y luego le niega esta propiedad, lo hace desde el punto de vista de los diversos estadios que su evolución recorre. Del mismo modo ponemos frente á frente una larva, y el animal maduro en que luego se transforma, y, sin embargo, cuando comparamos una larva con otros organismos distintos, le adjudicamos ya el nombre de lo que al término de su transformación ha de llegar á ser.

De aquí se deduce, que lo que en las exposiciones de Marx sobre la cualidad de clase de los diferentes grupos sociales pudo ser considerado como una contradicción lógica, se reduce, más bien, á cierta ambigüedad en la forma de expresarse. Las clases sociales están, según Marx, como todo en el mundo, sometido á las leyes de la evolución, y cada uno de los momentos en la evolución de una clase, contiene caracteres decisivos que faltan á las otros.

Esto debe tenerse siempre presente para comprender bien la doctrina marxista de la lucha de clases. La lucha de clases, dice Marx, es siempre una lucha política; esto no puede afirmarse sin embargo de las contiendas ocurridas entre representantes de clases sin constituir. Antes de la revolución de Febrero no tuvo el proletariado ninguna acción importante en la vida política. A pesar de eso, las contiendas de los trabajadores con los

capitalistas son tan viejas como la producción capitalista misma. Pero las huelgas de grupos de trabajadores aislados, aun cuando estén organizados en federaciones, no forman todavía una lucha de clases ni, por consiguiente, una lucha política. Mientras la clase no está constituida, mientras sus representantes no se sienten unidos como un grupo firme, por sus intereses opuestos á los de las demás clases, privan á la correspondiente contienda del carácter de lucha de clase. Por eso dicen Marx y Engels en el "Manifiesto comunista„, que el tema más importante del partido comunista es: "centralizar las luchas locales de los trabajadores en una lucha de clases, ó, lo que es lo mismo, convertir la contienda puramente económica en una lucha política, organizar al proletariado "como clase y, con ello, como partido político„.

La diferencia entre el concepto de clase, y el más general, de grupo social, está, por lo pronto, en que los intereses económicos de diferentes grupos sociales pueden coincidir, mientras que los de una clase se encuentran necesariamente en oposición frente á los de las demás (1). Pero, ¿sobre qué descansa esta inevitable oposición de intereses que forma la característica decisiva de la sociedad de clases? La contestación marxista es clara y precisa: Toda la oposición entre las clases no es otra, que una expresión del antagonismo fundamental de la sociedad moderna, que consiste en la apropiación por unos grupos sociales del plus-trabajo de otros. La composición de clases de la sociedad es, por consiguiente, una expresión social de la reinante y antagónica forma de la producción;

(1) Véase Kautsky, *Intereses de clase, intereses particulares é intereses comunes*. *Nuevo Tiempo*, XXI. tomo II, pág. 211.

mientras subsista el plus-trabajo no pagado, conservará la sociedad su estructura de clases.

En la sociedad primitiva que no conocía el plus-trabajo faltaba también, naturalmente, esta división de clases Sólo por la violencia, de cualquier suerte que sea, puede obtenerse del trabajador este plus-trabajo, y esta violencia produce el inevitable choque de intereses de los explotadores y de los explotados. Así nace la sociedad de clases.

¿Qué es, según esto, una clase social? Un grupo social formado por miembros que sostienen una posición económica análoga en el proceso de la apropiación que llevan á cabo unos grupos sociales del plus-trabajo de otros; en su consecuencia, la clase tiene comunes intereses económicos y comunes antagonismos. La explotación constituye la esencia de la formación de clases, pues, la relación económica y social de la apropiación del plus-trabajo es una relación de explotación. Sobre esta base se divide la sociedad moderna en clases; unas que prestan su plus-trabajo y otras que se lo apropian. En la sociedad presente, apoyada sobre la producción capitalista, forman los asalariados como explotados, y los capitalistas y los propietarios del suelo como explotadores, las tres grandes clases características de nuestra forma de producir. Pero, aparte de estas clases fundamentales, divídese la concreta sociedad capitalista contemporánea también en otras clases, restos de las anteriores formas de la producción. Todo otro grupo económico particular que existiese independiente de las relaciones de explotación no sería una clase. Esto es desde luego imposible en una sociedad construída sobre el plus-trabajo no pagado, pues la característica de clases es un sello que lleva la completa vida social.

Así, por ejemplo, no formaban los pequeños productores de la sociedad primitiva clase alguna. Hoy encontramos dentro del capitalismo, también pequeños productores que hasta representan la mayoría de la población en los más de los Estados europeos, y que han llegado á ser clase gracias al orden económico reinante. Las parcelas de los labradores franceses no les libra de la soberanía del capital. "Las parcelas de los labradores son sólo el pretexto que permite á los capitalistas sacar de la tierra provecho, interés y renta y mostrar al labrador cómo gana su salario. La deuda hipotecaria que embargaba el suelo impuso á los labradores franceses un interés tan crecido como el interés anual de toda la deuda británica nacional„ (1).

Del mismo modo forma la pequeña burguesía en la sociedad capitalista una clase intermedia entre dos extremos —el capital y el proletariado—, pero una clase con todos los intereses y antagonismos que le son propios. Artesanos *(Handwerker)* y tenderos, que forman el espinazo de esta clase, son empresarios capitalistas, y, como tales, están frente á frente de los asalariados; sin embargo, tienen que temer, más que nadie, de la competencia del gran capital. Ellos explotan al trabajador, pero son arruinados por el capital; los más dichosos ascienden al rango de burgueses, mientras los desgraciados bajan á ser proletarios. Esta situación oscilante de la pequeña burguesía, determina el tipo social de esta clase, que no es capaz de levantarse sobre los antagonismos de clase y colocarse fuera de las relaciones de explotación reinantes en la sociedad moderna.

(1) Marx, *El 18 Brumario*, pág. 101.

Los llamados intelectuales y representantes de las profesiones liberales, consagrados al trabajo intelectual, no forman por sí una clase independiente, por la razón sencilla de que su trabajo no es trabajo económico. A pesar de ello, no están fuera de la oposición de clases, por verse obligados, mediante la fuerza de las relaciones económicas, á incorporarse á una ó á otra. Los más de ellos pertenecen, por su origen, á la burguesía, y están estrechamente unidos á ella por intereses económicos; otra parte más reducida, pero siempre creciente, se adhiere al proletariado. De este modo se separa toda la sociedad en clases con determinados y opuestos intereses económicos. La oposición que produce la apropiación del plus-trabajo no pagado, es la causa del antagonismo que reina en toda la vida social.

Pero no debe olvidarse que una clase tiene que recorrer una larga evolución antes de constituirse como tal. Esta evolución se manifiesta en la creciente conciencia de clase que va adquiriendo. A las que todavía no están constituidas falta la conciencia de sus intereses de clase, ó lo que es lo mismo, de la oposición reinante entre ellos y los de las existentes. Por eso una clase no constituída es incapaz de toda lucha política.

La conciencia de su sér es lo que informa á una clase y la constituye. La conciencia consiste no tan sólo en el sentimiento de solidaridad con los miembros que la integran, ya que la simpatía por aquéllos que se encuentran en semejantes condiciones de vida, no es más que un sentimiento natural á cada hombre normal, y en nada influye para él la conciencia de clase. Para esta es exigible algo más, á saber, el conocimiento de que la situación de los representantes de la respectiva clase está dominada y de-

terminada por el lugar que ocupa en el orden económico reinante. Así, es necesario, para que el proletariado adquiera su conciencia de clase, no sólo que los proletarios sientan su solidaridad, sino que se reconozcan explotados por el capital. La conciencia de clases es, pues, sinónimo de la conciencia de la oposición de clases; de lo inevitable de la lucha de clases.

Toda lucha de clases es una lucha política, ya que siendo el Estado un órgano de la dominación de clases, las clases explotadas, sólo mediante la revolución social pueden cambiar en su provecho, su situación en el orden económico reinante. La clase dominante utiliza el poder del Estado como medio de fundar su soberanía económica, y sólo apoderándose de él pueden liberarse económicamente las clases oprimidas. El despertar de la conciencia de clases es, pues, equivalente á la transformación de la lucha económica en lucha política.

¿En qué sentido afirmaba Marx que la historia de todas las sociedades ha sido la historia de la lucha de clases? Ya sabemos que una clase, sólo en cierto período de su desarrollo, es capaz de una lucha de clases; que este estadio es de menos duración que aquellos durante los cuales aun no posee conciencia alguna, y no puede, por tanto, luchar como clase. ¿Cómo ha de conciliarse esto con la afirmación marxista?

Ciertamente, no quiso Marx decir que todo movimiento social fuese una lucha de clases. Cuán lejos estaba Marx de este absurdo, lo prueba el mismo *Manifiesto comunista*, donde se persigue la transformación de las luchas locales de los trabajadores en una lucha de clases, como el fin más inmediato del movimiento comunista. Más bien aparecen en la concepción marxista las luchas de clases

como fenómenos poco frecuentes en el curso de la historia; ello no fué nunca discutido por Marx detenidamente. Si quisiéramos construir con sus manifestaciones, á veces contradictorias, una teoría lógica y coherente, podríamos darle la siguiente contextura: la evolución histórica culmina en lucha de clases, aunque ciertamente, no consta exclusivamente de ellas. Las luchas de clases son los precursores de las conmociones políticas y sociales y terminan "con una transformación revolucionaria de la sociedad toda, ó con el ocaso de las clases luchadoras„ (1). Y como la historia no son sólo revoluciones clamorosas, de aquí que no conste, exclusivamente de lucha de clases. Sin embargo, puede descubrirse el contenido de la historia en la lucha de clases, ya que éstas forman sus acontecimientos más importantes y decisivos, y todo el resto debe ser considerado desde este punto de vista.

Así, el movimiento de los trabajadores de la primera mitad del siglo XIX, sin ser una lucha de clases, fué una preparación para ella; si bien los choques económicos de los grupos de obreros desorganizados con capitalistas aislados, no tiene carácter de lucha de clases, forman, sin embargo, una parte muy importante y necesaria en la historia de clase del proletariado por preparar la futura revolución proletaria. Así entendida, se convierte toda la historia universal en la historia de la lucha de clases, es decir, en la historia del lento desarrollo de las clases, del paulatino despertar de la conciencia de clase, que conduce á la lucha de clases y culmina en la revolución social.

Sólo interpretándola así puede tener validez científica la doctrina marxista de la lucha de clases. Forma con la

(1) *El manifiesto comunista*, pág. 10.

de las fuerzas productivas la segunda parte integrante de la concepción materialista de la historia; ambas teorías son consideradas y abarcadas por sus fundadores como un todo indivisible. Si lo forman en realidad es lo que intentaré demostrar en las siguientes investigaciones.

CAPÍTULO II

EL PUNTO DE PARTIDA PSICOLÓGICO DE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Marx y Hegel.—Voluntad y razón como fuerzas conductoras de la historia.—La dirección voluntarista en la psicologia y su relación con Marx.—Lo común en las visiones psicológicas de los pensadores del siglo XVIII (Aufklärer) y Marx.

Marx procede de la escuela hegeliana y es reconocido generalmente como "joven hegeliano". No se puede negar, ciertamente, alguna influencia de la filosofía hegeliana sobre las concepciones de Marx. Esta influencia no es, sin embargo, tan profunda como algunos críticos pretenden. Es, por ejemplo, muy exagerada la afirmación de Eugenio Dühring que hace descansar toda la filosofía de la historia de Marx sobre la negación de la negación de Hegel, y que ella subsiste ó cae con la dialéctica hegeliana (1).

Con mucha más razón afirma Marx, en el prólogo á la segunda edición del primer tomo de *El Capital*, que su método dialéctico, "por su fundamento, es no sólo dife-

---

(1) Véase Dühring, *Historia crítica de la economía nacional y del socialismo*, 3.ª edic., 1879, pág. 487.

rente, sino contrario al de Hegel„. y que él tan sólo ha "coqueteado„ con las expresiones hegelianas. "Aunque Marx designa al proceso como negación de la negación—dice Engels—, no piensa con ello demostrarlo como históricamente necesario. Por el contrario: después de haber probado históricamente que el proceso de hecho en parte se ha realizado, y en parte tiene que realizarse, le designa como un proceso que se lleva á cabo conforme á una determinada ley dialéctica„ (1).

La observación de Engels es muy característica y descubre la verdadera situación de cada uno de los fundadores de la concepción materialista de la historia frente á la dialéctica hegeliana. En la "negación de la negación„ no descubre Engels una ley de lo que realmente acontece, aunque sí una "ley dialéctica„. ¡Extraña ley que no puede ser aportada como prueba, ni autoriza prefijar un supuesto!

Esta es, acaso, la mejor muestra del papel que ha tenido la dialéctica hegeliana en la construcción filosófica de la historia de Marx. A quedarse completamente libre de esta dialéctica no podía decidirse Marx. Hasta su muerte continúa siendo, en cierto modo, hegeliano, aunque, al final, sólo en la forma de expresarse. Pero con la cubierta hegeliana envolvió Marx otra sustancia que no tenía nada de común con el ideal de la filosofía de Hegel. No sólo era Hegel un metafísico idealista, mientras Marx pertenece á aquellos pensadores que podrían llamarse metafísicos materialistas, sino que, además, en sus concepciones psicológicas y filosófico-históricas, fueron ambos pensadores fundamentalmente distintos. Como psicólogo y filósofo

(1) Engels, en su obra contra Dühring, pág. 136

de la historia, tenía Hegel de común con los pensadores del siglo XVIII, ver como éstos, en el intelecto, la fuerza motriz de la vida consciente y de la historia: *"c'est l'opinion qui gouverne le monde„*: á esto se reducía la psicología y la filosofía de la historia del siglo de la gran revolución. También era para Hegel el proceso del pensamiento "el demiurgo de lo real„, que decía Marx. Esta filosofía de la historia intelectualista estaba íntimamente ligada con la psicología intelectualista, que reinó hasta tiempos muy recientes.

A Fichte, y, más aun, á Schopenhauer, corresponde la creación de una nueva corriente en la psicología científica. A Schopenhauer, que fué el primero en afirmar que, no la razón, sino la voluntad forma el elemento predominante de la vida consciente. "El conocimiento en general—dice—tanto racional como empírico, procede originariamente de la voluntad, pertenece á la esencia de los más elevados estadios de su objetivación, como un mero μηχανή, un medio para la conservación del individuo y de la especie, como otro cualquiera órgano del cuerpo. Originariamente, pues, al servicio de la voluntad, determinado al cumplimiento de sus fines, continúa también á su servicio casi universal y completo, así en todos los animales como en casi todos los hombres (1).

Esto es una inversión completa del punto de vista de Hegel. A la voluntad, y no á la razón, corresponde el primado de la vida humana. Marx, en este terminante punto de vista psicológico, no está con Hegel, sino con Schopenhauer.

(1) Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, edic. 8.ª, 1891, pág. 181.

No hay motivo para aceptar que Marx haya estado directamente influido por Schopenhauer; pero está, fuera de toda duda, que reconocía, tan decididamente como éste, el primado de la voluntad sobre la inteligencia. "La idea — dice, por ejemplo, en su polémica con Bruno Bauer—, se compromete siempre que se distingue de los "intereses„. Además, es fácil comprender que cada "interés„ cuantioso históricamente logrado, cuando aparece por primera vez en el mundo como "idea„ ó "representación„, excede en mucho de sus verdaderos límites y se confunde generalmente con los intereses humanos. Esta ilusión forma lo que Fourier llama el tono de cada época histórica„ (1).

El aspecto psicológico de la concepción materialista de la historia, tiene su expresión más penetrante en la tesis de Marx sobre Feuerbach, citada por Engels. "El defecto capital de todo materialismo ha sido—dice Marx— concebir la efectividad objetiva y real, sólo en forma de objeto ó de intuición sensible, pero no como actividad humana y sensible; práctica, no subjetivamente. De aquí procede que la parte activa fué desarrollada por el idealismo en oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, naturalmente, ya que el idealismo no conoce la actividad real, sensible como tal..... El problema de si el entendimiento humano puede lograr la verdad objetiva, no es teórico, sino práctico. El hombre tiene que probar en la práctica la verdad de su pensamiento, es decir, su efectividad y poder, su aplicabilidad á los problemas de este mundo. La discusión sobre la realidad ó no realidad de un pensamiento que se separa de la práctica, es una

(1) *La Sagrada Familia*, Colección de los escritos de Marx y Engels, 1902, tomo II, pág. 182.

cuestión puramente escolástica..... La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que conducen las teorías al misticismo, tienen su solución racional en la práctica humana, y en la comprensión de ella„ (1).

Todo esto parece haber sido aportado precisamente por Fichte. El menosprecio del momento intelectual en la vida de los hombres, en comparación con el de los intereses prácticos, es muy característico para el marxismo.

Este parentesco de la visión filosófico-histórica de Marx, con algunas doctrinas psicológicas de Fichte y Schopenhauer, no se puede designar, precisamente, como el punto más débil del marxismo. Sobre la base de la filosofía hegeliana, no se puede construir hoy ningún sistema científico, porque ésta puede considerarse ya como superada. Lo contrario puede afirmarse de la psicología voluntarista de Schopenhauer. A ella pertenece el presente y parece ser que el futuro.

Se pueden distinguir tres direcciones importantes en la psicología científica: la intelectualista, la materialista y la voluntarista. La intelectualista tuvo un predominio duradero.

Los representantes de las asociaciones de psicología inglesas, fundadas por v. Hartley y Hume, como los metafísicos alemanes del siglo XVIII, pertenecen á esta corriente. La psicología materialista se desarrolló principalmente en Francia. Pero la nueva psicología no es materialista, ni intelectualista, sino voluntarista. "El voluntarismo es quizás la tendencia más pronunciada en la psicología del siglo XIX; es la forma como la ciencia émpirica se

(1) Engels, *Luis Feuerbach*, 1895; *Marx sobre Feuerbach*, páginas 59 y 61.

apropió la inversión de Kant y Fichte, que hace pasar el punto de vista filosófico de la razón teórica á la razón práctica. En Alemania han contribuído, principalmente á esta dirección, la metafísica de Fichte y de Schopenhauer„ (1). El racionalismo unilateral del siglo XVIII ponía, en primer término del proceso psíquico, á la razón; la vida afectiva del hombre no tenía junto á ella justificación. Pero no á la razón, ni al sentimiento, que por lo menos forma un perfecto proceso psíquico independiente, sino á la voluntad, debió considerar como fundamento de la vida consciente. "Lo espiritual, dice Wundt, es el imperio de la voluntad. Ni la idea, ni la inteligencia ó el pensamiento deciden„ (2). "Si alguna de las tres especies de elementos conscientes—conocer, sentir y querer—tuviese que ser considerada como forma fundamental de la vida consciente, tendría que serlo la voluntad„ (3), observa el conocido filósofo danés H. Höffding en su *Psicología*. Lo insostenible de la explicación favorita de los filósofos ingleses, del proceso intelectual como una pasiva asociación de representaciones, ha sido magistralmente demostrado por Windelband en uno de sus geniales ensayos. El pensar no se da en la realidad sin el sentimiento. "En el torneo de la vida anímica son las ideas sólo la celada que oculta al verdadero luchador, el sentimiento, á los ojos de la conciencia. Pero ¿qué son estos intereses, estos sentimientos, cuya influencia en la marcha real de nuestras ideas tiene una significación

(1) W. Windelband, *Historia de la Filosofía*, 1900, pág. 518.
(2) W. Wundt, *Lógica*, 2.ª edic., 1895. *Metodología*, II, pág. 17.
(3) Höffding, *Psicología*, 3.ª edic. alemana, 1901, pág. 134.

tan incognoscible? No son otra cosa que formas y excitaciones de la voluntad inconsciente„ (1).

Cada organismo está expuesto al influjo de las infinitas fuerzas de la Naturaleza que le rodean. Todo está en la Naturaleza en una comunidad universal—este principio, asentado por Kant (2) como tercera analogía de la experiencia, en su *Crítica de la razón pura*, ha sido totalmente confirmado por la nueva ciencia natural—. La más lejana estrella no vibra sin acción sobre nuestro organismo y sin recibir, por pequeña que sea, una acción refleja del mismo; todo está compleja y dependientemente entrelazado. En el medio que vivimos se entrecruzan las fuerzas innumerables de la Naturaleza, y las infinitas sacudidas del mundo material golpean sin cesar la envoltura material de nuestro espíritu. Pero nuestra vida consciente no muestra una tan grande diversidad. Sólo una parte insignificante de los encantos del mundo exterior son recogidos por nuestra sensibilidad. Para todos los otros, incomparablemente numerosos, permanecemos ciegos y mudos; no afectan á nuestros órganos sensorios y no los observamos,

(1) Windelband, *Preludios*, 2.ª edic., 1903, pág. 229. Riehl indica los méritos de Schopenhauer como fundador del moderno voluntarismo. "Del campo filosófico nadie ha comprendido estas relaciones con tanta profundidad, ni las ha representado con tanta claridad como Schopenhauer. Sus manifestaciones están, haciendo abstracción de la metafísica de la voluntad, en completo acuerdo con nuestras actuales ideas sobre la significación funcional de la conciencia..... El intelecto es, según su concepción, como según la de la ciencia actual, una consecuencia, un resultado, un producto de la organización, no su productor mismo. Tiene como supuestos, la existencia y la vida, y sería, por consiguiente, equivocado anteponerle á la existencia y á la vida mismas. A. Riehl, *El criticismo filosófico*, II, pág. 204.

(2) Véase Kant, *Crítica de la razón pura*. Ed. Kirchmann, 5.ª edición, 1881, pág. 223.

como si no existiesen. Frente á la complicación infinita de la naturaleza exterior, poseemos sólo un reducido número de sentidos, poco diferenciados, y todo lo que no les afecta no tiene existencia para nuestra conciencia.

Pero, ¿qué determina la selección entre aquellos encantos que percibimos y los que no percibimos? Nada más que el interés práctico de la vida. Los sentidos, como en general, la conciencia, son elaborados por la lucha por la existencia de los organismos. La conciencia existe para asegurar la vida al correspondiente organismo: es, sencillamente un medio para la conservación de la vida. Las sensaciones del tacto, gusto y olfato; la vista y el oido sirven originariamente tan sólo para facilitar á los animales el hallazgo de alimentos, la huida ante los enemigos, la aproximación del macho á la hembra, etc. La voluntad de vivir preside el desarrollo de la vida consciente, y no al contrario. El interés práctico determina qué encantos del mundo exterior han de ser aceptados por la conciencia y cuáles no; el organismo está sólo interesado en distinguir y percibir en el medio exterior aquello que puede favorecer los movimientos de la cónciencia. La conciencia es, por consiguiente, desde el punto de vista biológico, un regulador de los movimientos del organismo, los que por su parte están determinados por la voluntad de vivir (1).

Ciertamente que Marx no ha sido discipulo de Schopenhauer; pero estuvo, como éste, sacudido por la corriente de ideas del siglo XIX, que en muchos aspectos significaba una reacción contra la filosofía racionalista del

(1) Véase A. Fouillée, *La psicologia de las ideas fuerzas*, 1893, tomo I, pág. 12.

siglo de la gran Revolución. *L'esprit classique* del siglo XVIII, dice Taine, recelaba de todo lo individual, concreto, históricamente diferente. El hombre fué considerado como una abstracción vacía, como una máquina razonadora, y definido como "un sér sensible y pensante que huye del dolor y busca el placer„. Todas las diferencias de costumbres, condiciones de vida naturales y sociales, tradiciones históricas, etc., fueron ignoradas, y sólo se reconocieron las diferencias de cultura, á las que se consideró como clave de todas las otras. Basta con extender la cultura en la masa popular para obtener un nuevo orden social racional. El Estado, según su sér, no es otra cosa más que un contrato social entre los que pertenecen á él, y sólo la ignorancia de la masa popular hace que este contrato no corresponda á los intereses de la mayoría (1).

Marx ha descubierto, que ni el estado de la cultura, ni las opiniones, ni las ideas de los hombres, sino sus intereses, dominan el curso de la historia, y con ello se puso en manifiesta contradicción con la filosofía idealista. Mediante el reconocimiento del primado de la voluntad sobre la razón acató Marx, como se ha dicho, la psicología voluntarista del siglo XIX (2). Sin embargo, Marx no rompió completamente con la psicología de la época idealista. Cierto que consideraba la práctica de la vida social como lo originario y primordial, y la conciencia sólo como un momento secundario de la vida social; pero lo

(1) Véase Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea. El antiguo régimen*, 1885, lib. III.

(2) Sobre el parentesco de Marx y el voluntarismo de Schopenhauer, insiste Masaryk. Véase su escrito, *Los fundamentos sociológicos y filosóficos del marxismo*, 1899, pág. 156.

característico de las concepciones psicológicas de Marx, consiste también en ignorar lo complicado de los intereses humanos, lo que hace recordar el *esprit clasique* de los enciplopedistas. Del tejido vario que constituyen los motivos humanos, Marx no atiende más que á un aspecto, el interés económico en su más estrecho sentido, pues por él entiende, la tendencia á la inmediata conservación. Hasta parece que la psicología marxista es más pobre que la de los enciclopedistas; éstos reconocían sólo una causa del comercio humano, la aspiración al placer; y, Marx cierra la voluntad humana en un círculo todavía más ceñido, pues sólo tiene en cuenta una clase de placer—el de la propia conservación—, á la que considera como supremo resorte social del obrar humano (1). Cierto que no niega la diversidad de las necesidades y apetitos humanos; pero cree que el interés económico, es históricamente, el más poderoso y decisivo de todos ellos. De este modo simplifica aún más que los enciclopedistas el contenido de la vida consciente humana.

(1) Véase Wundt, *Ética*, 1903, pág. 510.

CAPÍTULO III

LAS NECESIDADES COMO FUERZAS CONDUCTORAS DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL

I. *Necesidades psicológicas de propia conservación y goces sensibles*: Producción de la vida inmediata.—El papel de las distintas necesidades en la evolución de la economía.—La influencia de las necesidades de adquirir el sustento en la vida social.—II. *El instinto sexual*: Hambre y amor.—La evolución de la familia.—Esquema de Morgan.—Su inconsistencia.—La dependencia de las formas familiares de la vida económica.—III. *Instintos de simpatía*: Su origen.—Amor materno y compañerismo.—Sentimientos altruistas.—IV. *Instintos ego-altruísta*: Su significación como fuerzas de la historia.—La aspiración al Poder.—V. *Instintos desinteresados*: El juego.—Su esencia y su origen.—El arte.—El saber.—El papel de los intereses prácticos en el nacimiento de la ciencia.—El interés por la verdad.—La necesidad religiosa; su base y significación social.

Hemos reconocido que la voluntad constituye el elemento decisivo de la vida consciente. Pero la voluntad consciente es determinada por motivos, los cuales tienen en el hombre individual la forma de necesidades é instintos. El primado de la voluntad sobre la razón es, por consiguiente, el primado en la vida consciente de los instintos y las necesidades que son los últimos resortes de las acciones humanas. Y ya que la sociedad consta de individuos aislados, movidos cada uno por sus instintos, no puede el comercio social tener otro fin que la satisfacción de las múltiples necesidades de estos individuos. De las

necesidades humanas pueden hacerse los siguientes grupos principales:

1.° Necesidades psicológicas de la propia conservación y goces sensibles.

2.° Instinto sexual.

3.° Instintos de simpatía.

4.° Instintos ego-altruístas.

5.° Instintos desinteresados; esto es, que no descansan en un interés práctico.

I

El primer grupo de necesidades forma la base psicológica de la vida individual, y es común al hombre y al reino animal. Y, por corresponder á la satisfacción de esta necesidad de la conservación de la vida una sensación de placer, se cambia en otra unida estrechamente con ella, la que tiende á los goces sensibles y á la más total y completa satisfacción de las necesidades fisiológicas del organismo, lo que no siempre corresponde, y á veces—como en los excesos sensuales de toda clase—, se opone á la propia conservación de aquél.

A la satisfacción de este grupo de necesidades sirve aquella actividad que Marx y Engels nombraron: "producción de la vida inmediata„ y, en general, identificaron con la actividad económica. Claro está que la inmediata conservación, la producción de los medios de sustento, es una condición previa de toda otra actividad. De la especial urgencia de las necesidades de este grupo toma Engels su importante argumento que en defensa del materialismo histórico no se cansa de repetir, casi literalmente, en diversas ocasiones. Este argumento consiste en decir: "que los hombres necesitan comida, bebida, casa y vestido antes de hacer política, ciencia, arte, religión, etc., que, por consiguiente, la producción de los medios de vida materiales é inmediatos, y con ello, el correspondiente estadio del desarrollo económico de un pueblo ó de un período histórico, forma la base sobre que se desarrollan las instituciones políticas y jurídicas, el arte, y, aun las ideas religiosas de los hombres que en él viven„ (1).

No se puede discutir á Engels, que sin comer y beber es imposible hacer política. Pero con esta verdad profunda no queda resuelto sin más el problema de las relaciones entre la "producción de la vida inmediata„ y la política, arte, religión, etc., ya que estas relaciones no son en realidad tan sencillas como Engels piensa. La producción de los medios de vida necesarios, no es el único fundamento de la política, religión, etc., sino que, por el contrario, también estas son bases de aquélla.

Tomemos por ejemplo la producción del vestido, que forma una de las partes más importantes de la producción económica. Estamos acostumbrados á considerar el vestido como una de las necesidades indispensables de la vida; sin embargo, es un hecho comprobado por la moderna ciencia etnológica, que "el hombre se ha procurado adornos antes que vestidos, y que el vestido es, en parte, sólo un desarrollo del adorno mismo„ (2). Hay pueblos en los que no se encuentra huella de vestido alguno; pero en ninguno falta una forma cualquiera de tosco ador-

(1) *El demócrata social*, 1883, núm. 13: "Discurso de Engels ante la tumba de Marx„, citado en Woltmann; *El materialismo histórico*, 1900, pág. 213.

(2) Lippert, *La historia de la cultura*, 1885, tomo I, pág. 175.

no. "Esta primitiva inclinación del hombre á sobresalir individualmente, á hacerse visible como individuo mediante algún distintivo que no provenga de su naturaleza, esta originaria aspiración del hombre, distingue su especie de las de los animales más inmediatos á él de una manera tan peculiar como el uso de herramientas„ (1). Lo mismo indica Ratzel cuando observa la afición de los australianos al adorno, aun estando faltos de vestido, en un clima frío. "Llevan más adorno que vestido„ (2). Lo que también puede aplicarse á muchos pueblos de negros de Africa; consideran el traje como adorno, y van desnudos en el mal tiempo, y, en cambio, ostentosamente vestidos cuando el tiempo es más hermoso (3).

Hoy no puede afirmarse que el vestido primitivo no sirviese más que para reservar al cuerpo del frío. Otra cosa ocurrió más tarde; lo que primero fué sólo cosa honorífica y de adorno, se convirtió, con el tiempo, en una necesidad indispensable para la vida.

Sería, sin embargo, absurdo medir el sentido estético de los pueblos primitivos por su afición al adorno. No por consideraciones estéticas estimaban estos pueblos el propio adorno, sino por sentimientos bien distintos como la vanidad, el deseo de imponerse á los demás, etcétera. El traje primitivo no era un medio de aparecer hermoso á los demás, sino de hacer impresión sobre ellos. El adorno predominaba como un distintivo social—así como hoy las condecoraciones—, señal de la soberanía

(1) Lippert, *La historia de la cultura*, 1885, tomo I, páginas 175 y 176.

(2) Ratzel, *Etnología*, 1886, tomo II, pág. 38.

(3) Spencer, *Los principios de la Sociología*, 1879, parte 4.ª, página 180.

de clase; en muchos pueblos, ciertos adornos, eran privilegio de las clases dominantes. Las pieles de animales selváticos eran distintivo de los caudillos y buenos guerreros. "En el proceso evolutivo de la necesidad del vestido, que está tan estrechamente unido con la inclinación humana al adorno, se reconoce claramente la aspiración social á la importancia, separación por rango, y acentuación de las posiciones culminantes en la sociedad„ (1). Por consiguiente, ha representado la política un papel capital en el origen del vestido; la política, y hasta un cierto grado la religión. "Muchas manifestaciones del adorno humano pertenecen originariamente al campo del culto, ó están en tan íntima unión con él, que no se puede comprobar cuánto tienen de culto, y cuánto de amor al adorno tales fenómenos„ (2).

También el desarrollo de la producción de alimentos se ha realizado bajo la influencia poderosa de necesidades, que no tienen nada común con la de alimentarse. Un estadio muy importante de la evolución económica fué el paso á la domesticación de ganados y al pastoreo. Y está comprobado, sin embargo, que ningún miramiento económico llevó los hombres á este progreso. "Pöpping, llama á los indios sudamericanos maestros en el arte de la doma; pero hace notar que se consagraban á este arte, generalmente, con monos, papagayos y otros compañeros de juego. Sus chozas están repletas de estos animales. Bien se puede pensar, que el poderoso instinto de sociabilidad condujo más bien, á los hombres, en sus primeros pasos para lograr animales domésticos, que no la consideración

(1) Gurewitsch, *La evolución de las necesidades humanas*, 1891, pág. 56.

(2) Lippert, ob. cit., pág. 177.

de la utilidad que reportasen, y que sólo después debió aparecer ésta. En general, el hombre, cuando se encuentra en un nivel de cultura inferior, hace primero lo que le agrada, y sólo después, obligado por la necesidad, busca lo útil„ (1). Según la opinión de Lewis Morgan: "En el comienzo de la domesticación se hizo la del perro, para tener un compañero de caza; así como en otros períodos la presa y educación de las crías de otros animales, quizá sólo correspondió al ingenuo deseo de poseerlos„ (2). "La inclinación de los hombres á tener animales bajo su dominio, observa Lippert, no podría ser descubierta desde sus comienzos: se pierde confundida con la inclinación infantil al juego..... Así, hoy todavía, trae á veces el cazador un raposo á casa, sólo con ánimo de dar á sus hijos un juguete„ (3).

Puede, pues, pensarse que al instinto del juego corresponde tal vez la más grande influencia en la domesticación de animales. La religión ha colaborado con él en buena parte. El perro—el primer animal doméstico—, fué considerado por diversos pueblos como animal sagrado, y, con otros muchos, cuidadosamente atendido. La vanidad y la aspiración al poder social movieron por su parte á los hombres primitivos á domesticar animales feroces. En muchos pueblos primitivos era costumbre de sus caudillos, y lo ha seguido siendo hasta nuestro tiempo, tener lobos, leones ó leopardos domesticados, y, ciertamente, su aparición en compañía de alguna fiera produciría profunda impresión en las muchedumbres.

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, tomo I, 2.ª edic. 1899, pág. 494.
(2) Morgan, *La sociedad primitiva*, trad. alemana de Lichhoff, 1891, páginas 35 y 36.
(3) Lippert, ob. cit., páginas 128 y 129.

Se ve, por consiguiente, el poderoso influjo que han ejercido sobre la evolución económica, motivos que nada tenían de económicos. Las necesidades menos imperiosas, como la de adornos y distintivos, han favorecido directamente ramas de la producción de los medios de vida más necesarios. Los hombres prefieren á menudo, contra lo que Engels piensa, lo inútil á lo provechoso; ya vemos, por ejemplo, cómo la cría de animales no fué introducida por los inmensos beneficios económicos que reportó después, sino, sencillamente, por el humor infantil de tener en ellos compañeros de juego. Desde luego, no es muy cuerdo proveerse de cosas secundarias, cuando se carece de las indispensables; pero no debe perderse de vista, para comprender bien el curso irracional de la historia, que los hombres, los primitivos en particular, son seres de suyo poco razonables.

No quiere decirse con esto, que la producción de los medios de vida no sea una base de la vida social. La vida de los hombres primitivos está casi en absoluto consagrada á la busca de alimentos. La lucha por la existencia, que según las modernas concepciones, tiene tan gran papel en la evolución de los organismos, es, primeramente, lucha por el alimento. Desde luego que la vida de los hombres, aun de los más primitivos, es incomparablemente más rica que la de los animales, y no se reduce al cuidado de la propia conservación; pero estas atenciones forman aun para la mayor parte de los hombres civilizados su ocupación más importante. En su consecuencia, ella exige al hombre, tanto mayor tiempo de trabajo, cuanto menor es la productividad del mismo. "Antes de la invención de herramientas y del aprovechamiento del fuego, aun en las comarcas privilegiadas, las necesidades

de alimento y descanso exigían á los hombres todo su tiempo„ (1). "Los rendimientos de la caza y de la cría—dice Grosse—son tan inseguros, que á menudo no bastan para los tiempos de escasez. Con razón cuidan los bosquimanos y australianos de llevar un cinturón contra el hambre. Los habitantes de la tierra del fuego padecen casi constantemente la miseria; y en las narraciones de los esquimales, es asunto tan frecuente el hambre, que fácilmente puede deducirse el terrible papel que tiene en su vida„ (2). La falta de alimentos accesibles condiciona toda la vida de estos pueblos. Así no pueden nunca formar grandes núcleos de población donde sólo pueden encontrar alimentos para una pequeña horda; y llevan siempre vida nómada, ya que la permanencia en un mismo lugar acabaría por agotar los pocos medios de sustento que allí tuviesen. Sólo pueblos ricos son capaces de tomar parte en la cultura material y espiritual: para ello, es condición necesaria que el trabajo haya conseguido una cierta productividad. Las condiciones de la producción de alimentos, y, en general, de los medios de vida necesarios, pueden ser, bajo ciertas circunstancias, un factor social importantísimo, sobre todo cuando el respectivo grupo social padece la carencia de estos medios. Pero cuando no amenaza al hombre el peligro de la miseria, despiertan en él necesidades múltiples, que no tienen nada de común con la necesidad de alimentarse, y que ejercen, como se ha indicado, el mayor influjo en el desarrollo de la "producción de la vida inmediata„.

(1) Lippert, *Historia de la Cultura*, III, pág. 68.

(2) Grosse, *Las formas de la familia y las de la economía*, 1896, pág. 36.

II

Junto á la necesidad de alimentarse, hay en el hombre otro instinto poderoso, no menos indispensable para la conservación de la especie, que es el instinto sexual. El hambre y el amor son, según la conocida frase de Schiller, las dos fuerzas que mueven la naturaleza. Ambas arraigan en lo hondo de la naturaleza animal del hombre. Es muy característico que los autores del materialismo histórico en su preferencia por la explicación científico-natural de la historia del hombre añadiesen este segundo instinto humano, totalmente fisiológico, reconociendo su decisiva fuerza social. Esta nueva manifestación del materialismo histórico fué desarrollada por Engels, como ya se sabe, en su obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* De este modo desapareció el primitivo monismo riguroso de la concepción materialista de la historia.

El americano Morgan puede ser considerado como precursor en este punto. En su famosa obra *La sociedad antigua,* hizo el atrevido ensayo de construir una historia de la evolución de la familia válida para todo el mundo. Sobre la creencia en la unidad del origen de las razas, afirmó la absoluta identidad de los períodos de evolución de la familia en todos los pueblos del globo, por muy diferentes que sean sus condiciones de vida (1). Encontró en todas partes las mismas formas familiares que con férrea necesidad se sucedían en un proceso inalterable.

(1) Morgan, *La sociedad primitiva*, pág. 319.

El intento de Morgan puede hoy considerarse decididamente como fracasado. Las más recientes investigaciones etnológicas prueban, con evidencia, lo insostenible de todo su proceso evolutivo, cuyo punto de partida es la "familia consanguínea„, por más que su existencia, según concesión del mismo Morgan, "debe ser probada por otros medios que la alegación de esta forma de familia„ (1). Más exactamente, que ella sólo existía en la fantasía del autor de *La sociedad primitiva*. Después aparecen, en los esquemas de Morgan, otras formas familiares encontradas en diferentes pueblos, y con todas ellas se hace una serie aplicable para todos los pueblos existentes.

Es ciertamente extraño que por esta vacilante construcción se vieran en el caso Marx y Engels de abandonar los pensamientos capitales de su filosofía de la historia. ¿Qué otra cosa sino tal abandono, significa la siguiente afirmación de Engels?: "Las instituciones sociales, bajo las cuales viven los hombres de una época y país determinado, son condicionadas por ambas formas de la producción: por el momento de evolución del trabajo, por una parte, y de la familia por otra. Cuanto más atrasado está el trabajo, cuanto más limitados son sus productos y la riqueza de la sociedad, por consiguiente, tanto más efectivamente dominado por la familia aparece el orden social„ (2). Por consiguiente ya no un sólo momento—los factores materiales de la economía—, sino dos distintos é independientes dominan la vida social.

Pero, ¿merecían las afirmaciones de Morgan una alteración tan importante como la llevada á cabo en los fundamentos de la concepción materialista de la historia? Lo insostenible de aquellas puede hoy asegurarse, como queda dicho. Hasta parece, que si en algún campo de la vida social son decisivas las condiciones económicas, es precisamente en la familia.

"En la misma medida que el conocimiento de los hechos etnológicos va ganando terreno—dice con razón Grosse—, va perdiendo prestigio la teoría de Morgan„ (1). El investigador americano consideraba al matriarcado como una forma originaria de la familia que precedió en mucho al patriarcado. Esto parece ser erróneo: una observación detenida de las relaciones familiares en los pueblos más inferiores, ha demostrado que la familia patriarcal es en ellos la regla. La mujer es en tales pueblos una esclava de su marido, quien dispone de su vida y trabajo como de la de sus hijos (2). El mayor error de Morgan era su idea capital, su punto de partida: la creencia en la semejanza y aun identidad de la evolución de la familia en todos los pueblos. Los hechos han demostrado que esto carecía de base sólida. No hay un proceso evolutivo de la familia que tenga validez universal, estando determinadas las formas de la misma en los diferentes pueblos por sus particulares condiciones de existencia. La familia no es un fenómeno social independiente de los demás; está incluído en la acción recíproca que á todos alcanza,

(1) Morgan, ob. cit., pág. 337.

(2) Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, 8.ª edic., pág. VIII.

(1) Grosse, *Las formas de la familia*, pág. 4.

(2) En los estados más atrasados, "el único poder ó soberanía es el del hombre sobre la mujer y el niño, poder incondicional é ilimitado por consiguiente„. R. Hildebrand, *Derecho y moral en los diferentes períodos económicos*, 1896, pág. 5.

lo que hace imposible fijar leyes especiales que presidan su evolución.

Así, por ejemplo, se explica, por meras condiciones económicas, el predominio en algunos pueblos de la generación materna *(Muttersippe)*, que puede tomar la forma de un verdadero matriarcado. Los *Muttersippen* son una aparición tardía que sólo se encuentra en pueblos agricultores. En los cazadores, dominan las familias aisladas presididas por el padre; y en los dedicados al pastoreo toma el patriarcado sus formas más rígidas. Todas estas diferencias tienen su explicación en las condiciones económicas de los pueblos respectivos. Caza y pastoreo son ocupaciones masculinas; mientras que en la agricultura, originariamente, se ocupaban las mujeres en las funciones de la recolección. Por esta razón no es raro ver cómo los pueblos agricultores consideraron la tierra propiedad de la mujer, y de aquí que apoyada en la supremacía económica, alcanzara la mujer la soberanía de la familia y de la tribu. La agricultura primitiva exigía la cooperación de muchos trabajadores, y esto explica también la mayor comunidad de unas familias con otras. Así nace, de la familia patriarcal del cazador, que por su misma forma de adquirir los alimentos no podía vivir en grandes grupos, la familia más extensa que comprende los parientes consanguíneos, constituyendo *Muttersippe*, tipo de los pueblos agricultores.

Es, por consiguiente, muy natural que el abandono en que Marx y Engels dejaron su propia teoría para recoger la de Morgan, no haya conseguido la aprobación de los más de sus adictos. Cunow, el mejor conocedor, indiscutiblemente, entre los marxistas, de las condiciones de vida de los pueblos primitivos, apoya la evolución de la

familia sobre las condiciones económicas. Con él concuerda Grosse, cuya opinión, no siendo la de un partidario del materialismo histórico, resulta aquí más importante. De su notable investigación de las formas de la familia en los diferentes pueblos, obtiene el siguiente resultado: "Que en cada estado de cultura predomina aquella forma en la organización familiar que más se adapta á sus relaciones y necesidades económicas (1).

No hay, pues, fundamento para considerar la evolución de la familia como un proceso independiente de las condiciones económicas. El instinto sexual, como el de conservación, son indispensables para que la especie se perpetúe; pero tienen en la evolución social una muy diversa importancia. Mientras la tendencia á mejorar las condiciones económicas es el aguijón que mantiene á la humanidad en lucha constante con la naturaleza, y le presenta nuevos fines, y exige nuevas fuerzas, apenas conseguido un ascenso en el desarrollo de la economía; el instinto sexual es conservador y llega pronto á saciarse. Así como en la esfera de la economía la humanidad tiene trazado un recorrido casi infinito y siempre progresivo; en su vida sexual podría decirse que camina sobre un círculo. Las formas de la familia en algunos pueblos primitivos se diferencian poco de las de nuestras naciones civilizadas; y, en cuanto se refiere á la situación de la mujer en la familia, con toda nuestra civilización, estamos acaso más atrasados que algunos pueblos descritos de mano maestra por Morgan. Esto es lo que mejor prueba qué poca parte ha tomado el amor familiar en el inconsiderable

(1) Grosse, *Las formas de la familia*, pág 245.

progreso alcanzado desde entonces. Igualmente, lo equivocado que sería conceder la misma importancia al "amor„ que al "hambre„ en su calidad de factores sociales.

III

Que hay en la naturaleza humana instintos de simpatía independientes y distintos de los enunciados, no ofrece ninguna duda. Tienen, al parecer, un doble origen. Por lo pronto, se han desarrollado de uno de los más sublimes sentimientos del hombre: del amor materno. Este es tan elemental y originario como los dos ya estudiados. En muchas especies animales se encuentran, como es sabido, ejemplos muy señalados de amor materno, mientras en otras carecen por completo los padres de todo apego á sus crías, lo que tiene su mejor explicación en la selección natural. Cuando es necesaria para la conservación de la especie el cuidado de los padres, las crías son atendidas por ellos, especialmente por la madre; en otros casos desaparece, desde luego, entre ellos toda relación. Así ocurre, por ejemplo, en las especies que ponen huevos en tal cantidad, que se hace superflua toda esmerada solicitud.

El hombre recién nacido necesita de muchos más cuidados que las crías de cualquiera otra especie. Sin el amor materno no hubiera podido existir la especie humana, y ello explica la fuerza con que ha arraigado este sentimiento en nuestras almas. Sobre esta base se desarrollan los sentimientos de simpatía entre los consanguíneos y parientes.

Otra raíz de este sentimiento que une, no sólo allegados, sino también extraños con estrecho vínculo, está en

el instinto de sociabilidad, tan elemental como el amor materno. Es también común á otras muchas especies. Así como hay animales que sólo viven en grupos, otros no sienten ninguna inclinación á la vida social; lo que forzosamente depende de las condiciones en que se da la lucha por la existencia. Los carniceros, como los leones y tigres, son insociables, lo que fácilmente se comprende ya que sus presas, siendo escasas en grandes extensiones, no bastarían nunca para alimentar á un gran grupo. Búfalos, caballos salvajes, antílopes, etc., viven, por el contrario, en grandes rebaños, y muestran la mayor inclinación á vivir reunidos, ya que por ser herbívoros encuentran siempre alimento en abundancia, y también para de este modo amedrentar y poder defenderse fácilmente de los ataques de otras fieras. Sólo en rebaños pueden vivir, y por eso, sin duda, se ha desarrollado en ellos el instinto gregario (1).

Este instinto, según opinión de Groos, está formado de otros dos más elementales, "el de acercarse á sus congéneres, y el de cambiar entre sí llamadas de seducción ó de alarma„ (2). Estos instintos son comunes á todos los animales sociales, y entre ellos al hombre en primer lugar. No se conoce raza humana alguna cuyos miembros no vivan reunidos en asociaciones mayores ó menores. La necesidad de vivir en sociedad con nuestros semejantes ha hecho en el hombre del instinto de sociabilidad una de las más sentidas necesidades, cuya no satisfacción llega á ser tortura incomparable.

---

(1) Véase Spencer, *Principios de sociología*, 1872, 2.ª edic., parte 8.ª, cap. V; también Ammon, *El origen del instinto social. Revista para ciencias sociales*, 1901.

(2) Carlos Groos, *Los juegos de los hombres*, 1899, pág. 431.

El amor á los consanguíneos y el instinto de sociabilidad, constituyen las bases psicológicas más importantes de la comunidad humana. Entre los hombres nacidos en la misma comunidad se desarrollan sentimientos de simpatía de distinta intensidad, naturalmente, y el amor recíproco que Augusto Comte designó altruísmo, en oposición al egoísmo. La preexistencia de sentimientos altruístas en la naturaleza humana es innegable. El problema está sólo en saber qué fuerza alcanzan en realidad, y si puede reconocerse en ellos un factor histórico poderoso.

Un sociólogo inglés—Benjamin Kidd—ha pretendido demostrar recientemente que los sentimientos altruístas predominan en la sociedad moderna (1). Ha llegado á esta conclusión fundándose en originales consideraciones sociológicas, cuyo pensamiento central está en descubrir, en el sentido moral de un pueblo y no en su capacidad intelectual, la clave de su victoria en la lucha por la existencia.

Ello es exacto, hasta cierto punto. Pero Kidd se equivoca al determinar las cualidades morales que conducen al triunfo en la sociedad actual. Mientras no desaparezca la guerra de la Historia universal, un desarrollo próspero de los sentimientos altruístas será difícilmente favorecido por la selección natural. Dureza de carácter, impasibilidad ante los sufrimientos del enemigo, son cualidades necesarias á un buen guerrero. Kidd tiene muy elevada opinión del carácter nacional de los anglo-sajones, y descubre en el altruísmo la principal causa de sus éxitos políticos y económicos. Es muy posible; pero ciertamente, sólo su

(1) B. Kidd, *Evolución social*, trad. alemana de Pfleiderer, 1895, pág. 147.

amor patrio le ha infundido la creencia de que las excelencias de los anglo-sajones están en su abundancia de sentimientos altruístas. No el altruísmo, sino la tenacidad en la persecución de fines egoístas, en su mayoría; la perseverancia y valor para vencer obstáculos y resistencias, explican mejor sus victorias en la lucha por la existencia. Lo que Kidd cuenta del solícito amor de las clases dominantes, en el orden social actual basado sobre la explotación, es tan ingenuo que no necesita ser refutado.

Precisamente las condiciones de la lucha por la existencia demuestran por qué los sentimientos altruístas encuentran terreno tan poco favorable en la sociedad presente. "Entre las tribus salvajes — observa con razón Spencer—, prosperaron los brutales en las luchas con los generosos, á ellos pertenecen las primeras asociaciones; y durante el curso más amplio de la historia, se ve mucho tiempo á la opresión y á la violencia como compañeros inseparables de la evolución política. Las gentes que formaron las sociedades mejor organizadas no fueron originariamente, y mucho tiempo después, otros que los salvajes más fuertes y astutos. Y aun hoy, cuando se sienten libres de la influencia exterior que ha cambiado su aspecto, no se muestran mucho mejores„ (1).

Y como la organización política de la sociedad camina del brazo de la guerra, es natural que los pueblos más guerreros, los más crueles, por consiguiente, alcancen la civilización. Hoy mismo hay muchos pueblos primitivos que muestran un grado de altruísmo sorprendente y que supera en mucho al de las modernas naciones civilizadas;

(1) Spencer, *Principios de Sociología*, 1882, parte 5.ª, pág. 258.

pero es característico que poseen una organización política muy abandonada (1).

La moderna sociedad capitalista es tan poco adecuada para el desarrollo de los sentimientos altruístas, como el antiguo despotismo guerrero. Cierto que las costumbres son más pacíficas; el homicidio y otras manifestaciones de la violencia física son cada día más abominados, y sólo en casos excepcionales, como en la guerra, frente á los enemigos, se les reconoce licitud. Las mismas guerras se dan con menos frecuencia y duración. Somos, ciertamente, menos crueles que nuestros predecesores. Mas para la expansión del verdadero altruísmo, de la benevolencia desinteresada entre los hombres, deja poco espacio el orden social capitalista. La violencia ha tomado formas más templadas; pero no ha terminado, ni con mucho, ya que la sociedad capitalista se apoya, no menos que la de esclavos y la feudal, en la explotación por unos pocos, de la gran mayoría de los hombres. La despiadada competencia que hace del capitalismo la ley del medro económico, se manifiesta como una colosal acentuación y desdoblamiento de las asperezas de la lucha por la existencia, que si ha revestido una apariencia menos cruel, exige, en cambio, un mayor esfuerzo por parte del individuo. Sobre lo que Carlyle llamaba *cash-nexus*, difícilmente se desarrollarán sentimientos altruístas.

No parece, pues, que los sentimientos altruístas hayan tenido nunca en el curso de la historia tanta fuerza como para ser poderosos motores de la evolución social se necesita. Esto puede decirse tanto de la historia antigua

(1) Véase Spencer, ob. cit., párrafos 437 y 574. *Principios de Ética*, pár. 153.

como de la moderna. Sólo en grupos reducidos llega á tener gran importancia el sentimiento de simpatía como cimiento del comercio entre los hombres. La participación en los sufrimientos y alegrías de los demás descansa en la capacidad de los hombres de reflejar en la propia la vida consciente del prójimo. Capacidad que presupone, naturalmente, estar identificados lo suficiente con otros hombres, tener mucho de común en sus intereses espirituales. Cuanto más estrecho es el círculo en que los hombres se relacionan, tanto más fuertes sentimientos de simpatía hay entre ellos. En el seno de la familia se dan los más poderosos; y sólo en este estrecho círculo encontramos un amor recíproco, verdadero é intenso, desinteresado y dispuesto al sacrificio. Los hombres de una misma clase simpatizan también, por regla general, con más intensidad entre sí que los representantes de clases diversas. De este modo nace un sentimiento de clase que, unido á otros sentimientos egoístas y ego-altruístas, llega á ser uno de los más poderosos resortes de la Historia. El amor patrio no es tampoco un sentimiento altruísta puro, le integran elementos, como el orgullo nacional, que son más bien ego-altruístas.

No es extraño ver en la nacionalidad el límite máximo de la simpatía entre hombres modernos. Entre miembros de razas diferentes puede faltar completamente, lo que explica, ya que no puede justificar, la crueldad de los europeos con hombres de otro color.

IV

Así como el hombre moderno no es capaz de simpatizar en alto grado con los sufrimientos de un extraño, es, sin embargo, muy sensible al aprecio ó desconsideración que tenga éste para su persona ó sus actos. Aspira siempre á ser considerado, atendido, premiado, quiere ser obedecido. Envidia á los que disfrutan de una gran popularidad y aspira á poseer fama y poder social, como á la mayor felicidad. Todos estos sentimientos, llamados por Spencer ego-altruístas, constituyen otros tantos motivos importantes de la conducta de los hombres civilizados y de los primitivos.

"El hombre más rudo—dice Lipper—no se conforma con existir como los animales, quiere ser observado, tener algún valor ante sus semejantes„ (1). "Por grande que sea la vanidad de los hombres civilizados, corresponde á la de los que no lo son„ (2), escribe también Spencer. "En adornarse á sí mismo se ocupa y preocupa más un caudillo salvaje que cualquier dama elegante de nuestro tiempo„. No le importan nada las penas físicas del tatuaje y otras torturas á que se somete, con tal de que su aspecto sea llamativo é impresione. "Algún caudillo salvaje que adorna su peinado con magníficos penachos de cerdas no puede recostar la cabeza para descansar y tiene que contentarse con dormir apoyando la cerviz en un tronco. Tampoco el anillo de la nariz y los tajos que los botocudas se hacen en el labio inferior, ni los adornos cortantes y puntiagudos con que los malayos coronan sus dientes deben reportar un particular agrado á su existencia y son, sin embargo, soportados como una tortura inevitable, parecida á los sufrimientos á que los hombres se sometían para ser propicios á la voluntad de los dioses„ (1).

(1) Lippert, *Historia de la cultura*, tomo I, pág. 176.
(2) Spencer, *Principios de sociología*, 1876, vol. I, pág. 71.

Esta vanidad de los hombres primitivos, explica la alta estimación que les merecen los adornos y fruslerías aportadas por los europeos. No son ciertamente miramientos estéticos los que mueven á un caudillo negro á aparecer orgullosamente vestido de europeo ante sus súbditos; sino el mismo motivo que hace tan codiciado para un burgués francés el célebre *ruban rouge*.

También se ocupa Spencer, en sus *Principios de sociología*, de lo importante que ha sido y es, para la conducta del hombre, el miedo á la opinión pública. De muy pronunciados sentimientos altruístas son capaces pocos hombres; pero apenas hay uno que permanezca indiferente al menosprecio ó desconsideración de la opinión pública, lo que tiene su explicación en las condiciones sociales que nos envuelven. Cuanto más firme es la organización interna de una sociedad, tanto mayor es la dependencia del individuo del todo social, y el fundamento que le hace temer la opinión ajena y regular por ella su conducta. Cada sociedad, políticamente organizada, posee la fuerza para obligar á sus individuos á la obediencia. A lo terrible de la pena es proporcionada la recompensa de los que someten sus obras á la imposición social. La lucha de clases y la guerra, al oponer una valla á la expansión de los sentimientos ego-altruístas, han favorecido en alto grado el desarrollo de la ambición, que ha llegado á ser hoy el sen-

(1) Wunt, *Ética*, tomo I, 1953, pág. 152.

timiento dominante entre los hombres. La afirmación de Nietzsche, según la que "la aspiración al poder„ es la verdadera esencia del mundo, tiene mucho de verdadera.

El ideal de la moral cristiana halla su expresión en el más desinteresado amor á los hombres, el más elevado altruísmo; pero la conducta efectiva del hombre actual, no está ciertamente dominada por este ideal ético. Así, la religión cristiana prescribe perdonar las ofensas; y la sociedad presente, por el contrario, ha formulado en su código del honor como la mayor afrenta este perdón, y pocos tienen el valor de seguir frente á él el mandato de Cristo. Frente al precepto: "ama á tu prójimo„, ordena el Estado matarle en la guerra, y sin misericordia guerrean los pueblos cristianos. La moral cristiana prescribe la renuncia de las riquezas, y considera como el mayor pecado denegar la limosna; las costumbres reinantes protegen la riqueza, y castigan la mendicidad como un crimen. La moral cristiana, en una palabra, va minando los cimientos de nuestra sociedad, que si, apesar de todo, se sostiene, es gracias á que los hombres han inspirado su conducta en otras normas que nada tienen de análogo con aquéllas, y cuya base psicológica está formada, ante todo. por sentimientos ego-altruístas, tales como la ambición (1).

El sentimiento de clase, el de solidaridad entre los pertenecientes á una misma clase social, es algo muy complicado y donde se unen los más diferentes elementos, predominando siempre sentimientos egoistas y ego-altruistas.

La recíproca simpatía, tan natural entre hombres que viven bajo iguales condiciones, tiene cierta parte en la existencia de este sentimiento, pero no forma, sin duda,

(1) Véase Spencer, *Principios de Psicología*, párrafos 521 y 522.

su esencia; la falta de una ayuda mutua y desinteresada entre los miembros de cada clase lo prueba diariamente así. Esta poderosa simpatía mutua, difícilmente puede desarrollarse con fuerza, ya que los compañeros de clase son concurrentes que con más frecuencia se temen que se aman. Sólo frente á las demás clases muestran un poderoso sentimiento de solidaridad, en la defensa valiente de sus intereses de clase con verdadero espíritu de sacrificio. Buen ejemplo presenta de ello la nobleza francesa en los días de la revolución. El sentimiento de su honor de clase, la aspiración á mantener su conducta en armonía con el juicio que su clase merecía á la opinión pública, y, en no menor grado, la conciencia de la reciprocidad de sus intereses egoístas y sus intereses de clase, determinaron su comportamiento.

Las mismas gentes, bien escasas, que desafían la opinión pública de su tiempo, no son capaces de verse libres del todo de su influencia. Si desprecian el presente es por tener muchas esperanzas en el porvenir. Así, se hacen independientes de la opinión pública de sus contemporáneos, mientras se representan otra opinión ideal futura á la que se sienten subordinados (1).

El sentimiento de nacionalidad es, igualmente, un conglomerado de elementos altruístas, egoístas y ego-altruístas, con marcado predominio de los últimos. Más que amor por los compatriotas hay en él, despego, enemistad y, á veces, hasta odio, para los hombres de nacionalidad distinta. El orgullo de pertenecer á una nacionalidad poderosa, la aversión por las costumbres y la vida

(1) Véase Lacombe, *La historia considerada como ciencia*, 1894, cap. III.

extrañas é incomprensibles de los demás, la conciencia de los intereses comunes, que tan egoístamente une á los hombres á su nación, son las principales razones de este sentimiento que tanto papel ha tenido en la Historia.

La aspiración al poder social junto á la tendencia á la propia conservación y á los placeres sensibles, son los motivos más importantes del comercio social. La lucha por distinguirse es tan violenta entre los hombres, como la lucha por la existencia. Este es uno de los fenómenos característicos de la historia humana, y lo que la distingue de la historia de la evolución de cualquier otra especie animal.

La misma aspiración á la riqueza, al bienestar económico, que se acostumbra á poner frente á la del poder social, está, en gran parte, producida directamente por ésta última. La riqueza es apetecida, no tan sólo por los goces que hace posibles, sino también por el poder social que, inevitablemente, trae consigo. La psicología de la avaricia se explica capitalmente por este motivo (1). Si el ansia de riqueza lo fuera tan sólo de goces sensibles, tendría los mismos límites que éstos; límites que, *auri sacra fames*, decididamente no conoce.

Está fuera de duda que todos los grandes movimientos sociales están en relación directa con la aspiración al poder de los individuos y de las muchedumbres. Ciertamente que sería erróneo explicar la guerra exclusivamente por este motivo; pero no puede negarse que la ambición de los particulares, como la de las naciones, constituye un momento importantísimo en el origen de toda guerra.

(1) Véase Gurewitsch, *El desarrollo de las necesidades humanas*, 1900, pág. 48.

La historia universal social y política, hubiera tenido muy otro carácter de no representar los sentimientos ego-altruistas un papel tan dominante en la vida de los hombres.

V

Los intereses prácticos dominan la vida consciente, pero no la agotan. Los hombres tienen necesidades que no pertenecen á la vida práctica, y que pueden ser designadas de necesidades desinteresadas. La más sencilla de ellas es el juego.

El juego no es, seguramente, tan viejo como la vida consciente ya que los animales inferiores no juegan. En los primeros estadios las atenciones de la vida absorben todas las fuerzas del organismo; en ellos sobra el juego. Muy pronto, sin embargo, comienza á ser el juego, en la evolución del reino animal, una actividad independiente. El animal juega siempre que hace movimientos inútiles; cuando salta, corre, simula una caza, etc., siempre sin otro fin que el placer de moverse. La causa de esta actividad parece ser que radica en un sobrante de fuerzas vitales no empleadas, y que á falta de un trabajo útil, se aprovechan en este libre y desinteresado ejercicio, sin otro fin que el placer que reporta. Por ello, tanto más se tiende al juego, cuanto mayor sobrante de fuerzas no aplicadas acumula un organismo.

Los animales más activos y laboriosos son también los que muestran mayor inclinación al juego; los animales de presa, sobre todo, y característicamente los gatos. El salvaje también ama el juego. "Conocido es—dice C. Bücher—que de las ocupaciones de los pueblos primitivos,

las más análogas al juego son las que ejercitan con mayor celo y con una persistencia incomprensible para nosotros. Entre ellas el baile, en primer término..... Todos los pueblos salvajes bailan con locura hasta que, agotadas sus fuerzas, caen los bailadores rendidos.....„ (1).

Apoyándose en un copioso material de hechos y documentos, llega Bücher á la conclusión de "que en los primeros tiempos de la evolución humana el juego y el trabajo no se distinguían„ (2). Esta diferenciación entre el trabajo económico y el juego pertenece á épocas posteriores. El salvaje juega tan seriamente como nosotros trabajamos, y rodea amenudo su trabajo de elementos de distracción y juego. El canto acompaña al trabajo del hombre primitivo, que en muchos casos se confunde con el baile.

En estadios superiores, cuando trabajo y juego están perfectamente separados, pierden su significación las formas primitivas del juego. Solo raramente se descubre en los pueblos cultos un interés tan desarrollado por los juegos físicos, que merezca la consideración de fuerza histórica influyente: tal lo fué en Roma y Bizancio donde los juegos del circo fueron acontecimientos de una significación política incomparable—. *Panem et circenses*—; esta equivalencia entre el alimento y el juego no puede ser más característica en la antigua Roma.

Pero el juego es, sobre todo, importante allí donde ha llegado á producir actividades del espíritu tan valiosas como el arte. Sobre esta relación del juego con la actividad estética ha llamado la atención Schiller (1) desarrollando algunas ideas capitales de la *Crítica del juicio*, de Kant. El amor á lo bello es desinteresado y libre, y como allí "donde se da una actividad pura y por el gusto de ejercitarse, está el juego„ (2), bien podemos considerar al arte como una forma del juego. A la misma conclusión, y por camino distinto que Schiller, ha llegado Spencer posteriormente.

La notable investigación de Bücher ha mostrado que originariamente la música y la poesía estaban estrechamente ligadas con el trabajo económico. Hasta parece que el ritmo, que constituye la ciencia de la música y de la poesía, procede generalmente de los movimientos rítmicos del trabajo (3). Con el tiempo la música, que fué una mera ayuda del trabajo económico, se ha convertido en una de las bellas artes. Pero esto ha elevado muy poco su significación como fuerza social. La música procura quizás el más puro placer estético, y en este sentido nunca puede ser bastante estimada; pero su influencia sobre las formas de la vida social no es fácil de descubrir. Es, por ejemplo, imposible determinar qué consecuencias desfavorables al desarrollo social de Inglaterra haya reportado la poca capacidad musical de su pueblo, ó las ventajas que Italia ó los judíos hayan conseguido con su gran disposición. Si unas y otras fueran considerables, se podrían fácilmente determinar, mas no parece ser este el caso (4).

---

(1) Bücher, *Trabajo y ritmo*, 3.ª edic., pág. 18.

(2) Idem, id. id., pág. 295.

(1) Véase Schiller, *Sobre la educación estética de los hombres*, cartas 15-26 y 27.

(2) C. Groos, *Los juegos de los hombres*, pág. 7.

(3) Véase C. Bücher, *Trabajo y ritmo*, cap. VII y otros.

(4) Las investigaciones de Spencer para demostrar la gran utilidad social de la música me parecen totalmente equivocadas. Véase Spencer, *Origen y función de la música*, Ensayos, vol. II, 1907.

Lo mismo puede decirse de las demás bellas artes, aunque en menor grado, ya que la música es, entre ellas, la que está más lejos de los intereses prácticos de la vida. En lo que á la literatura concierne, tiene, sin duda, una considerable fuerza social, mas sólo porque la literatura encierra en su forma artística un cierto contenido ideal; ideas que son comunes, con la literatura, á otros campos del pensamiento social, como la filosofía y la ciencia. Sólo mediante este contenido intelectual, y no á causa de su peculiar elemento estético—la forma—ha llegado á ser la literatura una fuerza histórica tan grande.

El dominio de la estética pura no ejerce una influencia considerable sobre la vida práctica lo que es natural, ya que la esencia de lo bello consiste en su independencia de todos los intereses prácticos. Bello es, según la célebre definición de Kant, lo que gusta desinteresadamente (1). Existe, en efecto, una cierta relación entre lo bello y lo bueno, porque el placer estético contiene algo ennoblecedor, y por ser la vida estética, como Kant y Schiller han acentuado, el medio más eficaz para elevar á la ética al hombre sometido á la sensualidad. Podemos reconocer con Schiller, en un *alma hermosa* el más elevado ideal humano, sin que esto nos mueva á descubrir en los elementos estéticos del arte una gran fuerza histórica. La realidad de la vida está muy alejada del ideal, y si el arte ejerce una acción moral ennoblecedora, es poca su trascendencia considerada desde un punto de vista sociológico, como también la validez que en la sociedad moderna logran los sentimientos altruistas. La vida social se reduce, hasta hoy ante todo, á una lucha cruel por la existencia y por la fuerza, y junto á ellas el interés por lo bello tiene solamente un papel secundario.

(1) "La complacencia que determina el juicio del gusto, carece de todo interés„, Kant, *Crítica del juicio*. Ed. de Kehrbach, pág. 44.

La vocación científica tiene de común con la necesidad estética el ser igualmente desinteresada, ó poderlo ser cuando menos. Se puede saber para uno mismo, sin pretensión alguna utilitaria, por complacerse íntimamente sabiendo. "Lo mismo que naturalezas poéticas y musicales, las hay también intelectuales, para las que la contradicción, oscuridad ó incoherencia, son tan dolorosas como una desafinación ó un mal verso„ (1). Hombres de tal naturaleza aspiran á la verdad porque la aman. La vocación científica es, en efecto, mucho más débil originariamente; aun después, la mayoría de los hombres sienten con más fuerza las necesidades estéticas. Las naturalezas intelectuales son mucho más escasas que las musicales y poéticas. Nunca despertará un trabajo puramente científico tanto interés en el pueblo como una gran novela ó un trozo de música. Mas aun reconociendo que el amor al saber se da muy débilmente en la mayoría, no puede ser eliminado de las necesidades personales del espíritu.

Sería, sin embargo, equivocado poner el nacimiento y evolución de la ciencia exclusivamente en el haber de esta necesidad. La ciencia no ha sido producida por intereses teóricos, por el amor al conocimiento objetivo de la verdad, sino por intereses prácticos de atender á la vida material. Tanto puede decirse esto de las ciencias puras y abstractas, como de las disciplinas de aplicación y prácticas. Los intereses prácticos predominan en todos los campos de la ciencia en sus primeros pasos. La historia

(1) Höffding, *Psicología*, pág. 359

de las ciencias lo prueba así. "Las dos ramas principales de la vieja matemática—Aritmética y Geometría—deben su separación y formación independiente á las múltiples exigencias del tráfico comercial y á los problemas que la agrimensura presentó al arte de las cuentas„ (1). Las necesidades de la agrimensura y de la construcción dieron el sér á la Geometría, mientras que la Aritmética se desarrolló con las cuentas de valores. También la ciencia natural procede de necesidades prácticas. "Cómo ha de apoyarse un cuerpo de determinada forma para evitar su caída; cómo ha de ponerse en movimiento una fuerza dada; cómo ha de aumentar la tirantez de la cuerda de un arco si la fuerza alcanzada crece tanto ó cuanto; estos problemas, y otros parecidos, han guiado á un Arquímedes y á Herón de Alejandría en sus investigaciones mecánicas„ (2).

En el nacimiento de la mecánica ha tomado buena parte la necesidad de pesar diferentes objetos de valor. "La mecánica racional no pudo tener otro punto de partida que la balanza„ (3). El origen de la Astronomía hay que buscarlo igualmente, en los intereses prácticos de la vida. "Los intereses teóricos por los fenómenos celestes habían dado bastante de sí, con las representaciones imprecisas que de los movimientos de los astros se tenía en tiempo de Platón y Aristóteles; mas para lograr una división exacta del año, se necesitaban determinaciones cuantitativas que se encontraron finalmente, con la mayor exac-

(1) Wundt, *Lógica*, tomo II, parte I, pág. 91.
(2) Idem, íd., íd., pág. 263.
(3) Spencer, *Ensayos*, 1901, vol. II. *La génesis de la ciencia*, página 50.

titud posible, dados los medios de la época, en los sistemas astronómicos de Hiparco y Ptolomeo„ (1).

No intereses teóricos, sino los intereses prácticos de encontrar un medio de convertirlo todo en oro, dieron vida á la alquimia, de la cual ha salido la química científica. Las ciencias biológicas teóricas se desarrollaron bajo la gran influencia de sus ramas prácticas: Medicina, Zootecnia, Agronomía, etc. "Las ciencias están ligadas inseparablemente con las artes técnicas, y sólo convencionalmente pueden ser consideradas como independientes. Originariamente fueron una sola cosa. Como fijar los días de las festividades religiosas; cuando se habría de sembrar; como pesar las mercancías, como medir los arcos, etc....., todas estas eran cuestiones prácticas que dieron vida á la Astronomía, la Mecánica y la Geometría„ (2).

No fué otro el origen de las ciencias del espíritu. Los temas éticos y políticos han llegado á ser, relativamente tarde, objeto de reflexión científica. "Sólo en el siglo V, cuando los sofistas, maestros públicos de elocuencia política, dejando á un lado como inútiles todas las especulaciones sobre la conexión de los fenómenos naturales, consagraron su actividad á problemas prácticos, y, especialmente, á la formación política del individuo; sólo entonces despertó el interés por los problemas teóricos que estaban en relación con la actividad retórica y política„ (3). Obligados, como maestros prácticos de elocuencia, á estudiar y analizar los elementos de su lengua, á

(1) Wundt, *Lógica*, tomo II, pág. 263.
(2) Spencer, ob. cit., pág. 69.
(3) Wundt, *Lógica, Metodología*, II, pág. 2.

ellos se debe también la Filología como ciencia particular.

Igualmente la ciencia del Derecho ha nacido y se ha desarrollado estrechamente ligada con la práctica jurídica. En este respecto, es característico ver como entre los romanos alcanzaron primero elaboración científica aquellas secciones del Derecho más íntimamente relacionadas con la vida económica, el derecho privado, especialmente, mientras que el público carece entre ellos de toda disposición sistemática. La otra gran rama de las ciencias sociales— la ciencia económica —, tiene igualmente sus raíces en las necesidades prácticas de la vida social y hasta hoy está estrechamente ligada con ellas.

La historia de las ciencias confirma, pues, plenamente, el primado de los intereses prácticos sobre los teóricos, el de la voluntad sobre la razón. Tanto en el campo del saber como en el del arte: "El sentimiento estético es un producto y desarrollo de los instintos que guían á la conservación del individuo y de la especie. Presupone un sobrante de energías que, no siendo consumidas en la lucha de la vida, se aprovechan de este modo„ (1). En lo que á la pura aplicación científica se refiere, es un producto posterior del poderoso desarrollo del intelecto humano, el cual está condicionado por la importancia predominante del entendimiento para la vida práctica. Sin embargo, hay que considerar también al interés teórico como una fuerza motriz independiente é indispensable del conocimiento científico, ya que sin estas aspiraciones, en absoluto desinteresadas, ninguna ciencia prosperaría. En los primeros momentos de la ciencia el interés teórico es débil, y sólo á medida que la ciencia progresa, va haciéndose poderoso. Originariamente, estuvieron las ciencias teóricas subordinadas á las prácticas; más tarde consiguen aquéllas la soberanía. En esto consiste precisamente la evolución natural de la ciencia. Las invenciones técnicas tienen un doble origen. La práctica de la vida puede presentar á la conciencia popular un problema práctico determinado, á cuya solución se consagran muchos hombres hasta conseguir resolverlo. De este modo tuvieron lugar las grandes invenciones técnicas del siglo XVIII, que trajeron consigo la revolución industrial. Así la máquina de hilar fué descubierta para responder á una gran demanda de hilo que tuvo lugar en Inglaterra; igualmente, la necesidad de precipitar la elaboración de tejidos aportó la máquina de tejer.

(1) Höffding, *Psicología*, páginas, 360 y 361.

Mas las invenciones técnicas pueden tener también otro origen. Frecuentemente aparecen como consecuencias inesperadas é imprevistas de conocimientos teóricos. Las investigaciones llevadas á cabo en vista de intereses teóricos, reportan á veces también soluciones impensadas de problemas prácticos. Inventos de esta índole son tan característicos del siglo XIX, como los conseguidos por caminos prácticos lo son del XVIII. Así procede la Electrotécnica de las investigaciones y trabajos teóricos de Volta, Faraday y otros. El más grande de los recientes descubrimientos, la telegrafía sin hilos, está en estrecha conexión con los experimentos de Hertz, dedicados á solucionar problemas teóricos sobre la naturaleza eléctrica de la luz. También las investigaciones teóricas de Crookes facultaron á Rontgen el descubrimiento de los rayos X. Igualmente una serie de trabajos científicos sirvieron valiosamente á Hoffmann para solucionar un problema eminentemente práctico.

Si la ciencia procede, pues, de necesidades prácticas de la vida, también ha revolucionado ésta y se ha desarrollado hasta llegar á ser por sí un propio fin. El hombre no estudia sólo por obtener alguna utilidad inmediata, sino también por el placer noble de conocer. Aunque, efectivamente, aun en los países más progresivos son pocas las gentes sensibles en alto grado á este placer. Pero por muy tenuemente que esta necesidad se sienta, su significación sociológica, como fuerza impulsora de la Historia, es considerable: la satisfacción del anhelo científico de unos pocos hombres influye, decisivamente, sobre el destino de la inmensa mayoría que desconoce la necesidad de la ciencia. Con el trabajo solitario de unos cuantos investigadores se construye el soberbio edificio de la ciencia que protege la suerte de la humanidad. El amor á la verdad ó á la lógica, como el placer estético es desinteresado. No es la alegría sentida ante la utilidad inmediata, la correspondiente al trabajo del pensamiento. Sigwart caracteriza muy adecuadamente, como sigue, los rasgos generales de la evolución de nuestros intereses teóricos y prácticos: "Primero toman las exigencias y necesidades de la vida al pensamiento á su servicio, poniéndole fines que ha de prohijar y perseguir..... Después el conocimiento exacto de las cosas y sus relaciones, exige del impulso científico una tarea que excede de los límites de los problemas prácticos; nuestro pensamiento tiene entonces que consagrarse al puro conocer para desentrañar la naturaleza de las cosas y presentar, á nuestro saber subjetivo, un cuadro fiel y completo del mundo real. La satisfacción, pues, del ansia de conocer, lleva en sí la de aquellos fines prácticos del pensamiento; el conocimiento de lo que es, es el fin inmediato que pone á nuestro pensar en movimiento y determina su rumbo„ (1).

La necesidad más elevada del alma humana es la religiosa. Cierto que no es propia de todos los hombres; pero lo mismo pasa con las necesidades intelectuales y estéticas. La definición más justa del sér de la religión, la dió, en mi opinión, Schleiermacher, llamándola: "el sentimiento de la absoluta independencia„ ó "la conciencia inmediata de la existencia general de todo lo finito en lo infinito y de todo lo temporal en lo eterno„ (2). Como específicos sentimientos religiosos merecen consideración los de sumisión, que no en menos grado que los de reconocimiento, sobre los que la vida social descansa, pertenecen á los instintos fundamentales de la naturaleza humana (3).

La religión, en este sentido, no puede identificarse con la creencia en poderes ultraterrenos; "la creencia en el demonio testimonia ciertamente la emoción del temor y del espanto; pero difícilmente se encuentra en ella ni señal de sumisión religiosa„ (4).

Los pueblos inferiores creen en el poder de los muertos, en el encantamiento de sus sacerdotes, ofrecen sacrificios á sus ídolos, pero carecen de religión en nuestro concepto. Los principales motivos que determinan su adoración á los espíritus son completamente otros; no la sumisión desinteresada, ni el sentimiento de la independencia absoluta. El hombre primitivo, mediante la con-

(1) C. Sigwart, *Lógica*, tomo I, edic. 2.ª, 1889, pág. 4.
(2) Schleiermacher, *Discursos sobre la Religión*, 4.ª edic., página 42, citada por Wundt, *Ética*, I, pág. 42.
(3) Wundt, *Ética*, I, pág. 273.
(4) Idem, íd., íd.

templación de algunos fenómenos naturales, llega á creer en la inmortalidad de su alma. El culto primitivo se reduce al "cuidado del alma„ de los muertos, á los que se teme por los males que pueden acarrear; motivos, por tanto, puramente egoistas dan vida á este culto. Estos hombres se conducen con Dios en la misma forma que con un poderoso enemigo viviente, haciendo lo posible para ganar su valimiento con tributos, y sintiendo ante él más temor que reverencia.

Tanto puede decirse de la religión aparente de muchas gentes civilizadas. El sociólogo francés Lacombe descubre, acertadamente, motivos egoístas en los más importantes actos religiosos de la mayoría de las gentes. Pero también se excede al considerar la religión como una especie de medio de vida, una economía figurada: como siendo la actividad religiosa para cada hombre únicamente el medio de conseguir ciertos beneficios con la ayuda de supuestos poderes sobrenaturales, sin que exista en la naturaleza humana ningún sentimiento religioso específico (1).

Esta manera de considerar la religión es totalmente equivocada. Cierto que con frecuencia el culto religioso está mantenido por motivos extrarreligiosos; mas junto á esta religión aparente hay otra verdadera, en nada común con la economía, por atender ésta sólo á los intereses prácticos, mientras descansa la religión verdadera en la más desinteresada devoción. No á todos afecta el sentimiento de la independencia absoluta; pero quien lo siente pone en Dios su ideal más elevado, nunca un medio

(1) Véase Lacombe, *La historia considerada como ciencia*, cap. VI, pár. 9.°

para otros fines, sino un fin en sí, el más remoto y superior, un objeto de la mayor veneración.

Este sentimiento puede aprobarse ó no, naturalmente, pero su existencia real no puede ser puesta en duda. No porque las naturalezas verdaderamente religiosas sean escasas dejan de darse. En el ascetismo lucha la religión con el amor á la vida y le vence. Y tampoco tenemos base para afirmar la carencia absoluta de opiniones religiosas en la mayoría de los hombres. Si así fuese no sería explicable la tenacidad de la creencia en poderes ultraterrenos en pueblos civilizados; pues el conocimiento positivo difícilmente podría dar fundamento á tal fe.

La moralidad se ha desarrollado bajo una predominante influencia religiosa. "La moralidad sazonada es el hijo emancipado de la religión y de las costumbres„ (1). No podemos representarnos la conciencia del deber sin la veneración que es, á su vez, el sentimiento religioso específico. Es evidente que en la moralidad de los actuales hombres civilizados tiene más parte la religión que los sentimientos altruístas. Éstos, como ya se ha dicho, en el orden social reinante, tienen tan sólo eficacia en círculos como el familiar, muy estrechos. La opinión religiosa, en sus formas, más ó menos puras, es, en cambio, común á grandes masas. Rara vez vemos que los hombres obren por puro altruísmo; en cambio, ha despertado el entusiasmo religioso, repetidamente, grandes movimientos populares, en los que han manifestado los hombres un sublime espíritu de sacrificio. La religión fué siempre y sigue siendo uno de los mayores motores de la Historia.

No debe olvidarse, en efecto, que en muchos movi-

(1) Wundt, *Ética*, I, pág. 276.

mientos religiosos, como guerras, persecución de herejes, etcétera, no predominaban motivos genuinamente religiosos. El poderoso sentimiento ego-altruísta del honor se liga fácilmente con el sentimiento religioso, y en virtud de esa unión se fortalece hasta tales extremos el fanatismo religioso. El fanático ve en la exteriorización de la fe ajena una ofensa á su Dios, y ella le es más sensible que las hechas á su persona. Esto explica la acritud que caracteriza á las luchas religiosas. Al perseguir el fanático, con todo el odio de que es capaz, al enemigo de su Dios, persigue, en realidad, á su propio enemigo, que, con el menosprecio al objeto de su mayor veneración, le ha ofendido en lo más sensible.

CAPÍTULO IV

ECONOMÍA Y VIDA SOCIAL

La lucha por la existencia en el mundo orgánico y en la historia.—I. *Concepto de la economía*: Defectos del concepto de la economía de Engels.—Caracteres de la actividad económica.—Formas de la economía.—II. *La economía como fundamento de todas las demás actividades*: El papel de la economía en la satisfacción de las diferentes necesidades.—La economía como base de la fuerza social.—Fundamentos reales del arte y de la ciencia.—La posición central de la economía en la vida social.—III. *La economía como ocupación principal de la mayoría de la población*: La influencia indirecta de la economía sobre otras actividades sociales.—La economía y el medio espiritual.—IV. *El momento real de la economía*: La naturaleza exterior.—Su influencia directa é indirecta sobre la vida social.—Pueblos salvajes y pueblos bárbaros.—La relativa liberación de los hombres del poder de la naturaleza.—V. *Conciencia y sér social*: Progresos genéticos y teleológicos.—Comunidad y sociedad.—El reino de la necesidad y el de la libertad.

I

De las diferentes actividades sociales ha hecho resaltar Marx la producción de los medios para la subsistencia, considerándola como la fundamental. La propia conservación de nuestra vida domina la conducta humana. La lucha por la existencia entre los individuos aislados y los grupos sociales tiene, opina Marx, tan absorbente papel en la historia del hombre como la evolución histórica de los organismos en la doctrina de Darwin.

Y hasta es de creer que aun para la biología la lucha por la existencia es un concepto demasiado limitado y que entre los organismos no sólo se lucha por existir, sino

para hacerlo del modo más próspero posible. Cada organismo tiende á asegurar algo mejor y más completo que la nuda existencia; y lucha tenazmente por conseguir el libre desarrollo de todas sus fuerzas, y la satisfacción de sus necesidades é inclinaciones (1). De aquí que esta lucha no termine, y que impulse siempre progresivamente al mundo orgánico. Cada triunfo conseguido es punto de partida de nuevos esfuerzos, y nuevas luchas se siguen sin cesar.

Y si de todos los organismos se afirma, ¡con cuánta mayor razón del hombre! El tiene múltiples necesidades aparte de la de conservarse y aspira siempre á verlas colmadas. Cierto que es la de alimentarse la más apremiante; pero tiene sólo un carácter absorbente cuando el hambre le amenaza. El hecho de que el hombre no sólo come, sino que hace política, ciencia, arte, religión, etc., prueba que la alternativa entre comer ó filosofar se le presenta sólo en casos contados.

Se ha censurado frecuentemente al materialismo histórico que parte de una concepción muy inferior de la naturaleza humana, y por lo menos ignora, si no niega, las causas más elevadas de las acciones humanas. En cuanto á Marx y Engels se refiere, es cierta esta crítica. De toda la compleja diversidad de motivos psicológicos del comercio humano, han recogido sólo el instinto de conservación, esperando haber encontrado en él la clave de todos los problemas de la historia universal. Con ello el marxismo contradice los hechos de la vida social que muestran otros motivos no menos poderosos del comercio humano; además de que á la apreciación objetiva de la Historia no escapa la importancia decisiva que tienen para el destino del hombre otros instintos más débiles en él, como el deseo de conocer. Si no existiese en el espíritu humano la curiosidad desinteresada, la alegría de poseer la verdad, no hubiera conseguido ninguna otra necesidad práctica el grandioso desarrollo del intelecto humano creador de tantas civilizaciones. No se debe encarecer la importancia de las necesidades prácticas de la vida. El hombre—el natural sobre todo—es un sér indolente que empieza muy á disgusto todo cuanto no le reporta una satisfacción inmediata. "Cada vez sorprende más—dice Ratzel—el reducido número de inventos de los pueblos atrasados que no ven ni lo que les rodea„ (1).

(1) Véase Fouillée, *Las ideas fuerzas*, I, pág. 78.

Todas las descripciones de los salvajes coinciden en negarlos previsión ante el porvenir. Con tales dotes psicológicas es inverosímil que hagan cualquier invención útil que no ofrezca á su entendimiento un placer inmediato. Menos aun pueden explicarse por la utilidad práctica de la ciencia los éxitos que ella logró posteriormente. El trabajo intelectual es para todo verdadero investigador la mayor satisfacción que psicológicamente nada tiene de común con el instinto de conservación.

I

Según esto, ¿ha de rechazarse la concepción materialista de la Historia, pura y llanamente, como un sistema unilateral y extraviado? No lo creo. Creo más bien que este sistema es susceptible de una reconstrucción que le haga más utilizable como teoría científica.

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, II, pág. 711.

Como elemento inservible del materialismo histórico considero, ante todo, el equivocado concepto de economía de que han partido Marx y Engels en su filosofía de la historia. Sabida es la importancia que para cada ciencia tiene poseer un concepto claro y preciso de sus elementos fundamentales. De la ciencia económica puede decirse lo mismo que Kant afirmó de la filosofía del derecho de su época; hoy todavía se discute sobre el concepto fundamental de la ciencia económica; sobre que sea la economía. De las confusiones á que esto puede conducirnos ha dado recientemente buen ejemplo Stammler con su crítica de la concepción materialista de la Historia, crítica en otros muchos aspectos meritísima. El mayor defecto de ella está precisamente en su concepto completamente equivocado de la economía social.

Muchos economistas—Marx y Engels entre ellos—creen encontrar en la clase de las necesidades que se satisfacen la característica de la economía. Según la opinión de los creadores del materialismo histórico, la actividad humana es económica cuando se dirige á la satisfacción de necesidades de su organismo, tales como el alimento, habitación, vestido. Cuando sirve á otras superfluas deja de serlo.

Así dice Engels que "la producción de la vida inmediata„, la cual forma el momento determinante de la Historia, consiste en "la obtención de medios de existencia, alimentos, vestido, habitación y de las herramientas que éstos exigen„ (1). Lo mismo repite en sus cartas del año 1894: "Entendemos por relaciones económicas—de-

(1) Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, 8.ª edic., prólogo, pág. 8.

terminantes de la base social—la forma y modo cómo los hombres de una sociedad dada, producen sus medios de vida y cambian entre sí sus productos„ (1).

Contra esta concepción de la esencia de la economía puede argumentarse lo siguiente: por lo pronto es imposible trazar una línea de separación definida entre las necesidades vitales y otras menos apremiantes. ¿A cuáles pertenecen, por ejemplo, las de tener vestidos elegantes, joyas, muebles de lujo, etc.? Desde luego que no á la primera clase, pero la producción de vestidos la incluye Engels en la economía. Además, casi todo objeto puede servir á las necesidades más diversas; desde el punto de vista de Engels, resulta, pues, imposible precisar si tal ó cual actividad pertenece ó no á la economía. Con la piedra igual puede construirse una fábrica que un templo; de un lienzo pueden hacerse sacos de patatas ó un cuadro también; de la madera lo mismo se sacan sillas y mesas que instrumentos de música, por ejemplo, y así sucesivamente. Toda la producción, por consiguiente, puede también ser contada entre las actividades no económicas, ya que puede servir á otros fines que no son estrictamente indispensables para vivir.

Partiendo de estas consideraciones renuncia Stammler á toda distinción entre actividad económica y no económica y designa como economía social á la externa y regulada "cooperación dirigida á satisfacer las necesidades humanas„ (2). Por consiguiente, toda actividad social es economía—materia de la vida social—en oposición al derecho, que es la forma de la misma. Una guerra, una feria,

(1) *Documentos del socialismo*, 1902, tomo II, pág. 73.
(2) Stammler, *Economía y Derecho*, 1896, pág. 139.

una representación teatral, pertenecen, según Stammler, á la economía social, concepto que comprende toda la vida social, menos el Derecho.

La arbitrariedad de esta terminología es manifiesta. Stammler necesita el concepto *materia de la vida social* y le da el nombre de economía social. Cada escritor es muy dueño de crear una nueva terminología, pero es evidente, que economía en el sentido de Stammler, es algo muy diferente de lo que generalmente se comprende con este concepto. La economía, en sentido usual, no coincide con la materia de la vida social, forma sólo una parte de ella. La ciencia, como el uso corriente, entienden por economía, en mi opinión, no otra cosa que el compendio de las acciones humanas dirigidas sobre el mundo exterior para crear condiciones aplicables á la satisfacción de las necesidades del hombre. La actividad económica se distingue de la que no lo es, ante todo, en dos momentos:

1.º La actividad económica es siempre un medio para algo, nunca un fin en sí. La economía crea medios para la satisfacción de nuestras necesidades; pero por sí, no las satisface. En esto se diferencia la economía del juego y del arte, como en general de todas aquellas actividades que son en sí mismas un fin. Por eso el pintar de un verdadero artista, no es economía, y lo es, en cambio, dibujar la muestra de una fábrica. C. Bücher ve en la economía un fenómeno histórico y llega á no considerar trabajo, sino juego, la actividad del hombre primitivo. "El juego—dice—es más viejo que el trabajo, anterior el arte á la producción de cosas útiles. (1). Esto me parece una exageración, porque la obtención de alimentos para el

(1) Bücher, *El nacimiento de la economía*, 2.ª edic., pág. 31.

salvaje, más que juego, es un trabajo muy considerable. Pero ciertamente que Bücher tiene razón al afirmar que el trabajo y el juego en los pueblos primitivos están poco diferenciados, y á menudo es difícil hallar la línea que los separa. Hasta este punto carece la actividad de aquellos hombres de carácter económico.

El consumo no es una economía, puesto que es por sí mismo un fin. La actividad económica termina en el momento que el consumo comienza; si no, casi toda la actividad humana sería economía, ya que cada empresa humana puede ser considerada como un consumo de objetos de una ú otra clase (1).

2.º La economía se dirige siempre sobre la naturaleza exterior, sobre el medio en que se da nuestra existencia. Esto distingue la economía de aquellas otras actividades que tienen al hombre por objeto; un maestro, un juez, un sacerdote ó un médico al enseñar, juzgar, etc., no obran económicamente.

Según su contenido, consiste la actividad económica en la transformación de la naturaleza exterior (producción y transporte de mercancías), en la traslación de los hombres de un sitio á otro (transporte de personas) y en la alteración de las relaciones de propiedad entre los hombres y los

(1) "Todas las formas de satisfacción de las necesidades, de la más noble á la más grosera, así como todas las actividades de las que no disponemos como de nuestra capacidad de trabajo para obtener un resultado arbitrario ó justificado, sino en las cuales la personalidad se manifiesta y desarrolla, no son de naturaleza económica..... Los mismos actos de consumo y de goce realizados con la ayuda de bienes económicos no son económicos, como cualquier acto de goce en general.", Fr. v. Wieser, *Sobre el origen del valor económico*, 1884, pág. 77.

bienes (cambio). En todos los casos sigue siendo el fin de la economía la creación de las condiciones reales más favorables á la satisfacción de las necesidades humanas (1).

II

Es un error manifiesto aceptar que la economía sirve exclusivamente al instinto de conservación; y tal le cometieron Marx y Engels al identificar la economía con la "producción de la vida inmediata„. Ellos entienden por condiciones de la producción—dominantes de la vida social—aquéllas referentes tan solo á los bienes indispensables para la conservación de la vida como el alimento, el vestido y la habitación. Por ello consideramos al materialismo histórico como una filosofía de la Historia tan unilateral que descansa sobre el desconocimiento de la verdadera psicología humana. El instinto de conservación es tan sólo uno de los muchos que determinan la conduc-

(1) H. Dietzel define la economía como "el conjunto de acciones con las que un sujeto cubre sus necesidades de bienes materiales„. *Economía social teórica*, 1895, tomo I, pág. 159. Contra esta definición que tiene algo de común con la mía, tengo que decir lo siguiente: Dietzel incluye al consumo en la economía, habla hasta del respirar como acto económico (ob. cit., pág. 159), lo que me parece tan equivocado que de esta manera se llegaría á suprimir toda línea de separación entre la economía y lo que no lo es. Además la definición de Dietzel supone que la economía sirve siempre á la satisfacción de las necesidades del propio sujeto, lo que no es exacto, porque puede tener como fin también las de otras personas: así los establecimientos de beneficencia obran económicamente al satisfacer las necesidades de otras personas distintas del sujeto económico. Y, por último, desde su punto de vista es difícil reconocer como actividad económica el viaje de una persona para sus negocios, y fuera de toda duda, lo es.

ta humana, y sus manifestaciones están bajo la influencia poderosa de la satisfacción de otras necesidades.

Esta parcialidad de la concepción materialista de la Historia es una consecuencia del falso concepto de la economía sobre que descansa. Pero si se considera económico á todo trabajo, en cuanto va dirigido á vencer la resistencia de la naturaleza exterior, independiente de las necesidades á cuya satisfacción sirva, caen por sí solas muchas de las objecciones hechas al materialismo histórico. Así enmendado, cubre el vacío psicológico de que antes adolecía, cuando sólo tenía en cuenta el momento de la propia conservación, y no niega la elevada significación social de los motivos ideales de nuestra conducta; pues la economía, dominante en la vida social, es, si se la juzga acertadamente, no menos adecuada para nuestros fines ideales que para nuestra conservación.

Queda ciertamente por averiguar si también tomada en este amplio sentido puede ser reconocida la economía como base del orden social. Pero esta nueva disposición del materialismo histórico le libra de la censura tan repetida y justa de desconocer la compleja diversidad de los motivos conscientes de nuestra conducta.

Es, por consiguiente, erróneo dividir en dos grupos las necesidades sociales en económicas (de conservación de la existencia) y no económicas (las restantes). No hay ninguna clase de necesidades á cuya satisfacción no contribuya la economía.

Así el instinto sexual despierta una muy diversa y considerable actividad económica. La mayor parte del adorno, en los trajes de mujer especialmente, hay que relacionarla con este motivo psicológico. La producción de objetos de adorno es una industria importantísima, tanto

que en el comercio de Francia, por ejemplo, la exportación de telas de seda figura en primer lugar. Millones de trabajadores se ocupan en nuestros países civilizados en la elaboración de objetos de adorno—el traje mismo no ha perdido hasta ahora su primer carácter de prenda de adorno.

De los instintos sociales el más poderoso es, sin duda, el amor familiar, uno de los motivos más considerables del comercio económico. La aspiración de asegurar á la familia el bienestar es la más apropiada para vencer la indolencia y despertar una incesante actividad económica. Una institución social tan importante como la herencia, una de las bases del orden económico reinante, tiene su motivación psicológica en el amor familiar. Sin los sentimientos de simpatía y de solidaridad no podría conseguir la economía un desarrollo superior, pues la presencia inevitable de la muerte ante cada individuo quitaría todo fin racional á las acciones económicas que se cifrasen en un porvenir remoto. El ejercicio de industrias, tales como la forestal, jardinería, etc., descansan en la buena voluntad de los hombres que sacrifican sus intereses de momento por los de otras personas, de su familia sobre todo. Otro tanto puede decirse en cierto modo de la acumulación de capitales. Si el hombre estuviera movido exclusivamente por motivos egoistas, hubiese imprimido á sus acciones económicas una dirección muy distinta de la que observamos. La Roma de la decadencia nos ofrece un buen cuadro del carácter pródigo de aquella economia regida predominantemente por un apetito egoísta de placeres sensibles.

No es menos claro que la tendencia á distinguirse socialmente está en estrecha conexión con la actividad económica. La riqueza es y fué siempre una gran fuerza social,

especialmente como tal es apeticida. Desde luego que no es el placer de atesorar riqueza el que mueve á un millonario á acumular más capital cada día, ni la necesidad económica á extender su empresa con móviles de competencia, pues cada capitalista afortunado podría cambiar cuando quisiera su vida diligente que tanta tensión de fuerzas exige, por la de un rentista, cómoda y descansada. La ambición y no la sensualidad ni el instinto de conservación es el resorte psicológico más importante de la acumulación capitalista. Jay Gould fué un hombre muy sobrio y su apetito de riqueza desconsiderado é insaciable sólo podía explicarse con una ambición ilimitada. La riqueza no es sólo instrumento de placer, sino también de fuerza. Este carácter de la riqueza se muestra con toda claridad en el campo de la política, ya que la fuerza política de cada Estado descansa, sobre todo, en su situación económica. La elaboración de materiales de guerra es una industria importantísima y, muy significativo para el capitalismo moderno, que las explotaciones de Krupp pertenezcan á Alemania. También las necesidades estéticas pueden considerarse como influyentes en la vida económica. En la arquitectura se manifiesta, particularmente, la relación de la economia con el arte; pero hasta un arte tan lejano á la lucha por la existencia, como la música, necesita de base económica. Pianos y órganos son instrumentos cuya complicación exige, para ser elaborados, un estado progresivo de la técnica industrial. El placer que nos procura la audición de una ópera hermosa, no consta, ciertamente, de elementos económicos; mas para disfrutarla no bastan el talento del compositor y las dotes del cantante; se necesita, además, disponer de medios materiales obtenidos por el trabajo económico, instrumentos musicales y construc-

ciones que reunan aquellos requisitos técnicos que una representación musical exige.

La ciencia igualmente se levanta sobre una base material creada por la economía. La imprenta, que es una industria como todas las demás, debe su invención á motivos completamente económicos; á la aspiración de un hombre emprendedor á reducir los costes de producción de los libros.

El saber tiene sus medios de trabajo materiales, sus instrumentos, como la industria tiene los suyos. Y así como puede juzgarse de la economía de una época por sus herramientas, igualmente los instrumentos de una ciencia son testimonio del progreso científico. Por pertenecer á la economía la producción de estos medios de trabajo, constituye también esto la base real del conocimiento.

La misma religión tiene su base económica. La arquitectura nació de la construcción de templos, y hasta hoy siguen siendo los templos los más grandiosos productos del arte de construcción. En Rusia hay pueblos enteros, cuyos habitantes se ocupan, exclusivamente, en la construcción de imágenes, industria que descansa en una división del trabajo muy desarrollada.

Todas las necesidades de los hombres, pues, son motivo de trabajo económico que de este modo llega á ser la base universal de cada actividad humana. La mayor influencia de la economía en la vida social no está precisamente en que "los hombres tienen que comer, beber y vestirse antes de hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera„, sino también en que "la política, ciencia, etc.„, deben su base real á la economía y son inseparables de ella. Cualquier rama de la vida social que consideremos

ha de mostrarnos siempre que su primer paso consiste en la adaptación de sus condiciones reales á fines determinados y especiales, en la economía, por tanto.

En esto consiste la situación central de la economía en la vida social. Desde este centro económico parten en todas direcciones radios que equivalen á otras tantas actividades sociales distintas. Así como el centro es el punto de unión de todos los radios, que sólo en el centro se encuentran, la economía social une á todas las actividades sociales que tienen en ella su punto común de relación. Todo lo que en el centro ocurre tiene que reflejarse en los radios. Cada alteración profunda de la economía social tiene igualmente que ocasionar alteraciones en todas las ramas de la vida social.

Sin embargo, no puede olvidarse que la vida social no coincide con la economía en toda su extensión, sólo en el centro coinciden los radios, después se separan cada vez más uno de otro. La significación del estadio económico es muy distinta en los diferentes campos de la actividad social. El trabajo para la propia conservación, es sólo economía. De las demás actividades que sirven á la satisfacción de otras necesidades sociales no puede decirse lo mismo. Así la aspiración al poder social solicita muy diversas acciones del hombre, necesitadas de la base económica, en efecto; pero que exceden en mucho de ella. Una empresa guerrera no es tampoco exclusivamente economía, ni los éxitos guerreros se deben tan sólo á la posición económica de los combatientes. Así los bárbaros aniquilaron al imperio romano. La administración de justicia tampoco es meramente una economía. Ciertamente que el mantenimiento del derecho presupone una base económica; por ejemplo, el derecho penal moderno no se

concibe sin prisiones, las que tienen que ser construidas, por tanto; pero la misión del juez, excede mucho de esta órbita.

El Arte y la Ciencia tienen también un gran contenido extraeconómico. La relación de la economía con todas las bellas artes se acentúa particularmente con la arquitectura. La arquitectura griega, por ejemplo, no podría desarrollarse en un país que careciese de piedra de construcción, como Rusia. A su vez la arquitectura rusa está en íntima conexión con la riqueza en bosques del país. Pero tampoco la arquitectura como arte bello es un mero producto de la economía. El capitalismo moderno, á pesar de toda su fuerza económica, se muestra incapaz de crear un nuevo estilo, viéndose obligado á seguir eclécticamente los de épocas pasadas.

Tampoco el florecimiento de la filosofía y de la ciencia depende exclusivamente de la riqueza económica. La incapacidad de los Estados Unidos, el país del mundo de mayor poderío económico, de hacerse culturalmente independiente de la vieja Europa, es un ejemplo palmario. El capitalismo ha aumentado y perfeccionado enormemente los medios materiales de trabajo intelectual; con todo, el siglo XIX no puede vanagloriarse de poseer titanes del pensamiento como Platón, Aristóteles, Newton, Leibniz, Kant.

En lo que á la religión concierne, ninguna catedral producirá creencias religiosas si faltan otras condiciones. El entusiasmo religioso fué muy grande en los primeros años del cristianismo, aunque el culto era muy sencillo y carecía de toda suntuosidad; mientras que en nuestros días los más hermosos templos no son capaces de vencer la creciente indiferencia religiosa.

Las diferentes actividades, cuyo contenido constituye

el comercio social, forman como una escalera cuyos peldaños inferiores son la producción de los medios de vida más indispensables, que no son otra cosa que economía; mientras á medida que se asciende, el trabajo económico va siendo una parte cada vez más reducida de la correspondiente actividad. Cuanto más elevada es una necesidad, menor es el papel que tiene el trabajo económico en la satisfacción de la misma. Las actividades superiores tienen una significación personal, independiente de la economía, y sería absurdo considerarlas como un producto pasivo ó un mero reflejo de la economía. Pero como el progreso histórico consiste precisamente en la espiritualización del hombre, en trasladar el punto de gravedad de su vida, de las necesidades fisiológicas inferiores de la sustentación á las necesidades superiores del espíritu, parece que tendrá también que decrecer, en el curso de la historia, la significación social del momento económico.

III

Además de la relación directa existente entre la economía y todas las demás manifestaciones de la vida, hay que considerar otra mediata entre ellas, y que procede de haber sido y ser la economía la ocupación de la gran mayoría de la población.

El número de las personas libres de todo trabajo económico es muy reducido y era todavía antes relativamente menor en comparación con las clases trabajadoras. Así, cada cien personas de la total población prusiana, atendiendo á su actividad, estaban repartidas de esta forma (1):

(1) Sombart, *La economía alemana en el siglo XIX*, 1903, página 491.

	1843	1895
I. En ocupaciones económicas (agricultura, industria, comercio, transportes y servicio doméstico)	95,5	88,3
II. En ocupaciones no económicas (servicio militar, empleados de la Corte, del Estado, del Municipio, de la Iglesia, profesiones liberales, sin profesión)	4,5	11,7

Cierto que no puede la estadística de oficios constatar la relativa importancia social de las diferentes actividades, ya que el valor social de cada una no debe medirse por el número de hombres ocupados en ella. Los trabajos de un Pasteur ó un Werner Siemens, aun desde el punto de vista de su importancia para la riqueza social, tienen más valor que el trabajo económico de miles de obreros fabriles. Que el número de los hombres ocupados en trabajos no económicos sea pequeño no dice nada sobre su menor ó mayor valor social, sino tan sólo la superioridad cuantitativa del trabajo económico. La mayor parte de la fuerza de trabajo de que dispone la sociedad es acaparada por la economía, lo que se explica de un lado por la particular urgencia de las necesidades imprescindibles para la conservación de la vida, y de otro por el gasto de fuerzas que ellas exigen debido al escaso grado de productividad de trabajo hasta ahora conseguido.

El hombre está y estuvo siempre solicitado, ante todo, por trabajos económicos; todo lo demás, por muy interesante que sea, exige tan sólo un gasto de fuerzas incomparablemente menor por parte de la sociedad. Pero siendo la vida del hombre inseparable de su actividad, y teniendo ésta predominantemente carácter económico, se

lleva á cabo una influencia indirecta de las condiciones del trabajo económico sobre las restantes actividades.

La acción directa del trabajo económico sobre las demás actividades tiene un carácter más exterior, y no determina su contenido más íntimo. Cierto que la economía da lienzo y colores á la pintura, mármol á la escultura, instrumentos á la música y á la literatura papel y demás útiles; pero el cuadro que haya de pintarse, la escultura que salga del bloque de mármol, el trozo musical ó literario que resulte, no dependen inmediatamente de la adquisición de la base material del arte. El predominio social de la economía, como principal ocupación del hombre, tiene como consecuencia, que el contenido del arte esté también determinado por las condiciones económicas de la vida del hombre. El artista vive en un medio que espiritual y materialmente ejerce la mayor influencia sobre sus creaciones. Taine ha descrito perfectamente la importancia que el medio espiritual de una época histórica tiene para el carácter de su arte. Sólo una parte muy pequeña del tesoro espiritual de cada hombre, no excluyendo á los genios, puede ser considerada como su dominio individual; todo el resto se lo debe al ambiente, al contacto con los demás hombres y al conocimiento de los productos de su actividad. "Así como hay una temperatura física—escribe Taine—que con sus alteraciones hace posible la aparición de esta ó aquella especie vegetal, hay también una moral que determina la aparición de distintas formas artísticas„ (1).

Wundt llega á considerar como una abstracción que no

(1) H. Taine, *Filosofía del arte*, 2.ª edic. alemana, pág. 14, citada por Wundt, *Lógica*, tomo II, pár. 2.°, pág. 326.

corresponde á la realidad, el concepto aislado del alma individual, "porque la realidad consiste precisamente en numerosos procesos espirituales de naturaleza compleja en cuya producción participa una pluralidad de individuos que están en recíproca acción espiritual unos sobre otros„ (1).

Literatura, arte, filosofía, ciencia, religión y moralidad son productos colectivos de la comunidad espiritual de los hombres. "El idioma, las costumbres, la fe, forman para cada hombre como una atmósfera espiritual. sin la cual su propia individualidad no podría darse, y que, aun escapando á toda exacta valoración cuantitativa, puede decirse que probablemente determina su carácter en mayor escala que cualquier otra influencia especial„ (2).

El medio espiritual no es con todo un momento social originario que no permita un análisis más completo. Sólo le forman los hombres y sus productos espirituales. Ante todo depende de la posición económica de cada hombre estar sometido á unas ú otras influencias espirituales. Así, el medio espiritual de un obrero fabril, que trabaja en un local cerrado junto á innumerables compañeros, que vive en una gran ciudad con instituciones de cultura, teatros, reuniones políticas, á la vez que tabernas y prostitutas; ante el diario contraste de su miseria y la ostentosa riqueza de los poderosos, es completamente distinto al de un campesino que, aislado, cultiva su tierra, vive en la aldea donde nació, y ha de morir sin otra influencia espiritual próxima que la compatible con la tranquila y monótona vida rural. Son también distintos el ambiente de un

(1) Wundt, *Lógica*, tomo II, pár. 2.°, pág. 293.
(2) Idem, íd., pág. 35.

fabricante y el de sus trabajadores. La necesidad económica en el orden social presente sujeta con sus apremios á la mayoría de la población al fatigoso trabajo físico, no permitiendo ocios que consagrar á actividades más elevadas y convirtiendo así al hombre en una bestia de carga. La miseria hace, además, imposible toda cultura intelectual. De este modo está el medio espiritual de cada hombre estrechamente ligado á las condiciones económicas de su existencia.

Esta predominante influencia de las condiciones económicas en la vida del hombret iene como consecuencia que su marca quede impresa en todos los dominios de la vida consciente. El conjunto de las cualidades psicológicas que distingue á un pueblo de los demás y constituye el llamado carácter nacional, depende, en primer término, de las condiciones económicas del mismo. Pero el papel conductor de la economía, como ocupación predominante de la población, con el progreso histórico tiende á reducirse. El desarrollo de la productividad del trabajo reclama cada día más actividades que van saliendo de la economía. Los representantes de trabajos no económicos aumentan de día en día; en Prusia, por ejemplo, el tanto por ciento de personas ocupadas en trabajos no económicos ha subido de 4,5 (1843) á 11,7 (1895) (1).

Por tanto, la parte del trabajo económico, dentro de la

(1) El hecho, aparentemente contradictorio, de que actividades no económicas, como el baile y el juego, consuman en la vida de algunos pueblos tropicales primitivos casi tanto tiempo como la economía, se explica por las favorables condiciones naturales que les rodean y que les permiten atender á su subsistencia con un mínimo gasto de fuerzas, por lo tanto, debido á la mayor productividad relativa del trabajo económico en los trópicos.

total actividad social, decrece con el curso de la Historia. El ascenso de la productividad del trabajo mina la preponderancia social de la economía, y las actividades no económicas consiguen figurar más cada vez como fuerzas motrices de la Historia.

IV

La concepción materialista de la Historia considera como momento determinante de la vida social no á la economía en general, sino á sus factores reales. Es de importancia capital no desatender esta distinción. En un pasaje de *El Capital*, da Marx la siguiente fundamentación al materialismo histórico:

"El trabajo es, en primer término, un proceso entre el hombre y la naturaleza, en el cual el hombre, mediante sus propios actos, concilia, regula y comprueba su asimilación con la naturaleza. Frente á la naturaleza se comporta como una fuerza natural, poniendo en movimiento su organismo, los brazos, las piernas, las manos, la cabeza para aprovechar la fecundidad natural en la forma más utilizable á su vida. Así, mientras él con su labor opera sobre la naturaleza exterior y la transforma, modifica también la suya propia."

Aquí se manifiesta una particularidad del proceso económico, que le distingue fundamentalmente de las restantes actividades humanas. El proceso económico se lleva á cabo entre dos polos, á saber: la naturaleza y el hombre; la Economía social comprende, pues, no sólo las relaciones de los hombres entre sí, sino también las pendientes con la naturaleza.

De aquí que pueda ser considerado desde dos puntos de vista distintos y dar materia de investigación á diferentes ciencias: como proceso social á las ciencias sociales, y á las naturales como proceso físico.

Esta particularidad de la economía la crea una posición peculiar entre los fenómenos sociales. La economía liga de un modo inseparable el medio material con el social y espiritual. Todos los momentos sociales se determinan mutuamente y están comprendidos en una acción recíproca; pero la economía queda fuera de ella porque éste su aspecto real le da una mayor complejidad. Efectivamente que la naturaleza sufre transformación es mediante el trabajo económico; pero estas transformaciones proceden sólo de las cualidades de la naturaleza exterior, que forman un momento objetivo de la economía, independiente por completo del hombre; también el hombre, á la vez que modifica á la naturaleza, permanece sometido á sus leyes.

En la evolución histórica se transforman las costumbres, las constituciones políticas, las normas jurídicas, las doctrinas científicas y filosóficas, las formas artísticas, etc., etc. Todas las categorías sociales puras están en constante cambio. El orden social de cada pueblo se modifica totalmente en los diferentes estadios de su evolución, y no hay elemento puramente social que permanezca estacionado é inmutable en el curso de la Historia.

Pero la economía tiene una parte extraña á este proceso evolutivo y que se conserva independiente de él y constituye el aspecto objetivo de la economía y está condicionado por las propiedades de la naturaleza exterior. No se modifica con la evolución social, porque no toma parte en ella.

Como proceso entre el hombre y la naturaleza, tiene la economía su último límite en las propiedades de aquélla. La situación geográfica de un país, su suelo, su clima, el trazado de sus costas, la estructura de sus montañas, etcétera, son totalmente independientes de los acontecimientos históricos. "Así como en una roca de cierta forma las olas chocan y rompen siempre de la misma manera, muestran las condiciones naturales siempre un mismo camino al curso de la vida, marcándole constantemente, en el mismo sentido, límites y condiciones. Alcanzan con ello un valor que excede al que tiene la escena de cualquier acontecimiento concreto, y son lo permanente frente á los cambios de la historia universal„ (1).

La naturaleza ejerce una doble influencia, inmediata ó mediata, sobre el hombre. La primera consiste en la acción del medio natural en que vive sobre el cuerpo y espíritu del individuo; pero el efecto mediato de la naturaleza sobre el hombre es mucho más importante, á saber, el ejercido por las acciones conscientes de los demás.

La naturaleza determina los fines externos y condiciones de la actividad humana, y de este modo influye activamente en toda la vida del hombre y en sus cualidades físicas y psíquicas. Esta segunda influencia de la naturaleza se lleva á cabo primeramente á través de la economía (2).

El defecto capital de la concepción de la historia de Paul Barth, llamada antropogeográfica, está en el desconocimiento de esta acción indirecta de la naturaleza sobre la vida social, que es decisiva. En lo que á la directa se refiere, no se puede negar ciertamente; pero la ciencia contemporánea no ha logrado descifrarla. Así no ofrece duda, por ejemplo, que el clima ejerce una acción inmediata sobre el organismo del hombre; en qué consiste esta acción no puede nadie decirlo exactamente. Los ensayos de Buckle y otros autores para descubrir la relación inmediata existente entre las condiciones naturales y el estado social de un pueblo determinado, pueden considerarse fracasados; la ciencia sociológica no ha obtenido con ellos progreso alguno.

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, I, pág. 13.

(2) "La mayor parte de la influencia de la naturaleza sobre la vida espiritual, tiene lugar mediante las relaciones económicas y sociales, las que por su parte están entre sí íntimamente ligadas„, dice con razón Ratzel. Véase su *Antropogeografía*, I, pág. 54.

Por el contrario, las relaciones entre las cualidades del suelo, del clima, de la situación geográfica, etc., y la economía reinante son claras é indiscutibles. Mediante la economía determina la naturaleza las formas de la vida social. Es manifiesto, por ejemplo, que las condiciones de la producción de subsistencias son las mismas de la vida social. El hombre puede adaptarse á diferentes climas; pero no á la carencia de alimentos. "Aislado, ó en pequeños grupos, podría vivir el hombre en el Polo Norte, alimentándose con los abundantes animales marítimos allí existentes; pero donde haya de vivir en mayor número necesita de un suelo fecundo„ (1). En las regiones más frías y más secas, la población es siempre muy poco densa; la vida del hombre depende más de la humedad ó sequía de una región que de las oscilaciones de su temperatura. "El calor puede ser suplido, hasta cierto grado con la casa, el vestido y el fuego; pero el agua tiene que llegar de las nubes ó sacarse del suelo. Fuentes terrestres se dan aún

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, II, pág. 205.

en lugares donde las celestes están casi agotadas; pensemos en los oasis del desierto; pero cuando también éstas faltan, la falta de humedad no puede ser reemplazada con nada; nos hallamos en el desierto implacable, donde la vida del hombre, de los animales y de las plantas acaba inevitablemente„ (1).

La naturaleza pone límites exteriores á la actividad humana que no puede trasponer la Historia. De este modo determina y regula á la vida social la fuerza de las condiciones económicas naturales. Un pueblo que no ocupa la costa, jamás podrá emprender pesca ni comercio marítimo; como otro, pobre en yacimientos minerales no podrá explotar la minería; del mismo modo cada cultivo de plantas tiene sus límites naturales, fuera de los cuales no puede prosperar, etc., etc. La historia de cada pueblo descansa sobre las bases inalterables de su existencia material, las cuales, mediante la economía, delimitan las posibilidades del mismo.

Conocidas son las particularidades de un tipo de vida social tan persistente como el nómada. A través de siglos conservan los pueblos nómadas la misma forma de vida, de familia, instituciones sociales, etc. "Lo que los antiguos nos dicen de los sauromatas y de los hamaxobitas de otras edades, puede todavía aplicarse hoy á ciertos pobladores de la Crimea con sus *Filzjurten* sobre coches de dos ruedas„ (2). El nómada está ligado estrechamente á determinadas condiciones naturales, y sólo en extensas estepas puede llevar esta vida errante un pueblo de pastores.

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, II, pág. 207.
(2) Idem, íd., I, pág. 156.

Los bosquimanos ofrecen otro buen ejemplo de la relación íntima del tipo social con las condiciones naturales de su existencia. El bosque deja su huella en la vida de algunos pueblos, como los indios del Brasil, los cazadores de la selva del interior de Africa y los del Norte de Asia y América. "El bosque dispersa á sus pobladores en pequeñas tribus, es un obstáculo para toda organización política superior, dificulta el tráfico, y detiene el desarrollo del cultivo y de la ganadería. Esta dependencia inmediata de la naturaleza explica también la conocida comparación de la vida de los negritos con la de los animales selváticos„ (1).

La vida de los pueblos primitivos está subordinada en mayor grado á las condiciones naturales que les rodean. "La gran cantidad de materiales tomados del reino animal y vegetal para construciones, vestido, menaje y armas, liga tan íntimamente los caracteres etnográficos de estos pueblos con el medio natural en que viven, que llegan á tener los mismos rasgos, y en algunos casos podría hablarse con igual justicia de la cultura del bambú ó de las conchas, que de la de pueblos ganaderos ó pastores„ (2).

Sin embargo, una dependencia tan estrecha entre las condiciones naturales y las formas de la vida social, sólo se encuentra en los primeros estadios de la evolución histórica. Y caracterizándose el progreso económico por el creciente poder del hombre frente á la naturaleza, la evolución histórica tiene que colocar al hombre en una relativa independencia de las fuerzas naturales. En el curso

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, I, páginas 478 y 479.
(2) Idem, íd., pág. 502.

de la Historia han de transformarse todas las condiciones sociales, incluso la economía, y sobre las mismas bases naturales se resolverán aquellas formas económicas que no tienen nada de común entre sí. La naturaleza deja, por consiguiente, á la vida social en su desarrollo histórico un círculo cada vez más amplio, que va llenándose progresivamente de otras condiciones que antes estaban excluídas por la inmediata y exclusiva influencia de la naturaleza.

Cuanto más atrasado es el estado cultural, mayor es la dependencia de la vida social de las cualidades naturales que la envuelven. Vemos, por ejemplo, que las vías de comunicación y tráfico en los períodos primitivos están casi reducidas á las que la naturaleza estableció: las costas, los ríos, las faldas de las montañas y los desfiladeros son las primeras que se conocen, en cuyos puntos de empalme nacen las ciudades. El desarrollo económico crea con el tiempo caminos artificiales, que á partir de los ferrocarriles se separan más cada día de las vías de comunicación originarias; se perforan montañas, se abren canales, y el tráfico puede extenderse en todas direcciones. Así ha ofrecido el canal de Suez un nuevo camino de comercio mundial. La comparación de un mapa de los caminos del Imperio romano con uno de las modernas rutas, muestra como á pesar de conservarse ciertos puntos de reunión comunes, la dirección de las vías de tráfico ha llegado á ser muy distinta.

"La importancia de los cursos fluviales es capital en los comienzos de un país. A ellos se reducen las primitivas comunicaciones, que se realizan sobre las aguas del río ó sobre sus orillas. En ellas se densifica más pronto la población y se señalan las primeras fronteras sencilla é

inalterablemente. Sólo más tarde la evolución se desenvuelve: la población abandona los valles y las hondonadas á medida que crece; los caminos, siguiendo las curvas de los ríos, comienzan á parecer demasiado largos, y se busca manera de acortarles, y las fronteras rebasan las líneas que los ríos marcan y que no pueden servir de obstáculo al tráfico cada día creciente„ (1).

Así se emancipa la sociedad cada vez más de su originaria dependencia con la naturaleza exterior, la que, totalmente, no llega á desaparecer. La naturaleza limita el círculo de la vida social; pero este círculo de acción es cada día más amplio. La cadena que une á la sociedad con la naturaleza exterior no se rompe nunca; pero sí se hace más larga y la evolución social deviene relativamente más libre, en el sentido de que se rige cada vez más por sus fuerzas propias, internas, espirituales y no por las ajenas, exteriores y materiales que la determinaban antes. "Pueblo en estado natural no debe llamarse al que está en relación más íntima con la naturaleza, sino, si se permite la expresión, al que vive bajo su yugo. Por consiguiente, cuando los etnógrafos dicen que en oposición á esto el desarrollo de la cultura consiste en su emancipación de la naturaleza, hay que acentuar que la diferencia entre un pueblo en estado de naturaleza y uno culto, se ha de buscar, no en el grado, sino en la forma de su dependencia de la misma. La cultura es libertad de la naturaleza, no en el sentido de una total independencia, sino en el de su unión múltiple y extensa„ (2).

Podemos, por consiguiente, llegar á la conclusión de

(1) Ratzel, *Antropogeografía*, II, pág. 535.
(2) Idem, id., I, pág. 65.

que la preponderancia del momento económico en la vida social, tiene que decrecer con los progresos históricos.

Primeramente está la vida social dominada por la economía; pero después va siendo progresivamente determinada la economía por otros fenómenos sociales, y ante todos por la ciencia. La economía va quedando así reducida á una acción recíproca en la vida social, convirtiéndose de causa en efecto de la evolución histórica.

V

Hemos estudiado tres argumentos capitales, favorables al materialismo histórico:

1.° Lo indispensable del trabajo económico para hacer posibles las bases materiales de cualquiera otra actividad.

2.° La preponderancia cuantitativa del trabajo económico en toda la vida social.

3.° La preexistencia en el proceso económico de un elemento material independiente y determinante de la evolución social.

Después de analizar detenidamente estos argumentos hemos encontrado que, sin negar su validez, ellos mismos prueban que con el proceso histórico el papel predominante de la economía decrece inevitablemente. Cuanto menor es la productividad del trabajo, más estrecha es la dependencia de la evolución social de los factores naturales; y la evolución misma crea las condiciones de la relativa emancipación de la sociedad frente al poder de la economía. Por eso está el conocimiento sólo en los primeros momentos pendiente de las necesidades prácticas,

económicas sobre todo. Más tarde ya la relación se invierte y la economía queda dirigida y regulada por la ciencia. El deseo de conocer primitivamente débil adquiere poco á poco importancia social y rige eficazmente, mediante la ciencia, á todas las demás actividades.

"No es la conciencia la que determina al sér, sino al contrario, el sér social á la conciencia„, ha dicho una vez Marx. Pero esta terminante contraposición olvida, y por eso se equivoca, que el sér social no es sólo la causa, sino también el producto de la conciencia; y esto debe ser especialmente acentuado: la creciente importancia de las leyes propias de la conciencia en la determinación del sér social.

La distinción del sociólogo americano Lester Ward, de dos clases de progresos sociales, pasivos, naturales y genéticos unos, y activos, artísticos y teleológicos otros, es completamente exacta (1). La evolución social estuvo hasta ahora muy poco dirigida por la voluntad consciente del hombre, á pesar de estar formada la sociedad de individuos aislados y perseguir todos sus fines conscientes. Pero "la colisión de voluntades y acciones de innumerables individuos colocan á la Historia en una situación parecida á la de la naturaleza inconsciente. Los fines que las acciones persiguen son buscados, pero sus resultados reales imprevistos; y aunque á veces aparentan conformarse con los fines pretendidos, tienen, por último, consecuencias muy distintas„ (2).

Esta observación de Engels es sólo en parte exacta. Más cierto sería decir que hasta ahora la Historia en

(1) Véase Lester Ward, *Sociología dinámica*, 1883, vol. I, introducción.

(2) Engels, *Luis Feuerbach*, pág. 44.

conjunto no ha resultado conscientemente elaborada por los hombres, pero que ha de acercarse cada día más á ello. Aquí, como en todas partes, el progreso consiste en la mayor eficacia de la voluntad consciente sobre las fuerzas elementales. La evolución social va ganando siempre un mayor carácter artístico y teleológico, acercando progresivamente el resultado directo y pretendido por el comercio humano.

"La antigua filosofía del derecho se había puesto el problema de si el derecho es un producto natural ó artístico. A él contestan las teorías contemporáneas, diciendo: que todo lo que procede ó informa la voluntad humana es, á la vez, natural y artístico. En su desarrollo, sin embargo, la parte artística va aumentando frente á la natural, á medida que la participación de la voluntad y de su fuerza mental es mayor, hasta que, finalmente, logra una libertad, relativa, de su base natural y llega á ponerse en oposición con ella„ (1).

Según la acertada descripción de Tönnies toda formación social comienza por una comunidad elemental no arbitrariamente creada, sino debida á las inclinaciones naturales del hombre. El progreso social consiste en la transformación de esta originaria comunidad natural en la asociación cada vez más autónoma de los individuos, en una sociedad, ó más bien, en un sistema de sociedades sobre la base de un acuerdo libre.

Cierto que la sociedad no se desprende jamás de su base elemental originaria para llegar á ser un contrato social absolutamente libre, igualmente que el individuo nunca se redime totalmente de sus instintos naturales.

(1) Fernando Tönnies, *Comunidad y Sociedad*, 1887, pág. 235.

Pero así como la voluntad que interviene reflexionando, proyectando y decidiendo, y es inseparable de la conciencia de su autonomía, toma con el desarrollo de esta conciencia cada vez más espacio del ocupado antes por los instintos y tendencias originarios, del mismo modo la evolución social deviene en progresión ascendente el producto de la voluntad humana relativamente conscia y libre. La necesidad económica, que no es otra cosa que el poder de la naturaleza exterior dominando á los hombres por medio de la economía, va cediendo su puesto al imperio de la libertad condicionada, á la creación consciente de sus condiciones de existencia mediante los hombres.

Este pensamiento, que significa tanto como la disolución de la idea fundamental del materialismo histórico, aunque parezca extraño, no fué completamente desconocido para sus fundadores. "El Estado es todavía hoy—dice Engels—en tiempo de la gran industria y de los ferrocarriles, á grandes rasgos, sólo el reflejo, en forma compendiada, de las necesidades económicas de la clase dominante dentro de la producción capitalista, y lo sería todavía mucho más en una época en que los hombres tuvieran que consagrar una mayor parte de su vida en satisfacer sus necesidades, que estuviera, por consiguiente, más subordinado á ellas que hoy nosotros„ (1). Lo que quiere decir que hoy somos más independientes que antes, ó, lo que es lo mismo, que Engels reconoce la tendencia de la evolución social á minar el predominante carácter social de la economía.

Con relación al porvenir se expresa Engels aún con

(1) *L. Feuerbach*, pág. 50.

más decisión. El socialismo ha de traer consigo la total liberación del hombre del yugo económico. "La socialización de los hombres que hasta ahora les fué impedida por la naturaleza y la historia será su propia obra. Las fuerzas extrañas objetivas que dominaron la Historia caerán bajo la inspección del hombre. Sólo desde entonces elaborarán los hombres con plena conciencia su historia, comenzarán á predominar las causas históricas puestas por ellos en acción y su eficacia será creciente. Es el salto de la humanidad, del reino de la necesidad al de la libertad„ (1).

Nada podría aducirse contra esta descripción de la sociedad futura si no la diese Engels una expresión tan absoluta. El socialismo está tan lejos de ser un orden social absolutamente libre de condiciones económicas objetivas, como el capitalismo de su total sumisión á ellas. La emancipación completa del poder de la naturaleza no ha de conseguirla jamás el hombre; una libertad relativa no la consigue, tan sólo con este enigmático "salto„ futuro. El defecto de la descripción engelsiana consiste precisamente en representar Engels el progreso social, no como un proceso lento, sino como un salto. En la realidad la evolución social se lleva á cabo continuamente, sin interrupción; el reino de la libertad crece paulatinamente, pero en el seno de la necesidad, inevitablemente, hace ya siglos, y cada paso de la humanidad hacia adelante es un nuevo dominio de la libertad conquistado por los hombres á la necesidad ciega.

---

(1) Engels, *Revolución de la ciencia de Eugenio Dühring*, páginas 305 y 306.

CAPÍTULO V

LAS CLASES SOCIALES Y LA LUCHA DE CLASES

La composición de clases de la sociedad actual.—I. *Los motivos de la lucha social:* La lucha por la riqueza y la lucha por el poder.—Lucha política.—La guerra en los pueblos cazadores, en los nómadas, en los agricultores y en los civilizados.—Diferentes motivos de las guerras.—II. *El punto de vista de clase en los diferentes dominios de la actividad espiritual:* La ciencia.—La verdad lógica y los intereses de clase.—Validez objetiva de las leyes del pensar.—La moral. Universalidad de las normas éticas.—Conciencia del deber.—La religión.—Influencia de las condiciones económicas en la moralidad y la religión.—El arte.—III. *La lucha de clases y los movimientos sociales de nuestro tiempo:* El movimiecto cooperativo.—El socialismo moderno. La inteligencia socialista. La reforma social. La legislación protectora de trabajo.—La reciente agudización de la lucha de clases.—Sus causas.—Los intereses económicos y los factores reales de la economía.

En el Estado moderno son manifiestas las diferencias referentes á la situación jurídica de los distintos grupos sociales debidas á la nacionalidad, religión, cultura, profesión, etc; pero de todas estas diferencias, una sobre todo es señalada y trascendental, la diferencia económica de pertenecer á esta ó aquella clase social.

La composición de clases de la sociedad es una expresión del hecho social de la apropiación por unos grupos sociales del plus-trabajo de otros. Pero las clases sociales no se distinguen solamente por su papel en la economía social, ó por su bienestar económico; cada una representa

un tipo social especial y complejo, y, sobre la distinta situación económica, aparecen diferencias de costumbres, opiniones, y forma de vida de la clase correspondiente. Lo que llamamos moderna cultura es propiedad casi exclusiva de las clases más ricas. La pobreza está casi siempre acompañada de rudeza y no pocas veces de salvajismo. En los grados más inferiores de la escala social raramente consigue transformaciones el progreso, y en las sociedades más civilizadas de nuestro tiempo se encuentra, con toda su crudeza, el contraste entre el nivel de cultura de las clases elevadas y el de las inferiores.

I

Partiendo del hecho exacto de que las diferencias en la situación económica tienen que estar acompañadas de diferencias culturales, y de que los intereses económicos de las clases diversas se encuentran en oposición, han identificado, los fundadores del materialismo histórico, la historia universal con la historia de la lucha de clases por la riqueza.

"La historia de toda sociedad existente, es la historia de la lucha de clases„, dice el famoso Manifiesto comunista. En su polémica con Dühring, afirma Engels que el "poder es sólo el medio, y fin, por el contrario, el provecho económico„, y que "la servidumbre (*Unterjochung*, dice Düring) fué siempre un medio para conseguir el sustento.„

Esta es la idea fundamental de la doctrina de la lucha de clases; pero la exposición que hace de ella Engels necesita por parte de la lógica algunas serias objeciones.

Puede conducir á error contraponer "el poder„— la fuerza política,—á la "ventaja económica„—la riqueza;—ya que el poder, puede ser, y es con frecuencia un fin mientras que la riqueza es siempre un medio para algo (1). Por consiguiente, no "la ventaja económica„, sino aquello para que sirve, por ejemplo, el propio sostenimiento ó los placeres sensibles, puede ser contrapuesto á la aspiración al poder como fin independiente y definitivo.

Es evidente que el instinto de conservación no constituye el único, ni el más importante motivo de la lucha de clases. Sólo los menesterosos luchan por la mera existencia; los demás, hasta entre los trabajadores medianamente cualificados, luchan no sólo por la existencia, sino por elevarla y hacerla más digna del hombre. Para las clases pudientes la necesidad de sustentarse no cuenta, naturalmente, entre las causas de la lucha de clases. Un rico no quiere enriquecerse más para sustentarse, puesto que sin necesidad de ello tiene bastante asegurada su existencia. La aspiración á gozar tiene en este respecto un mayor valor, aunque es también muy individual y no puede generalizarse como explicación. Es verosímil que sólo los sentimientos ego-altruístas, los que se manifiestan por aspirar á distinguirse y lograr una fuerza social, sean los fundamentos psicológicos más importantes del apetito de riquezas; la riqueza se busca frecuentemente más bien como medio de dominar, que no, á la inversa, la fuerza como medio de enriquecerse.

---

(1) Von Ehrenfels distingue "los valores propios„ (Eigenwerte) de los "valores eficaces„ (Wirkungswerte) ó para la acción. El poder puede poseer valor propio (para valuarse así mismo), mientras que la riqueza sólo posee valor de eficacia; es estimada sólo como medio para obtener algún fin distinto de ella misma. Véase su *Sistema de la teoría del valor*, 1897, pág. 77.

Á pesar de Engels, es, por consiguiente, falso que "el poder sea sólo el medio y la ventaja económica el fin„; con mayor frecuencia es "la ventaja económica„ el medio para el "poder„,—la fuerza. Con otras palabras, la historia política no es una historia encubierta de la lucha de clases por intereses económicos, porque los hombres no sólo luchan por la riqueza, sino por el poder también. La historia política conserva, por tanto, su independencia en el mismo plano que la economica.

En el primer término del escenario histórico nos encontramos con la guerra, que tan importante papel ha tenido siempre en la consolidación de los diferentes grupos sociales como Estados, unidades políticas organizadas. ¿Qué es, pues, la guerra? ¿Solamente una lucha por intereses económicos, ó algo de mayor complejidad?

Para los pueblos salvajes no es la paz, sino la guerra su estado normal. "En teoría—dice Morgan—cada tribu india que no ha estipulado con las demás un contrato de paz, se encuentra en estado de guerra. Cada una es libre de organizar sus tropas de guerra y emprender las campañas á su gusto (1). Otro tanto asegura Spencer, de diferentes pueblos primitivos (2).

Este incesante estado de guerra de los pueblos primitivos está favorecido por la caza, que es la forma de su economía. En una y otra ocupación utilizan las mismas armas y desarrollan y ejercitan la misma capacidad espiritual y corporal; el mejor cazador es, al mismo tiempo, el primer guerrero. La economía dominante secunda, en cierto modo, las empresas guerreras.

(1) Morgan, *La Sociedad primitiva*, pág. 100.
(2) Spencer, *Principios de sociología*, pár. 452.

Sin embargo, es claro que el motivo económico tiene un papel muy reducido en las guerras de los pueblos cazadores, ya que éstos no poseen gran cantidad de subsistencias que pudiera apropiarse el vencedor mediante la guerra. Tampoco puede decirse que las guerras se deban en ellos á oposición de intereses de clase, no existiendo en el estadio de estas tribus semejante diferenciación. Nadie ha descrito con mayor vigor que Engels el orden social armónico de estos pueblos. Reina en ellos una paz interior absoluta, el pueblo no está dividido en explotadores y explotados, todos son libres é iguales, y esta vida idílica sólo se ve perturbada por la permanente situación de guerra con las tribus vecinas. El poder no podría ser considerado en estos pueblos como medio de "provecho económico„, puesto que ninguno especial nace de él. Con todo se muestra en ellos una gran inclinación al poder. Mas no moviéndolos una oposición de intereses, ¿qué les impulsa á atacarse mutuamente con tanta afición?

Primeramente parece que el placer de guerrear. Es para ellos la guerra una especie de *sport*. Los juegos de combate forman una buena parte de los preferidos por hombres y animales. La inclinación á la lucha es tan fuerte entre los hombres que "apenas existe una forma de juego que no pueda tomar fácilmente el caracter de combate, especialmente, si aparecen dificultades que vencer ó surge algún peligro que evitar„ (1). Las luchas de los gladiadores en la antigua Roma, las de los caballeros germanos, los torneos de la Edad Media, los asaltos de nuestros días, y muchos otros ejemplos, son buena prueba de lo arraigado que está en el hombre de todos tiempos el

(1) Groos, *Los juegos de los hombres*, pág. 217.

instinto de lucha. De aquí que los pueblos primitivos se ataquen primeramente por el placer de luchar.

Se juntan, naturalmente, otros muchos motivos, entre ellos el sentimiento de venganza, tan poderoso en los pueblos salvajes; con ocasión de los pasados combates nace el deseo del desquite. La aspiración á distinguirse, á la gloria, es acaso la causa más frecuente de las guerras entre los pueblos primitivos. La vanidad de los salvajes es lo primero que sorprende á los observadores de su vida, y nada les parece más adecuado para satisfacerla que los éxitos guerreros. Así se comprende que á pesar de la relativa inutilidad económica que la guerra tiene para ellos, vivan combatiendo constantemente.

No son menos guerreros muchos pueblos pastores, lo que está en estrecha relación con las condiciones económicas de su vida nómada, ya que el pastor fácilmente se convierte en guerrero. Pero entre ellos tiene ciertamente la guerra un sentido económico más preciso. No dejan de motivar sus guerras, como las de los anteriores, la vanidad, el amor á la lucha y la venganza; mas el factor económico interviene en mayor escala porque la guerra entre pueblos nómadas tiene en los ganados un precioso botín. "El bandido árabe—dice Burckhardt—considera honorable su industria, y el nombre *haramy* (bandido) es el título más lisonjero que se puede adjudicar á un joven caudillo. El árabe roba indistintamente á sus enemigos, allegados ó vecinos, siempre que no se encuentren en su propia tienda, donde la propiedad es sagrada„ (1). No extraña, pues, "que las tribus árabes se encuentren en perpetuo combate y que sus guerras, de corta duración, se sucedan con breves intervalos de paz, rotos por el menor motivo„. Estas mismas cualidades distinguen á los pueblos nómadas americanos. "Los pobladores de las Pampas viven más de la rapiña de ganados que del pastoreo. Sus guerras, interminables, emprendidas con extraordinaria bravura, tienen casi como único objeto hacer acopio de caballos (1).

(1) Grosse, *Las formas de la familia*, páginas 97 y 98.

También Spencer se ocupa de los robos de ganado en los pueblos nómadas. "Entre los bechuanos—dice—es la venganza por robos anteriores el motivo más frecuente de las guerras, y su finalidad no es otra que cometer nuevos robos. Otro tanto podría decirse de muchos pueblos europeos de la antigüedad„ (2). La guerra entre los pueblos nómadas hay que considerarla hasta cierto punto como una forma económica, de la que son también motivos poderosos la vanidad, el amor á la lucha, y el sentimiento de venganza.

Entre los agricultores primitivos la guerra tiene otros distintos motivos económicos, como el robo de esclavos, las disputas sobre los límites de sus tierras, etc. No se puede olvidar que también en algunas tribus el hombre es objeto de caza, como entre los caníbales. "No otra cosa que estas cacerías fueron las llamadas guerras de los aztecas, y en carne humana pagaban sus tributos los sometidos„ (3). Con todo no se puede negar que la guerra entre los pueblos agricultores sirve con menos frecuencia á fines económicos que entre los nómadas.

Igualmente ocurre entre los pueblos civilizados. Los

(1) Grosse, *Las formas de la familia*, páginas 97 y 98.

(2) Spencer, *Principios de sociología*, 1882, parte V, pág. 267. Véase también Lippert, *Historia de la cultura*, I, pág. 144.

(3) Lippert, *Historia de la cultura*, I, pág. 61.

más diversos motivos hacen que estalle una guerra; á veces hasta el altruismo, como cuando comienza por defender á un pueblo de los ataques de que es objeto. El fanatismo religioso fué durante largo tiempo una fuente fecunda de guerras constantes y despiadadas. El amor nacional ofendido, el patriotismo, da, hoy mismo, frecuente ocasión á las guerras. Pero en general puede decirse que la motivación psicológica de las guerras entre los pueblos civilizados está, predominantemente, en los sentimientos ego-altruístas. También los motivos económicos tienen junto á ellos importancia capital; como en las guerras coloniales contemporáneas. Sin embargo, una gran guerra, considerada económicamente, es en muy raros casos, aun para el mismo vencedor, una aventura provechosa. Cuesta demasiado dinero. No sin justicia muchos sociólogos (St. Simon, Comte, Buckle, Spencer), contraponen el tipo industrial de la sociedad al guerrero, y consideran la guerra como la perturbación más honda del progreso industrial. Desde Adam Smith muchos economistas se han esforzado en probar la inutilidad económica de la guerra, cuyos perjuicios económicos superan con mucho á sus ventajas, lo que no disuade, lo más mínimo, á los pueblos civilizados de arruinarse en constantes guerras, dando con ello buena prueba de que no son los intereses económicos lo que les mueve á guerrear.

¿Qué clase social gana con una guerra? Ciertamente que no es la trabajadora. ¿Ganan los capitalistas? Sin duda, en algunos casos; pero con más frecuencia sufren la industria y el comercio cuantiosas pérdidas, aun en los pueblos victoriosos. Aun aceptado que la guerra favorece á los intereses económicos de las clases poderosas, esto no puede explicar por qué las grandes masas,

que evidentemente no constan de capitalistas, son las más veces belicosas y apoyan con su asentimiento la política guerrera de los Gobiernos. Nada puede hasta hoy despertar en las masas mayor entusiasmo que los éxitos guerreros, y sería desconocer totalmente la naturaleza humana pretender explicarle por los provechos económicos, muy dudosos, que una guerra pudiera reportar al vencedor. El soldado moderno no es el mercenario de otros tiempos, no lucha por la riqueza, sino por bienes ideales, como la honra, la fama, el poder de su patria, etc.

El hecho social de la guerra que no puede explicarse por la doctrina del predominio de los intereses económicos, tanto menos puede ser considerada como una lucha de clases; pues precisamente es característico en la guerra la mayor ó menor solidaridad con que en ella intervienen todas las clases sociales, á pesar del antagonismo que existe entre sus respectivos intereses. El sentimiento de nacionalidad y otros de solidaridad semejantes á él, se manifiestan en la guerra demasiado poderosos para que junto á ellos puedan prevalecer los debidos á la conciencia de la oposición de clases. Aquí son notorios los errores á que puede conducir el desconocer la importancia del factor político como poder social, independiente é inconfundible con los intereses económicos.

En la historia considerada como la de las luchas de los grupos sociales, podemos distinguir luchas de dos tipos: luchas de clases dentro de una sociedad política organizada y luchas de agregados políticos, de conjuntos de clases, de Estados. Ambas son, en mayor ó menor grado, luchas por el poder social; pero con la diferencia de ser en las primeras la riqueza á menudo un medio, y entonces se lucha primero por conseguirla; en las segundas, por el

contrario, su objeto próximo es raramente la riqueza, sino más bien la sumisión política inmediata del enemigo y la constitución sobre él de una soberanía política en la que todas las clases del Estado vencedor se sienten solidariamente interesadas.

La preexistencia de una cierta solidaridad de intereses entre las diferentes clases de un Estado no puede negarse ni aun dentro del dominio económico. Ello es expresamente reconocido por Kautsky, quien además indica "que también la sociedad capitalista es como toda otra una unidad orgánica, en la cual los perjuicios que sufre una parte no dejan de dañar á las restantes„ y llega á la conclusión de que la armonía de intereses de las diferentes clases es "hasta cierto grado innegable„ (1).

Por consiguiente, no tenemos derecho á considerar al Estado, exclusivamente, como un poder que sirve para la organización de la soberanía de clases. En la conservación de la independencia política del Estado están igualmente interesadas todas las clases sociales, en cuanto tiene un valor ideal para todas. En el terreno económico el Estado no solamente instaura la soberanía de clases, sino que favorece al desarrollo económico y acrecienta la suma de la riqueza nacional, lo que corresponde á los intereses de todas las clases sociales. A esto acompaña la misión cultural del Estado, cuya aspiración primordial está en los progresos de la cultura y la elevación del nivel intelectual de sus súbditos, porque la fuerza política y la económica son inseparables del progreso de la cultura.

(1) Kautsky, *El problema agrario*, pág. 309.

II

En relación con las más elevadas actividades del espíritu—ciencia, filosofía, arte, moral, religión—, tiene todavía menos validez la teoría del predominio de los intereses de clase. El conocimiento científico y filosófico sigue sus propias leyes lógicas, que no tienen comunidad alguna con los intereses de clase. Marx y Engels no se inclinaban á dudar, desde el punto de vista de sus conocimientos teóricos, de la validez objetiva de las ciencias exactas. Como materialistas creían en la existencia objetiva de la materia, cuyas leyes son descubiertas por la ciencia. "¿Es nuestro pensamiento capaz—pregunta Engels—de conocer el mundo exterior; podemos construir con nuestras representaciones y conceptos del mundo exterior una imagen fiel de la realidad?„ (1). Su contestación es terminantemente afirmativa; si podemos probar la exactitud de nuestra concepción de un proceso natural, mientras nosotros le obtenemos sacándole de sus propias condiciones, y, además, lo hacemos servir á nuestros fines, hemos terminado con la incognoscible "cosa en sí, kantiana„ (2). La ciencia que se apoya en los experimentos, conoce, según Engels, la verdad objetiva.

Siendo así el verdadero conocimiento científico tiene que ser también totalmente independiente de los intereses de clase, de lo contrario dejaría de ser objetivo. Existe, por lo tanto, desde el punto de vista mismo de los fundadores de la doctrina de los intereses de clase, por lo

(1) Engels, *L. Feuerbach*, pág. 15.
(2) Idem, íd., pág. 16.

menos un dominio de la actividad social, sobre el cual su sentencia no tiene validez: el del conocimiento científico, en cuanto es objetivo. Los intereses de clase, siendo muy poderosos, no son capaces de hacer girar al sol en derredor de la tierra; y como nuestras representaciones y conceptos científicos, según la teoría del conocimiento de Engels, son un reflejo de la realidad, frente á ellos los intereses de clase son igualmente impotentes. El curso de la naturaleza, independiente de los intereses de clase, se reproduce objetiva y necesariamente en nuestra conciencia. Por mucho interés que tuviésemos en negar la exactitud de los axiomas geométricos, no seríamos capaces de lograrlo. Ningún esfuerzo de la voluntad conseguiría representarnos un triángulo cuyos ángulos sumasen más ó menos de dos rectos.

Por muy débil que sea la teoría del conocimiento de Engels, por lo menos prueba, ciertamente, lo insostenible del punto de vista de clase como criterio de verdad.

Toda teoría del conocimiento, fuera del escepticismo absoluto, está obligada á reconocer la universalidad de nuestros procesos lógicos y la preexistencia de la verdad objetiva independiente de los intereses prácticos de la vida.

La única solución consecuente del marxismo sería volver á la frase de Pitágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas„. Pero el escepticismo filosófico es inconciliable con la metafísica materialista de Marx, ya que ésta cree conocer la naturaleza de las cosas. Así que se encuentra el marxismo ante este dilema: materialimo ó lucha de clases. En ambos casos queda arriesgada su suerte.

Igualmente impotente es el punto de vista de clase

con relación á la moral, aunque Engels no lo crea así, desde luego. "La teoría moral de Feuerbach es, como todas las anteriores, propia de todos los tiempos, de todos los pueblos y situaciones, y, por lo mismo, no es aplicable nunca ni en sitio alguno, y permanece frente al mundo exterior tan impotente como el imperativo categórico de Kant. En realidad, cada clase y hasta cada profesión tiene su propia moral la que deja de seguir siempre que puede hacerlo impunemente; y así el amor, que todo debe unirlo, llega á ocasionar guerras, disputas, procesos, escándalos, divorcios, etc.„ (1).

Aquí habla Engels de dos cosas totalmente distintas. Primero afirma que las normas éticas no son cumplidas en nuestra sociedad; después que no existen tales normas universales. Lo primero es rigurosamente cierto, lo segundo queda desmentido por el mismo Engels cuando añade que cada clase está dispuesta á quebrantar su propia moral. Para quebrar algo es menester que exista. Si realmente cada profesión tuviese su moral, lo que no aparece claro, ¿por qué no habría de adaptarse de tal modo á los intereses del respectivo grupo social, que hiciese innecesaria toda posible infracción?

Cierto que las costumbres y el género de vida son distintos para cada clase social; pero con todo, ricos y pobres coinciden al reconocer lo moralmente bueno ó malo. Desde hace siglos los hombres civilizados consideran la moral cristiana como el ideal ético más elevado, con lo que, naturalmente, no comulgan los pueblos salvajes. Esto no contradice lo más mínimo la universalidad de las normas éticas, del mismo modo que la renovación de las

(1) *Feuerbach*, páginas 34 y 35.

doctrinas científicas no desmiente la universalidad de las leyes del pensamiento. La opinión de Buckle, de que las doctrinas morales no han experimentado casi ninguna alteración en la Historia es ciertamente inexacta; pero contradice menos los hechos que la afirmación opuesta de Engels de que, no sólo cada época, sino cada profesión, tienen una moral propia.

Cada clase social tiene sus propios intereses económicos, antagónicos con los de las demás hasta cierto punto; pero la conciencia moral es otra cosa que los intereses de clase. La esencia de la aprobación ó desaprobación moral consiste, precisamente, en que ciertas acciones reconocidas como buenas ó malas en sí, no lo son como medios para determinados fines. De este modo nace el concepto del deber ético, de la obligación, como orden que cumplir por su propia validez. Efectivamente, pueden los intereses de clase oscurecer de tal modo la conciencia de la moralidad que lleguen á ser concebidos como norma ética; sin embargo, no serán aprobados por sí mismos, sino por contener cierta validez moral. El principio formal del deber supera á todas las diferencias de clase, y en el reconocimiento del deber puro coinciden todos los hombres de conciencia moral, sin distinción de clases ni profesiones. "Los deberes individuales pueden ser determinados empíricamente; la conciencia del deber es *a priori*, no puede fundarse sobre base alguna empírica, y más bien, da ella posibilidad á los deberes especiales que reciben su contenido en cada caso de la experiencia" (1).

Una moral de clase consciente de sí misma es una *contradictio in adjecto*, porque la esencia de la moral está,

(1) Windelband, *Preludios*, pág. 325.

precisamente, en reconocer el deber y cumplirlo como tal y desatendiendo los intereses egoístas. La teoría del predominio de los intereses de clase es tan impotente en la fundamentación de los hechos éticos, como frente á la universalidad de las leyes del pensamiento. La prolongación consecuente del punto de vista de clase es, en resumen, equivalente á la negación de toda moral y de toda ciencia objetiva.

Mas la teoría de los intereses de clase contradice también, terminantemente, el contenido empírico de los hechos de la conciencia moral. Cierto que son los juicios morales de los distintos pueblos diferentes; pero sus diferencias van disminuyendo con el curso de la Historia. Á medida que progresan en su evolución, van coincidiendo los juicios morales de los pueblos cultos. Existe, por tanto, una dirección firme, en la que se realiza la evolución de la moral, y esta es la prueba más palpable de la preexistencia de una moral universal. "Quien comete una injusticia es más desgraciado que el que la sufre" (1), dijo Demócrito. El imperativo categórico de Kant, está ya escrito en el *Mahabharata* casi con las mismas palabras (2). Desde los Evangelios, después de diecinueve siglos de progresos inconsiderables, la humanidad no ha señalado novedades ni diferencias en la distinción de lo moralmente bueno ó malo.

Las normas éticas tienen un valor escaso como motivos del comercio humano en la sociedad moderna. Pero poco cumplidas que sean, en la vida social no puede prescindirse de ellas, y necesitan una explicación científica.

(1) Wundt, *Ética*, I, pág. 288.

(2) Spencer, *Los principios de la Ética*, edición alemana, 1879, tomo I, pág. 360.

Ya que la doctrina de los intereses de clase no puede darla, se ve obligada á negar los hechos mismos. Sin embargo, los hechos son más poderosos que todas las teorías.

La religión que tan íntimamente ligada está con la moral, tampoco puede ser explicada por los intereses de clase. La devoción, que es el fundamento psicológico de las creencias religiosas, pertenece á los sentimientos primordiales del espíritu. Cierto que la composición de clases de la sociedad influye sobre la fe como sobre las costumbres de la sociedad; en esto tiene razón el marxismo; pero se equivoca al determinar el alcance de esta influencia, que no consiste en la sustitución de la moral y de la religión en la conciencia, por intereses de clase, sino en la dependencia del contenido concreto de ambas, de la situación económica del correspondiente grupo social. Se puede explicar, por ejemplo, mediante los intereses de clase, por qué fué aceptada la religión cristiana en la sociedad romana, primero por las clases pobres. Se puede convenir con Nietzche cuando designa al Cristianismo como "ingreso (*Aufstand*) de los esclavos en la moral„. Ahora, que va mucho más lejos cuando afirma que la base del Cristianismo originario la formaban no sólo el temor, sino el odio de clase de los ricos á los pobres (1). Y en ello se engaña, porque aunque la situación de los pobres favorecía mucho su entrada en la nueva religión del amor, esta circunstancia no significaba un motivo consciente. El interés de clase era totalmente inconciliable con el elevado entusiasmo religioso de los primeros cristianos, que no sólo renunciaban á todos los provechos económicos, sino hasta á su existencia terrena.

(1) Véase Nietzche, *La genealogía de la moral.* Obras de Nietzche, tomo VII, pág. 326.

Todavía tiene menor validez el punto de vista de clase en lo que al arte se refiere. La situación económica informa los juicios estéticos de las diferentes clases sociales; en cierto sentido puede decirse que cada clase tiene su estética propia; las ricas y cultas encuentra de mal gusto lo que en los pobres y rudos despierta el placer estético. Sin embargo, la esencia de lo bello, como Kant ha mostrado, está en que "representa el objeto de una general complacencia„. Sobre lo agradable no se puede discutir; pero sí sobre lo bello "y no se puede decir, por tanto, cada cual tiene su gusto. Ello equivaldría á afirmar que no hay gusto alguno, esto es, ningún juicio estético que pudiera dar conformidad á la pretensión legítima de cada uno„ (1). La mejor prueba empírica de la universalidad de los juicios estéticos está en que las creaciones del arte antiguo, después de todas las alteraciones que se han dado en el orden social hasta hoy, siguen despertando la complacencia estética. La teoría del predominio de los intereses de clase no es, pues, capaz de descubrir la esencia íntima de la moral, de la religión, el arte y la ciencia, por no ser el interés de clase criterio de lo verdadero, hermoso y bueno. La historia humana es incomparablemente más noble y elevada que la mera obtención de subsistencias.

III

Hay dos tipos de movimientos sociales. En uno se manifiesta vigoroso el carácter de clase, que en el otro queda encubierto. En la historia contemporánea el prime-

(1) Kant, *Crítica del juicio*, ed. Kehrbach, páginas 53-56.

ro ha tenido una intervención considerable; pero tampoco se puede olvidar al segundo. Buen ejemplo de movimiento social de esta segunda clase es el moderno cooperatismo que junto á la acción política del socialismo y á las Trade-Unions, integra el moderno movimiento obrero.

Estos dos últimos son movimientos característicos de la moderna lucha de clases; al contrario, el movimiento cooperativo puede ser considerado como un ensayo, si no de resolver, por lo menos de contribuir á la solución pacífica del problema social. El socialismo moderno es predominantemente un movimiento de clase. Exclusivamente no lo es. Los grandes utópicos—Owen, St. Simón, Fourier—no predicaban odios de clase, y estaban profundamente convencidos de que la transformación se realizaría, no por medio de la lucha de clases, sino pacíficamente y mediante el trabajo solidario de los representantes de todas las clases. Fourier esperó toda su vida que los capitalistas le dieran el primer millón necesario para la fundación del primer falansterio. Owen fué un rico fabricante é intentó, sin éxito, fundar en el mundo capitalista la asociación pacífica del porvenir. De las mismas aspiraciones y esperanzas estuvieron animados los sansimonianos. Todo esto puede ser utópico, pero queda el hecho de ser ellos los fundadores del socialismo moderno que no ha nacido, por consiguiente, de los intereses declarados de las masas oprimidas, sino de las aspiraciones desinteresadas de gentes de elevados sentimientos hacia un orden social justo. La fuerza del socialismo moderno está no sólo en el interés de clase de los trabajadores, sino también en que corresponde á la conciencia moral de nuestro tiempo, que exige iguales derechos para todos los hombres.

La gran masa socialista de nuestros días no consta solamente de trabajadores. La intelectualidad socialista, en su mayoría procedente de la burguesía, es débil en número en comparación con la masa obrera, pero no puede medirse por esto su valor para el movimiento. La intelectualidad le ha provisto, por lo pronto, de caudillos. Los fundadores del socialismo alemán—Marx, Lassalle, Engels, Liebknecht—procedían de la clase burguesa, y lo mismo puede decirse hoy de otros muchos.

Uno de los rasgos característicos del movimiento socialista en los últimos años consiste en la creciente simpatía que despierta en los mejores representantes de las clases poderosas. El fabianismo inglés es un ejemplo de este socialismo de los cultos.

La importancia de la colaboración de la intelectualidad con el proletariado, ajena en sus simpatías socialistas á toda lucha de clases, es reconocida también por los marxistas. "Ella (la intelectualidad) es aquella parte de la población—dice Kautsky—que más fácil rebasa la limitación de clase y de estado y se siente idealmente por cima de los intereses particulares y de momento para comprender y representar las necesidades permanentes de la sociedad toda„ (1).

Tan injusto es negar la poderosa influencia de los intereses de clase en el desarrollo de la legislación social del siglo XIX, como querer explicarlo exclusivamente por ellos. Hasta puede decirse que lo más importante de lo conseguido en este punto no se debe á los esfuerzos de los trabajadores. La concesión del derecho de coalición en Inglaterra en 1824, por ejemplo, no puede ponerse en

(1) Kautsky, *Bernstein y el programa socialista*, pág. 133.

relación directa con ningún movimiento obrero. Francis Place, un maestro sastre y patrono acomodado, á cuya energía infatigable debe la clase obrera la ley de 1824, fué un burgués radical, discípulo de Bentham y James Mill, y consiguió la libertad de coalición para favorecer á la clase obrera; pretendiendo de este modo acabar con la organización haciéndola libre. Era un amigo sincero de los trabajadores; pero creía que su bien no estaba en su organización como clase, sino en conservar una absoluta libertad individual, y se equivocó por completo al medir los efectos prácticos que la supresión de la prohibición de coaligarse, conseguida por él, habría de tener (1). Los trabajadores ayudaron muy poco á Place en su agitación, y sólo después de conseguida la ley comprendieron todo su valor.

"Aunque los trabajadores no habían hecho nada por conseguir la libertad de coalición, estaban resueltos á conservarla en vigor„ (2), dicen S. y B. Webb. Sin la disposición de la clase obrera á defender sus derechos con toda energía no los hubieran podido conservar. Pero con todo, es un hecho que no fué conquistada directamente por los trabajadores, sino por un burgués radical.

La legislación fabril se debe todavía menos á movimientos obreros. Entre los jefes del movimiento encaminado á conseguir las leyes de protección de los trabajadores se encuentran gentes de distintas clases sociales. Ricardo Oaster, uno de los campeones de la agitación favorable á la jornada de diez horas, era un hacendado labrador conocido como antiguo Tory, defensor del trono y del altar. Este hombre generoso, que consagró muchos años de su vida á luchar contra el trabajo excesivo de los niños en las fábricas, y que murió en la miseria, abandonado y olvidado de todos, fué un amigo de los desgraciados como el fabricante Roberto Owen, el otro gran luchador de la misma campaña. Al mismo tipo de hombres pertenecía el influyente caudillo del año 30, el pastor metodista Stephens (1). Estos y muchos otros, sin ser obreros, inflamaron su simpatía por la reforma social en su amor á la humanidad exento de odios de clase. Los obreros se mantuvieron mucho tiempo en una actitud pasiva frente al movimiento, y sólo después de largos años de agitación comenzaron á participar en él.

(1) Véase Sidney y Beatriz Webb, *Historia del Trade-unionismo inglés*, traducción alemana de Bernstein, 1895, páginas 83 y 85.

(2) Idem, íd., íd.

Con esto no pretendo negar que el punto culminante de la historia social de nuestros días radica en los movimientos de clase; y sin decir que nuestra historia sea sólo lucha de clases, hay que reconocer su predominio. No es casual que precisamente en nuestro tiempo la doctrina de la lucha de clases se haya hecho tan popular; á ello ha contribuído también en gran parte, desde luego, el capitalismo, orden económico reinante.

El capitalismo ha hecho de la lucha social la ley fundamental de la vida económica. La existencia de todas las clases sociales se ha hecho mucho más insegura con el capitalismo; al mismo tiempo éste ha abierto el camino á la clase obrera para mejorar su situación económica mediante la lucha organizada con los capitalistas. En cuanto á las clases poderosas concierne, el capitalismo ha despertado en ellas un ilimitado deseo de riquezas, haciendo esta forma de producción no sólo posible, sino necesaria

(1) Sobre los caudillos del movimiento favorable á la legislación obrera, véase la historia de Alfred, de 1857.

como ley de concurrencia, su característica acumulación del capital.

No puede sorprender que precisamente hoy los intereses económicos aparezcan en primer término. La lucha política no ha tenido nunca un carácter tan marcadamente económico, ni nunca fué la lucha de clases tan tirante, ni tan seguida, como bajo la soberanía del capitalismo. "Desde la introducción de la gran industria, ó sea, por lo menos, desde la paz europea de 1815, dejó de ser para los ingleses un secreto que allí la vida política estaría en derredor de las pretensiones de la soberanía de las dos clases dominantes: la aristocracia de la tierra y la burguesía. En Francia, con la restauración de los Borbones, se dió el mismo fenómeno; los historiadores de la Revolución, desde Thierry hasta Guizot, Mignet y Thiers, lo consideran la clave de la historia francesa desde la Edad Media. Y desde 1830 fué reconocido como luchador por la soberanía en ambos países el proletariado, la clase obrera„ (1).

En las épocas anteriores hubo muchos objetos de la lucha social independientes de la riqueza. Mientras fueron los derechos políticos un privilegio de las clases dominantes; cuando se negaba á la gran masa popular hasta la libertad civil, podía anteponerse á los intereses económicos la lucha por la igualdad política. Por ello no es tan fácil desentrañar la eficacia de los intereses económicos de clase, en la historia política del pasado. Los intereses económicos estaban á menudo encubiertos por los políticos. Después de la revolución francesa y sus consiguientes conmociones políticas en Europa, el problema se ha modificado. La igualdad política y jurídica de los ciudadanos fué, aunque en diversos grados, reconocida; la desigualdad económica no sólo subsiste, sino que se ha agudizado gracias al aumento colosal de la riqueza de la clase capitalista, y á la solo relativa y escasa disminución de la pobreza de los trabajadores. Así se ha concentrado la lucha social en este punto, constituyendo la lucha de clases por los intereses económicos el contenido predominante en la historia social de cada Estado capitalista.

(1) Engels, *L. Feuerbach*, pág. 47.

Esto explica que en la actualidad los intereses económicos ocupen el primer término. Ciertamente que la lucha de clases no agota el contenido de la historia moderna, ya que los intereses de clase, ahora como antes, no tienen validez alguna frente á la actividad del espíritu; pero lo que se llama historia social, esto es, la historia de las relaciones cambiantes de las diferentes clases que componen la sociedad políticamente organizada, está, desde que domina el capitalismo, determinado principalmente por la lucha de clases.

Y al mismo tiempo ha llegado á estar la sociedad actual relativamente libre del yugo económico. La economía tiene, ciertamente, una acción menos absorbente en la sociedad capitalista que en otras épocas, pues habiendo aumentado el capitalismo considerablemente la productividad del trabajo, ha reducido relativamente la sumisión á las fuerzas naturales. En las primeras épocas fué el orden social un producto pasivo de los factores materiales económicos; hoy son ellos, cada vez más, un producto del hombre social.

De este modo, con la evolución social ha aumentado el valor de los intereses económicos, como motivo consciente de las acciones humanas, al mismo tiempo que el de los factores materiales de la economía, como momentos

determinantes en orden social, ha decrecido. Esta es la mejor prueba de lo equivocado que es no distinguir unos de otros, lo subjetivo de lo objetivo, los intereses económicos de los factores materiales de la economía. La concepción materialista de la historia considera estos factores reales como el momento determinante de la historia; sólo en parte considero verdadera la doctrina—para serlo por completo necesita, en mi opinión, sólo una, pero muy importante, limitación: reconocer la tendencia á disminuir que tiene en el curso de la historia la acción predominante de las condiciones reales de la economía. La doctrina de la lucha de clases afirma que el interés económico es el motivo determinante de la vida social y que la lucha de los grupos sociales por los medios de subsistencia forma el contenido principal de la historia. Es evidente que esta segunda doctrina no es ninguna consecuencia lógica de la primera. El predominio de los factores materiales de la economia no trae necesariamente á la conciencia el de los intereses económicos, puesto que al hombre se ofrece inconsciente la influencia de aquellos factores económicos. De aquí que no estemos obligados á aceptar ambas teorias,

Esta última descansa sobre falsas suposiciones psicológicas y contradice rotundamente los hechos históricos. Por lo pronto la lucha de los grupos sociales no se limita á los medios de subsistencia, sino que también pretende el poder social; además esta lucha no agota ni con mucho el contenido de la historia, ya que ante las actividades superiores del espíritu no tiene eficacia alguna. En efecto, los intereses económicos de las diferentes clases se encuentran en un antagonismo insoluble; pero no siendo los intereses económicos el único interés humano, no

se deduce de este antagonismo la situación antagónica de todas las actividades sociales, y la doctrina de la lucha de clases es, por consiguiente, recusable por generalizar á toda la historia lo que sólo tiene validez en un reducido campo de acción (1). La lucha de clases no se puede, ciertamente, arrojar de la historia, hasta hay que reconocer que recientemente ha crecido su significación considerablemente. Mas con todo, hoy como ayer, no se reduce la historia á lucha de clases, y hay que considerar como errónea la afirmación contraria de Marx y Engels.

(1) "Entre los intereses sociales—dice Kautsky—hay algunos más que los de clase. La totalidad de los intereses de las clases de una sociedad no forman la totalidad de los intereses sociales que en ella viven. Los intereses artísticos, científicos, sexuales y otros muchos no entran entre los de clase„ (*Nuevo Tiempo*, XXI, tomo II, pág. 261). Esto es exacto, pero en este caso, ¿qué queda en vigor de la famosa frase del Manifiesto comunista sobre la lucha de clases? ¿Insistirá todavia Kautsky en que la historia de la humanidad se resuelve en la historia de la lucha de clases?

SECCIÓN SEGUNDA

VALOR Y PLUS-VALÍA

CAPÍTULO VI

VALOR Y COSTOS

Las tres teorías del valor del trabajo: La idealista, la relativa y la absoluta.—I. *La doctrina marxista del valor:* El carácter histórico del valor.—Valor y precio.—La contradicción interna del concepto marxista del valor.—II. *La doctrina de los costos absolutos y relativos:* El trabajo como costo absoluto.—Costos relativos.—Costos de la producción capitalista.—Los costos absolutos como categoría social por excelencia. III. *La doctrina del valor:* Del valor en general.—El valor económico.—La comensurabilidad de los sentimientos agradables y desagradables.—La teoría de la utilidad límite y la del valor del trabajo.—Formación del precio.—El precio como expresión de las relaciones de poder social y dependencia.—El factor inconsciente en la formación del precio.

La doctrina marxista del valor encuentra en el trabajo el fundamento del valor de las mercancías. Sin embargo, llamar á esta teoría del valor del trabajo, es decir muy poco de su contenido, pues no hay una sola, sino por lo menos tres teorías de esta clase. Una de ellas fué expuesta ya por Tomás de Aquino, con las siguientes palabras: "Oportet ad hoc, quod sit justa commutatio, ut tanta calceamenta dentur pro una domo vel pro sibo unius hominis, quantum ædificator vel agricola excedit coriarium in labore et in expensis; quia si hoc non observatur, non erit commutatio vera„ (1). El cambio de los

(1) "Conviene, según esto, para que sea el cambio justo, que se den tantas prendas de calzar por una casa ó por el alimento de un hombre, como el constructor ó el agricultor cede, en trabajo del cuero y en gastos, porque si esto no es observado, el cambio *(commutatio)* no es justo.„ Citado por Dietzel, *Economía social teórica*, 1895, pág. 207.

bienes, según esta teoría, para que responda á las exigencias de la justicia, debe determinarse conforme á la cantidad de trabajo que se necesita para producirlos. No afirma que el precio efectivo de los bienes corresponda á esta exigencia; pero sí que es injusta la determinación del valor por otro criterio. El valor del trabajo es por consiguiente, según esta concepción, no una ley de los hechos económicos, sino la suprema norma moral que debe regirlos. De aquí que pueda ser llamada esta teoría: teoría idealista del valor del trabajo.

La doctrina del justo precio es característica durante la Edad Media. El ideal económico del cristianismo estaba formulado en la frase: "á cada uno según su trabajo„, y á este precepto fué siempre fiel la teoría económica de los Santos Padres. Por ser este ideal la expresión de una norma ética universal, ha podido conservar su validez completa hasta nuestros días. El socialismo moderno, recogiéndolo, ha hecho de su consecución su fin más elevado.

El autor de las *Contradicciones económicas*—el inteligente Proudhon—designa el valor del trabajo como valor constituído, y descubre "el progreso de la sociedad en los intentos tan repetidos de resolver el problema de la constitución del valor„ (1).

La constitución del valor es para Proudhon equivalente á lograr un estado económico en el que desaparezca la apropiación del trabajo por las clases ociosas, y en el que cada trabajador reciba íntegro el producto de su trabajo. No habiendo sido conseguido todavía con el reinante orden económico, el valor constituído no es un hecho que corresponda á la realidad presente, sino un ideal para el porvenir.

(1) Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas*, 1886, tomo I, pág. 90.

Por lo que acertaba Proudhon cuando llamaba á la teoría del valor del trabajo, así entendida: "la teoría revolucionaria del porvenir„. Y sólo por una mala inteligencia intencionada pudo Marx comparar el valor constituído de Proudhon con el valor del trabajo de la economía clásica y "encontrar muy cándido que Proudhon considerase como teoría revolucionaria del porvenir lo que Ricardo ha demostrado científicamente como la teoría de la sociedad burguesa contemporánea„ (1). Ricardo no ha demostrado, ni pretendido demostrar siquiera, que el trabajador recibe en la sociedad burguesa el producto íntegro de su trabajo. La teoría del valor de Ricardo no puede compararse con la de Proudhon por tratar ambas de objetos distintos: mientras Proudhon entiende por valor constituído el derecho del trabajador al producto íntegro de su trabajo, Ricardo aspira á fijar con su teoría del valor la ley de la formación efectiva del precio. En la cantidad de trabajo exigida por la producción de los bienes ve Ricardo el más importante momento objetivo, pero ni con mucho el único, para regular el precio medio de todas las mercancías sujetas á la libre concurrencia. El pensamiento de que sólo el trabajo sea la sustancia del valor fué completamente ajeno á Ricardo, como claramente se ve, sobre todo, en sus cartas á Mac Culloch. "A veces pienso—dice el gran economista en una de estas cartas—que si se me permitiese escribir de nuevo el capítulo de mi obra sobre el valor habría de in-

(1) Marx, *Miseria de la Filosofía*, pág. 18.

sistir en que el valor relativo de los productos está regulado, no por una, sino por dos causas, á saber: la cantidad relativa de trabajo necesaria para la obtención del objeto, y por el provecho que corresponde al capital empleado durante la producción„ (1).

La ocasión es para Ricardo otro factor del valor de las mercancías multiplicables á discreción, completamente independiente del trabajo; el valor de las mercancías no multiplicables se determina, por el contrario, haciendo abstracción del trabajo que cuestan, por la oferta y la demanda exclusivamente.

La doctrina del valor de Ricardo puede ser llamada relativa por no considerar al trabajo como un factor absoluto, sino sólo como el fundamento relativo más importante del valor de las mercancías.

Hay otra teoría del valor que reconoce al trabajo como sustancia absoluta del valor, y consiguientemente puede ser llamada teoría absoluta del valor del trabajo. Esta es la expuesta por Rodbertus y Marx (2).

I

Según la teoría absoluta del valor del trabajo, valor no es más que trabajo cristalizado en las mercancías. El trabajo, y nada más, determina el valor de las mercancías, ya que el trabajo es la sustancia misma del valor.

(1) *Cartas de D. Ricardo á J. R. Mc. Culloch*, 1895, pág. 71.

(2) Rodbertus tuvo la inconsecuencia de sustentar simultáneamente las tres diferentes teorías del valor-trabajo.

"Como valores son todas las mercancías, sólo una determinada cantidad de trabajo cristalizado„ (1).

Pero el valor es no sólo equivalente al trabajo. El trabajo es la base de toda la economía, no una categoría histórica por lo tanto. El valor, á su diferencia, es, según Marx, una categoría histórica formada por dos diferentes elementos: 1.º, por la cantidad de trabajo gastada en la obtención de un determinado producto útil, y 2.º, por la expresión de este gasto, no inmediatamente en el tiempo de trabajo social, sino por medio de otro producto de trabajo que se cambia por el primero. Faltando este segundo momento histórico, el gasto de trabajo social no toma la forma de valor. La sociedad socialista no necesitará del valor para expresar la cantidad de trabajo invertida en la producción. "La producción social inmediata, así como la distribución directa, excluyen todo cambio de mercancías, la transformación de los productos en mercancías igualmente....., y con ello también su conversión en valores. Tan pronto como la sociedad entra en posesión de los medios productivos y los emplea en la socialización inmediata de la producción, el trabajo de cada uno deviene..... desde luego, y directamente, trabajo social. No se necesita ya de ningún rodeo para fijar la cantidad de trabajo encerrada en un producto; la experiencia diaria muestra inmediatamente cuanto es preciso en término medio..... Las gentes pueden hacerlo muy sencillamente sin intervención del tan famoso valor„ (2).

El valor es, según esto, una forma histórica por la que

(1) Marx: *Crítica de la Economía política*, 1859, pág. 6.

(2) Engels, *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring*, páginas 334 y 336.

llega á expresarse, bajo determinadas relaciones sociales—las de la producción de mercancías—el trabajo social; es una forma propia de la producción de mercancías para medir el trabajo social. "La fuerza de trabajo humana consumiéndose, ó el trabajo humano, crea valor; pero no es valor. Deviene valor cristalizado en forma de producto„ (1).

Mas para comprender bien la doctrina marxista del valor, es necesario saber, no sólo lo que es el valor, sino también lo que no lo es. La particularidad de esta doctrina está en la distinción rigurosa que hace de los conceptos valor y precio. Mientras que otros economistas unifican el valor de las mercancías en abstracto con su expresión concreta en el precio, Marx las considera como cosas distintas. Después de publicado el tercer tomo de *El Capital* han creído muchos ver la doctrina del valor de este tomo en contradicción con la del primero, porque en el tercero expresamente reconoce que: no los costos de trabajo, sino los costos de la producción capitalista, la inversión de capital, constituyen el punto de gravitación del precio de las mercancías; mientras en el primero encontraba en el trabajo la sustancia del valor. Sin embargo, Marx había ya insistido en su primer tomo sobre que "el precio medio de las mercancías no coincide precisamente con su valor„ (2) y que muchas cosas tienen precio sin poseer valor alguno (la tierra, la vegetación espontánea, etc.). Ciertamente no precisa Marx en el primer tomo de su gran obra la relación exacta entre valor y precio; pero ya en su doctrina general del valor estaba claro que, según

(1) Marx, *El Capital*, I pág. 18.
(2) *El Capital*, I, 3.ª edic., pág. 129.

su concepción, el precio de las mercancías tiene que ser cosa muy distinta de la mera expresión en dinero del valor del trabajo (1).

Después de publicado el tercer tomo de *El Capital*, es imposible toda discusión. La doctrina del precio de Marx concuerda, en todo lo esencial, con la de Ricardo, mientras que la teoría absoluta del valor del trabajo sólo tiene de común el nombre con la teoría relativa del valor del trabajo del mismo economista clásico. Ricardo ve en el trabajo sólo uno entre varios factores del valor; para Marx forma el trabajo la sustancia del valor mismo.

El concepto del valor absoluto del trabajo es el eje del sistema económico de Marx. Muchos críticos de Marx sostienen que su principio económico fundamental—el valor absoluto del trabajo—es un postulado que Marx no prueba. La observación es cierta, pero la falta de prueba de este principio no puede considerarse como el punto débil del sistema marxista. Está metológicamente justificado. ¿Qué debía probar Marx? ¿Qué el precio de las mercancías coincide con los costos de trabajo? Esto no lo afirma Marx, lo niega terminantemente.

La realidad del costo de trabajo de las mercancías no necesita prueba alguna. Razón tenía Marx al ver en todo su sistema la mejor prueba de su principio, en su explicación de las leyes de la economía capitalista. El cimiento de su sistema es el concepto del valor absoluto del

(1) Si dice Marx que "la expresión del valor de una mercancía en oro es su forma en dinero, ó sea su precio„ (*El Capital*, I, pág. 60); pero en la siguiente página explica "que una cosa puede tener un precio formal sin tener valor„. La primera afirmación queda refutada por la segunda, y proviene, sin duda, de un descuido en la forma de expresarse.

trabajo; si el sistema no cae, es por descansar sobre sólida base. El mentado concepto tiene que ser considerado como un postulado de la ciencia económica; como la condición de su existencia. Renunciar á este concepto significa renunciar á la comprensión científica de la economía capitalista.

La crítica de la doctrina marxista del valor debe consistir en el juicio de la utilidad científica del concepto del valor formulado por Marx, en su eficacia como medio de investigación. En mi opinión, encierra este concepto una contradicción interior que le incapacita de servir para la investigación.

El valor es para Marx, como se ha dicho, no el trabajo simplemente, sino el trabajo objetivado en las mercancías. Mas, ¿cómo puede el trabajo objetivarse en las mercancías? ¿En virtud de qué fundamento aparece el trabajo en la economía de mercancías no como lo que es realmente—esto es, una determinada cantidad de fuerza de trabajo humana—, sino como una propiedad del producto del trabajo, de la mercancía? Y ¿en qué propiedad de la mercancía se manifiesta la objetivación del trabajo?

La causa de la objetivación del trabajo humano en sus productos parece estar en que en la economía de mercancías es imposible la comparación directa del trabajo empleado en la obtención de los diferentes productos, porque la economía social, en este estadio, consta de economías individuales, independientes y autónomas, entre las cuales, los objetos cambiables, las mercancías, forman el único lazo de unión. La objetivación del trabajo se expresa, por tanto, en el precio de las mercancías. Aparte de su precio, la mercancía no tiene propiedad alguna en la que pueda objetivarse la cantidad de trabajo que contiene.

Pero el precio de las mercancías no expresa la cantidad de trabajo que contienen, sino la inversión de capital efectuada durante su producción (1). En el precio de las mercancías se objetiva, no el trabajo, sino la inversión de capital. Y no pudiéndose objetivar el trabajo más que en el precio de las mercancías, se deduce que esta objetivación no tiene lugar.

La contradicción interna del concepto marxista del valor está, por lo tanto, en lo siguiente: El valor es, según Marx, trabajo objetivado; pero como Marx expresamente reconoce, el precio no coincide con el valor del trabajo; ahora bien, el trabajo, si no en el precio, en nada puede objetivarse Por consiguiente, el valor no es trabajo objetivado.

Con esto queda fijado lo contradictorio del concepto marxista del valor. Le ha puesto á Marx ante el siguiente dilema: ó los precios de las mercancías se determinan por su valor, y en este caso el valor no coincide con los costos de trabajo, ó no está determinado por el precio, en cuyo caso el concepto del valor, pierde todo sentido preciso, porque el valor sólo puede ser pensado como fundamento del precio.

En el primer caso, la construcción marxista del valor se desploma; en el segundo pierde toda relación con los hechos reales del cambio, queda sin contenido. En ambos se muestra incapaz de ser utilizada como medio de investigación. Así debió comprenderlo Marx, y en la imposibilidad de dar al formulado dilema una solución conforme á los fundamentos del sistema, tienen su explica-

(1) Véase G. Adler, *Los fundamentos de la crítica marxista de la economía existente*, 1887, pág. 90.

ción las contradicciones existentes en su teoría económica.

En los tres tomos de *El Capital* vacila su autor entre conclusiones antagónicas: el reconocimiento ó la negación en el trabajo de una propiedad determinante del precio. Según las necesidades de su argumentación se decide por una ú otra. En el primero parece como si el precio estuviese directamente determinado por el valor; en el tercero, donde se trata de la formación del precio de las mercancías, niega que sea así. De aquí nace la creencia de que la doctrina del valor del tercer tomo contradice la del primero. En realidad, la contradicción es más honda, reside en el concepto del valor absoluto del trabajo que no determina los precios, y, sin embargo, se expresa en las relaciones de cambio de las mercancías.

Esto ha dado un sello fantástico á muchas construcciones económicas de *El Capital*. Después de haber negado Marx expresamente, que el precio de las mercancías gravita sobre los costos de trabajo, añade una fórmula tras de otra, superpone teoremas, construye su sistema que se complica cada vez más, fundado en el reconocimiento implícito de que el precio de las mercancías..... gravita sobre los costos de trabajo. El pensamiento se envuelve siempre en este concepto contradictorio. El autor vive en un mundo fantástico que no tiene relación alguna con el real. Fenómenos reales—como el precio de la tierra—son designados como imaginarios, mientras que conceptos absolutamente imaginarios—como valores, en cambio, que no están en circulación—son proclamados clave de la sabiduría económica más elevada.

II

Sin embargo, con la determinación de lo que una doctrina tenga de contradictorio, no queda rematada la crítica de la misma. Puede ser insostenible como conjunto, y contener sus elementos mucho de verdadero. Una crítica provechosa debe no sólo rechazar lo falso de una doctrina, sino también valorar lo que contenga de cierto.

La teoría absoluta del valor del trabajo de Rodbertus-Marx es, ciertamente, como teoría del valor—como teoría del precio, por consiguiente, ya que el precio es una manifestación concreta del valor abstracto—incondicionalmente falsa. Pero la disconformidad de esta teoría con la formación real del precio es demasiado manifiesta para poder ser desconocida de pensadores del fuste de Rodbertus y Marx. Si á pesar de esto la mantuvieron firme, fué por considerarla base indispensable para su sistema económico, que tenía por fin la explicación de las relaciones sociales del capitalismo. Sobre la teoría del valor descansa propiamente la de la plus-valía, con la que estos pensadores reputan como una forma de la explotación social todo ingreso que no procede del propio trabajo.

No se puede discutir que la teoría absoluta del valor del trabajo contiene un fondo de verdad. "Ninguna otra cosa más que el trabajo—dice Rodbertus—puede contarse entre los costos de los bienes; es el único elemento á considerar desde el punto de vista de los costos de producción de los mismos..... Y si un bien cualquiera cuesta al hombre indudablemente el trabajo que exige su pro-

ducción, en su relación con el hombre, ningún otro elemento puede encontrarse del que pueda decirse que entra en los costos de su adquisición. No se puede negar tampoco que para la producción de un bien es necesario otro bien activo. El material necesario para ello es aportado por la Naturaleza..... Habría, pues, de querer hablar siempre de costos, que individualizar á la Naturaleza para averiguar cuáles son los suyos. La materia natural no es un gasto que haga el hombre para obtener el bien, y costos de un bien son, para nosotros, tan sólo aquéllos que éste tiene„ (1).

El proceso económico es una actividad humana que tiene por fin la creación de los medios de satisfacer nuestras necesidades. La categoría del valor económico se refiere á estos medios; pero la misma actividad humana no queda comprendida en la categoría del valor. Por eso necesita la comprensión científica del proceso económico, junto á la categoría del valor, también la de los gastos de trabajo: los costos. Ambas se completan mutuamente y forman las categorías fundamentales de la ciencia económica, apareciendo en la categoría de los costos el hombre como elemento activo de la economía, y la del valor disfrutando de ella. Pero, ¿en qué consisten los costos en sentido absoluto? Evidentemente tan sólo en gasto de trabajo humano, ya que sólo el hombre es el sujeto de la economía humana.

"Cuando Roscher afirma que las vacas y los toros son los productores de los terneros, y Smith que en la agricultura no trabaja sólo el trabajador, sino también el ganado..... dan estos autores al ganado personalidad, pues sólo una persona puede ser activa„ (1). Observa acertado Effertz. ¿Por qué atribuímos sólo al hombre la personalidad? ¿Por ser el hombre el único sér de razón, el rey de la creación, etc.? Desde luego que no. "Todo esto es fantasía. El verdadero motivo es mucho más casero. El hombre es persona, porque estudiamos la economía humana. Si estudiásemos la de las abejas, las abejas lo serían, y si quisiéramos estudiar la de los bueyes, serían personas los bueyes. Y en ambos casos los hombres dejarían de serlo„ (2).

(1) Rodbertus, *Para el conocimiento de nuestro estado económico*, 1842, páginas 6-8.

De aquí que ni el trabajo del caballo, ni el salto de agua que mueve un molino, puedan contarse como costos en sentido absoluto. El trabajo del caballo no es un gasto de fuerza vital del organismo humano; por él no siente el hombre cansado su cuerpo. El único verdadero elemento de costo en la economía humana es, por consiguiente, el hombre mismo.

Esta concepción parece tropezar con muchas dificultades. No sólo productos del trabajo, otras muchas cosas que no se obtienen con el trabajo tienen una gran significación económica para el hombre, como el suelo, por ejemplo. El hombre tiene que ser tan ahorrativo frente al suelo cuando no queda ninguno libre ó desocupado, como frente á todo otro bien económico. "Sólo los bienes que cuestan trabajo son bienes económicos„—dice Rodbertus.—Esto es notablemente falso. El suelo es, bajo las circunstancias económicas corrientes de los pueblos civilizados, un bien económico.

(1) Otto Effertz, *Trabajo y suelo*, 1897, pág. 46.
(2) Idem, íd., pág. 47.

Esta es una objeción contra la teoría absoluta del valor del trabajo de Rodbertus y Marx; pero no contra la teoría absoluta de los costos del trabajo aquí representada. Para el autor de las *Cartas sociales* el trabajo constituyó sustancia no sólo de los costos, sino del valor también. Por eso negó Rodbertus cualidades económicas—de valor—á todas las cosas que no son productos de trabajo. Yo niego rotundamente que el trabajo sea la sustancia del valor; sí es, en cambio, en mi opinión, la única sustancia de los costos absolutos.

El error de Rodbertus—como el de Marx—estaba en pretender identificar dos conceptos totalmente distintos, el de los costos y el del valor; y en considerar sin valor á los bienes gratuitos. Pero los bienes gratuitos pueden tener valor porque la condición económica de los bienes no reside en haber costado trabajo, sino en depender de su posesión la satisfacción de nuestras necesidades. "El valor es un interés humano, pensado como condición de los bienes„—dice Wieser acertadamente (1)—. Los costos son el hombre mismo considerado como elemento activo de la economía. Ambas categorías no sólo no son idénticas, sino que en cierto sentido se contradicen.

Ahora bien, de los costos absolutos—los gastos de trabajo—, hay que distinguir los relativos. La categoria de los costos absolutos es tan distante de la del valor, como el hombre sujeto de la economía lo está de los objetos de la misma. Para lograr un determinado fin es necesario el gasto de un bien valioso; así significa este bien el costo del fin á conseguir. La vegetación espontánea no cuesta

(1) Véase Wieser, *Sobre el origen y leyes fundamentales del valor económico*, 1884, pág. 79.

nada á la humanidad, sin embargo tiene valor en cuanto se cuenta junto al trabajo al emplearla en la construcción de una casa. Claro está que los costos en este sentido tienen un carácter económico completamente distinto que los costos absolutos del trabajo. El interés por ellos es tan primitivo como cualquier otro interés humano. Estimamos nuestro trabajo no porque—ó no sólo porque—con su ayuda obtenemos bienes para satisfacer nuestras necesidades. Nuestro trabajo es nuestra actividad vital, y el gasto de trabajo es el de nuestro organismo, de nosotros mismos. Por eso debemos ser en relación á nuestro trabajo tan moderados como con nuestros bienes; por esto son los costos del trabajo costos absolutos.

Otro carácter económico tiene el empleo de bienes exteriores de valor real. Un bien gratuito como la vegetación espontánea, continúa siéndolo siempre, también como material de construcción. Mas por tener la madera un valor determinado significa, como elemento de construcción, un determinado sacrificio económico. Los costos de esta segunda clase, para distinguirlos de los costos de trabajo, los llamo costos relativos, relativos porque su costabilidad es un derivado de su valor.

En la economía de cambio cada bien que tiene valor puede, cambiándose, servir para la adquisición de otro bien. Todo se puede comprar por dinero, y por eso es natural que dentro de las modernas condiciones económicas los costos de todos los bienes económicos se expresen, generalmente, por la cantidad de dinero necesaria para comprarlos.

El suelo baldío no contiene ningún átomo de trabajo humano. La humanidad lo obtiene sin el menor gasto de su fuerza vital. Pero la tierra tiene valor y puede, en con-

secuencia, expresarse éste en un determinado precio. Para el que ha comprado la tierra con su dinero, significa este dinero el precio de la misma. Estos costos tienen, sin embargo, un carácter relativo, sólo cuenta para la economía privada del comprador del suelo, lo mismo que sólo afecta á la economía privada el cambio de riqueza realido; para la sociedad toda continúa siendo gratuita la tierra; la sociedad no ha experimentado con la adquisición del suelo el menor sacrificio.

La categoría de los costos de explotación, considerada como inversión del capitalista, tan característica de la economía reinante, es una categoría de costos relativos. "El costo capitalista de las mercancías—observa Marx—se mide en la inversión de capital; el costo efectivo en los gastos de trabajo„ (1).

Los costos de la producción capitalista—costos de explotación—no son, como se ha dicho, costos absolutos, sino relativos. Puesto que el capitalista, sujeto de la explotación, no toma parte en el trabajo productivo, está, naturalmente, muy poco interesado en los costos absolutos del trabajo. Sólo como inversión de capital le parecen los gastos en trabajo, un elemento de costo de su empresa. Desde el punto de vista capitalista el trabajador es uno de tantos medios de producción, una forma del capital. Lo característico de la categoría de los costos de producción en el capitalismo consiste precisamente en desaparecer por completo la distinción económica fundamental entre el hombre y los objetos de su comercio. El hombre y los medios de producción materiales aparecen en esta categoría confundidos como cosa de una misma

(1) Marx, *El Capital*, tomo IV, pág. 2.

especie. Una tal identificación de cosas tan heterogéneas en sí es una consecuencia de la economía capitalista, para la cual el trabajador no constituye el sujeto, sino el objeto de la economía. Ciertamente, como Rodbertus dice, en "contradicción con las modernas ideas jurídicas„, las cuales "reconocen en el trabajador la misma personalidad libre que en un rentista„ (1). Igualmente hay que convenir con Rodbertus en que la consideración capitalista del trabajador como un medio de producción "presupone involuntariamente la esclavitud„, y que pensando así "se hace de los trabajadores máquinas perfectas, y que sus subsistencias dejan de ser bienes ó ingresos, para convertirse en el pienso ó el carbón que el animal de carga y la máquina consumen respectivamente„ (2). Todo esto es cierto; pero falso la conclusión, según la cual, por contradecir esta concepción las modernas ideas jurídicas, contradice también "el estado real de las cosas„. Con éste concuerda perfectamente, por el contrario, la realidad capitalista que sólo á las primeras contradice (3).

Desde el punto de vista capitalista las inversiones de capital; pero no los gastos de trabajo, forman los verdaderos costos de la producción. Esto nos explica por qué la categoría de los costos de trabajo es tan extraña á la conciencia capitalista. Y con todo, los gastos de trabajo son los únicos costos absolutos de la sociedad capitalista. Una ciencia objetiva de la sociedad no debe situarse en un punto de vista capitalista, no representando los capitalistas más que una parte de la sociedad y no á toda ella.

(1) Rodbertus, *Para el conocimiento de nuestro estado económico*, 1842, pág. 22.
(2) Idem, íd., íd.
(3) Idem, íd., íd. Véase el cap. IX de la misma.

Los desembolsos de una empresa no son verdaderos costos si se les considera socialmente, ya que pasan á ser ingresos de otros miembros de la sociedad. Los medios de producción materiales, consumidos durante el proceso productivo, tampoco son un elemento de los costos absolutos, no significando su consumo el del organismo humano. La Naturaleza no tiene personalidad alguna reconocida y, por consiguiente, los "costos de la tierra„ —Effertz—no pueden asimilarse al gasto de fuerzas del sujeto económico. En el sistema de la economía capitalista la tierra no ha costado nada á la Humanidad. El hombre mismo y su trabajo constituyen la única sustancia de los costos absolutos dentro de cualquier régimen económico.

Aun siendo el gasto de trabajo una categoría tan real, dentro de la economía capitalista, como el gasto de capital, los precios de las mercancías producidas se determinan, no por los costos de trabajo, sino por los de capital. Los costos de trabajo quedan fuera de la conciencia capitalista, y elaborándose la formación de precios sobre la base de las estimaciones conscientes de los valores, es natural que los costos absolutos no ejerzan influencia alguna inmediata en los precios de las mercancías. Sólo como inversiones de capital influyen los costos de trabajo en los precios, por ser aquellas inversiones el único gasto conocido por los capitalistas.

Esto nos explica por qué la categoría de los costos absolutos estuvo hasta ahora tan alejada de la economía política burguesa. Los costos absolutos no determinan el precio de las mercancías; y sobre esto realmente, sobre la determinación de los precios recaen las investigaciones más notables de la economía política burguesa. Todo lo que no está en relación inmediata con la forma-

ción de los precios aparece á la conciencia capitalista como situado fuera del verdadero proceso económico; y, de hecho, la categoría de los costos absolutos no se manifiesta en la superficie del mundo capitalista.

Sin embargo, no es menos real que la categoría del valor. Ciertamente se objetiva el valor en los precios, y no así los costos del trabajo; pero solo el fetichismo de las mercancías, cuya naturaleza reveló Marx tan genialmente, puede conducir á ocultar detrás de su precio la fuerza efectiva propia de la economía, el hombre económico. A los ojos no deslumbrados por este fetichismo, no puede quedar escondido en ningún caso el valor real de los costos de trabajo. "En toda ocasión—observa Marx—tiene que interesar á los hombres el tiempo de trabajo que cuesta la producción de las subsistencias„ (1). Los costos del trabajo son la categoría social por excelencia. La categoría del valor tiene carácter de fetiche: relaciones sociales están ocultas en ella con la careta de relaciones de mercancías; detrás del precio de las mercancías no se ve al obrero, su productor. No pasa lo mismo con los costos del trabajo: aquí aparece el hombre social descubierto, su persona paciente y doliente en su lucha con la Naturaleza y con sus relaciones sociales, las que nacen sobre la base de esta lucha.

El concepto de la productividad del trabajo pertenece, como generalmente se reconoce, á los conceptos fundamentales de la ciencia económica. El progreso social como el económico se mide, sencillamente, por la elevación conseguida en la productividad del trabajo. La ciencia económica no es capaz de explicar sus doctrinas más

(1) *El Capital*, I, pág. 38.

elementales sin este concepto. Así parte de él, en su doctrina del capital, por ejemplo, un adversario tan decidido de la teoría del valor del trabajo como Böhm-Bawerk, cuando descubre la significación económica del capital en "que se pueda obtener por medios indirectos, con el mismo trabajo más producto, ó el mismo producto con un trabajo menor„ (1).

"El grado de productividad social del trabajo, su modificación, etc., es lo que—dice Sombart—, sin llegar á la conciencia de los agentes de la producción ó de cualquier individuo económico, decide en última instancia sobre los precios, sobre la cuota de la plus-valía, sobre toda la estructura de la vida económica, poniendo límites precisos al arbitrio individual„ (2).

Ahora bien, el concepto de la productividad del trabajo no es otro que el de los costos absolutos del mismo en forma invertida; mientras éste expresa la relación de la cantidad de trabajo con el producto obtenido, aquél, á la inversa, la del producto obtenido con el trabajo que costó.

El valor en cambio, es una categoría histórica de la economía, ya que ésta puede también existir sin cambio; no así los costos del trabajo, que son una categoría lógica de la misma, no siendo concebible ninguna economía sin trabajo económico. Esta categoría tiene que ser el eje de la nueva ciencia económica libre del fetichismo de las

(1) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del Capital*, 2.ª edic., 1902, pág. 18.

(2) Werner Sombart, *Crítica del sistema económico de K. Marx*. Archivo para la legislación social, VII, pág. 577. Este notable artículo, de uno de los más distinguidos economistas modernos, tiene el defecto de confundir la categoría del valor con la de los costos, y hasta intenta borrar toda diferencia fundamental entre ellas.

mercancías, que investigará las relaciones sociales de los hombres ocultadas por las de las mercancías. "Una consideración justa de los fenómenos económicos desde un punto de vista general-humano ó social, exige que los bienes que integran la riqueza sean estimados tanto por lo que á sus costos como á su utilidad se refiere. Uno de los más certeros ataques, dirigidos contra los mercantilistas, está en que se ocupaban exclusivamente del producto obtenido y muy deficientemente del proceso de la producción; cifraban el bienestar de los pueblos en la cantidad de su riqueza material, y dejaban fuera de cuenta en qué medida se obtenía este provecho mediante una mayor duración, intensidad, monotonía y perversión del trabajo„ (1). Wieser tiene razón, ciertamente, cuando dice: "que el interés en ahorrar dificultades al trabajo es tan verdadero é importante para los hombres como el que tienen en asegurarse la satisfacción de sus necesidades„ (2). Y del mismo modo se expresa Effertz: "El bienestar de un hombre—dice—depende, estimándolo en una cantidad definida de bienes, de dos factores: de sus ingresos, y de su jornada de trabajo. Cuanto mayor sean sus ingresos y menor la jornada, más considerable es su bienestar. Un hombre que tiene que trabajar dieciocho horas diarias, padece tanto como otro que no tenga qué comer, aunque el primero posea tanta riqueza como ocio el segundo. El bienestar es igualmente incompatible con el hambre que con el trabajo excesivo„ (3).

(1) J. Hobson, *J. Ruskin, reformador social*, traducción rusa, 1899, pág. 69.

(2) Wieser, *Sobre el origen del valor de los bienes económicos*, página 105.

(3) Effertz, *Trabajo y tierra*, pág. 64.

Lo último es rigurosamente cierto; pero la afirmación de Effertz de que cada disminución del trabajo económico aumenta el bienestar de los hombres, necesita algunas limitaciones. Hay ciertas clases de trabajos económicos que por corta duración que tengan sólo cansancio y dolor significan para el hombre. "El interés en el asunto que se trabaja tan capaz de sustituir todo salario ó recompensa, se da en gran escala exclusivamente en empresas creadoras ó intelectuales. Este atractivo falta en funciones bajas y mecánicas que generalmente lleva á cabo el proletariado y que no exigen, comúnmente, gran capacidad intelectual; pero sí en su lugar, mayor esfuerzo corporal, haciendo aburrida, desagradable y mecánica la jornada..... Trabajar todo el día en la mina, en una galería pestilente; conducir una locomotora ante el constante peligro, ó trabajar en una fábrica de productos químicos, por ejemplo, son ocupaciones que difícilmente se conservan por mera afición„ (1). Pero otras clases de trabajo económico como muchos agrícolas, de jardinería, caza, pesca, etc., pueden emprenderse con mayor agrado, siempre que su duración, naturalmente, no exceda de ciertos límites.

De aquí que no pueda justificarse el considerar á todo trabajo económico, sin excepción, como una ocupación desagradable; aunque, desde luego, la más agradable actividad excesivamente prolongada llega á convertirse en una tortura. Y es cierto que, por lo general, toda ocupación económica tiene que rebasar los límites, dentro de los cuales pudiera ser agradable. Este problema lo ha tratado de mano maestra W. S. Jevons. El principio económico

(1) G. Simmel, *Introducción en la ciencia de la Moral*, 1892, página 419.

exige, precisamente, que nuestro trabajo no llegue al extremo en el que la utilidad de la última unidad de trabajo del producto obtenido, se identifica con el malestar que el mismo trabajo ocasiona (1).

Dentro del régimen capitalista el trabajador se ve obligado á rebasar el límite normal más amplio del gasto del trabajo, ya que no tiene la libertad de señalar la duración de su jornada. El capitalista no siente el sufrimiento que ocasiona al obrero este exceso de trabajo *(Überarbeit)* y está directamente interesado en prolongar la jornada lo más que sea posible. De este modo nace con el capitalismo la tendencia á aumentar la jornada, contra la cual luchan tan tenazmente los trabajadores.

III

En la teoría del valor económico de los bienes no se puede olvidar que la categoría del valor tiene eficacia no sólo dentro de la economía. "El momento de la determinación del valor—dice Wundt—constituye el carácter más decisivo de lo espiritual frente á lo físico...... El mundo espiritual es el mundo de los valores. Estos pue-

(1) Véase Jevons, ***La teoría de la economía política***, 3.ª edic., 1888, cap. V. Esta regla, establecida por J., no tiene una validez incondicional que permita pensar las condiciones económicas tan favorables, que el hombre podría satisfacer sus necesidades con una actividad que le fuese agradable siempre. La actividad económica no causaría entonces cansancio á los hombres. Está, fuera de toda duda, por el contrario, que tal situación económica presupone un grado tal de productividad del trabajo, que sólo como ideal del porvenir puede pensarse. En toda sociedad histórica el trabajo económico ha sido siempre una labor pesada, emprendida sólo en atención á los ventajosos resultados que trae consigo.

den darse en las más diversas modificaciones cualitativas y en muy diferentes grados. Los valores sensibles, estéticos, éticos é intelectuales forman sólo los grupos más definidos y salientes, entre los cuales existen transiciones que los unen. Á todos ellos es común el moverse entre opuestos. Con esto muestran en el sentimiento la condición subjetiva de su existencia..... En el mundo espiritual tiene todo su valor, positivo ó negativo, mayor ó menor„ (1). Windelband define la filosofía: "ciencia crítica de los valores universales„ (2). La importancia de la categoría del valor en todo el dominio de las ciencias históricas la ha puesto en claro, mejor que nadie, H. Rickert con su notable escrito: *Límites de la formación de los conceptos de las ciencias naturales*. Toda la realidad empírica es Naturaleza si se la estudia en lo universal, é historia cuando estudiamos lo particular. La representación de lo particular é individual es sólo posible "mediante una relación de los objetos con los valores„ (3). El juicio de los valores forma, por tanto, la base de toda la ciencia histórica.

En este sentido amplio se puede definir el valor con Ehrenfels, como: "la deseabilidad de una cosa„ (4). Y como sólo podemos desear una cosa como medio para algo, ó como fin mismo, procede la división de los valores en valores finales—valores propios—y de mediación, valores de virtualidad, que hace el mismo Ehrenfels. El

(1) Wundt, *Lógica-metodología*, II, pág. 16.
(2) Windelband, *Preludios*, pág. 30.
(3) Rickert, *Límites de la formación de los conceptos de las ciencias naturales*, 1902, pág. 307.
(4) Véase Ehrenfels, *Sistema de la teoría de los valores*, 1897, I, pág. 53.

valor económico pertenece á esta segunda especie, por no ser la actividad económica un fin en sí, sino un medio para la consecución de otros fines. Un objeto llega á ser estimado como valor económico cuando de su disposición depende la satisfacción de nuestras necesidades. El valor económico es, por consiguiente, "la significación que los bienes concretos adquieren para nosotros cuando tenemos conciencia que de su disposición depende la satisfacción de nuestras necesidades„ (Menger).

Con la teoría de la utilidad límite, si no completar la doctrina del valor económico, sí se ha conseguido ciertamente perfeccionarla en su esencia. Una comparación cuantitativa de nuestros sentimientos de agrado ó desagrado, de calidad tan distinta, parece á muchos ser imposible; mas esta objeción contra la moderna doctrina del valor fué ya desautorizada por Kant hace tiempo. "Las representaciones de los objetos—dice el gran pensador—pueden ser muy desiguales.... ; sin embargo, el sentimiento de agrado..... es uniforme. ¿Cómo podría si no establecerse una comparación entre la importancia de dos representaciones diversamente motivadas para decidirse por la que poseyese mayor deseabilidad? Un mismo hombre puede devolver un libro instructivo que cae en sus manos sin haberlo leído, por no renunciar á una cacería; dejar de escuchar un hermoso discurso por no llegar tarde al almuerzo; suspender una interesante conversación que le agrada por sentarse ante la mesa de juego; hasta desatender á un pobre que le pide, y en otro caso socorrería con gusto, por no tener más dinero que el preciso para pagar la entrada del teatro„ (1).

(1) Kant, *Crítica de la razón práctica*, Ed. Reclam., pág. 26.

Como medios de disfrutar todos los bienes económicos son comensurables, por muy distintos que puedan ser, y la moderna doctrina del valor no comete ninguna falta, al partir de la conmensurabilidad de los mismos. La aceptación general de la teoría de la utilidad límite por parte de los economistas, ha sido el camino que han tomado sus representantes para ponerse frente á la teoría clásica del valor. En la teoría del valor del trabajo de Smith-Ricardo encuentra Wieser "uno de los más manifiestos errores de la ciencia„. Esta teoría está, en su opinión, "tan llena de contradicciones que un entendimiento no predispuesto é imparcial no puede llegar á comprenderla„ (1). Los juicios de Bohm-Bäwerk, y otros partidarios de la escuela austriaca, son parecidos por su dureza. Estos economistas juzgan á la vieja teoría como una red de despropósitos que no descansan sobre verdad alguna.

Pero toda esta discusión de los nuevos con los antiguos descansa, á mi juicio, en una mala inteligencia. Los ataques polémicos de los austriacos á la teoría clásica del valor combaten propiamente, no la de Smith-Ricardo, sino la teoría absoluta de Rodbertus-Marx. Esta es en realidad inconciliable con la teoría de la utilidad límite, porque el valor no puede ser al mismo tiempo trabajo cristalizado y utilidad límite; no así con la teoría relativa del valor del trabajo. La doctrina de la utilidad límite, no sólo no se encuentra en contradicción efectiva con ella, sino que ambas teorías se apoyan mutua y lógicamente. La una presupone la otra.

El mismo Jevons, que quiere aparecer como el destructor de Ricardo, ha mostrado la plena armonía de ambas. "El valor de un bien—dice,—depende exclusivamente de su utilidad límite. Pero, ¿cómo puede alterarse esta utilidad límite? Mediante el aumento ó la disminución de la oferta del mismo; y esto, ¿cómo puede conseguirse? Con el aumento ó disminución de la cantidad de trabajo empleado en la producción del bien de qué se trata. Desde este punto de vista hay, por lo tanto, dos etapas entre valor y trabajo. El trabajo determina la oferta y la oferta determina la utilidad límite la cual fija el valor, ó la relación de cambio de los bienes„ (1). A Jevons le falta la conclusión de este silogismo, *ergo:* el trabajo determina el valor.

(1) Wieser, *Sobre el origen del valor*, pág. 119.

Los costos de producción de una mercancia no influyen en su precio desde el momento en que la misma aparece en el mercado; pero la cantidad de mercancías que llegan al mismo, depende, principalmente, de los costos de producción. Si son los costos de producción de dos mercancías iguales, sus precios tienden también á serlo, pues si no fuese así alcanzaría la producción de una de ellas una ganancia más elevada que la otra, y en este caso se invertiría en aquélla un capital mayor, hasta que las ganancias y, en consecuencia, el precio fuera el mismo en las dos esferas de la producción.

Es muy fácil demostrar, de modo distinto que Jevons en el pasaje copiado, cómo se llega desde la teoría de la utilidad límite á la del valor relativo del trabajo. Los costos de producción de los bienes son diferentes en las diferentes esferas productivas. El máximum de utilidad se consigue, dividiendo la producción social de tal modo que en todas sus esferas, en la última unidad de tiempo, las

(1) Jevons, *Teoría de la Economía política*, páginas 164 y 165.

masas de productos tengan una misma utilidad. Cuando no se da este caso aparece una producción menos provechosa y debe ser limitada—lo que eleva la utilidad límite de sus productos—mientras la otra producción debe extenderse hasta que la utilidad de los productos obtenidos en la última unidad de tiempo llegue á ser igual en ambas esferas.

Los costos de producción de los respectivos productos, ó, lo que es lo mismo, la cantidad de los mismos obtenidos en la misma unidad de tiempo, continúan siendo distintos. Su utilidad, como se ha dicho, debe ser la misma; por consiguiente, tiene que estar la utilidad de la última unidad de cada producto—su utilidad límite—en razón inversa con la masa de productos obtenida en el mismo tiempo, ó, con otras palabras, la utilidad límite de cada producto tiene que corresponder directamente á sus costos límites.

Esta relación entre los gastos de trabajo para la producción de un bien y su valor apareció muy clara á Hermann Gossen, el autor de la teoría de la utilidad límite: "Para obtener un máximo de satisfacción—escribe—tiene el hombre que distribuir su tiempo y sus fuerzas de tal modo en la adquisición de los diferentes placeres que el valor del último átomo de la satisfacción obtenida corresponda á la cantidad de molestia que le proporcionaría obtenerla en el último momento del desarrollo de sus fuerzas" (1).

La teoría de los costos de producción de Ricardo se separa en cierto modo de la teoría de la utilidad límite;

(1) Gossen, *Evolución de la ley del comercio humano*. Nueva edición alemana, 1889, pág. 45.

pero no la contradice. Aquélla atiende á momentos objetivos, ésta á subjetivos de la formación del precio. Así como la autoinspección en la psicología no excluye la observación objetiva del proceso psicológico, sino que la completa y robustece, también constituye la teoría objetiva del valor de Ricardo un complemento necesario de la teoría subjetiva de la utilidad límite.

La nueva teoría del valor no ha descubierto propiamente ningún factor objetivo del mismo. A otros méritos debe su importancia. Es el primer ensayo científico hecho para explicar y demostrar el mecanismo objetivo de la formación del precio, hace ya mucho tiempo conocido, como una serie necesaria de motivaciones humanas. Esta explicación permite concebir la llamada ley de la oferta y de la demanda como una verdadera ley causal, empresa en la que todos los anteriores ensayos habían fracasado. La teoría de la utilidad límite puede servir de teoría abstracta de la motivación económica, llenando así un vacío de la ciencia, y en calidad de tal es también imprescindible para la comprensión del mecanismo objetivo de la formación del precio.

Pero si la teoría clásica del valor es compatible con la de la utilidad límite no puede, ciertamente, decirse lo mismo de la teoría absoluta del valor del trabajo de Marx-Rodbertus. Esta es con ambas inconciliable. Es un error grosero ver en la doctrina marxista del valor, una continuación lógica de las doctrinas ricardianas. Las teorías absoluta y relativa del valor tienen, como se ha dicho, casi sólo el nombre de común; sus respectivos contenidos se contradicen rotundamente. Si el trabajo es, como Ricardo enseña, uno de los varios factores objetivos del valor, no puede ser la sustancia del mismo.

El defecto de la teoría de la utilidad límite se encuentra en la excesiva acentuación con que afirma el elemento puramente natural en la formación del precio y en desatender, en cambio, el momento social de la misma. "El valor de los bienes es independiente —dice Carlos Menger—de la economía humana y de sus factores sociales, como también del orden jurídico y de la existencia de la Sociedad„ (1). Es una doctrina antihistórica, con validez universal para todos los períodos y sistemas económicos.

No se puede negar, en efecto, que en la estimación del valor económico hay factores de validez general, porque toda economía descansa sobre la estimación del valor, independientemente de sus formas históricas. Mas, junto á estos factores universales, hay también otros en la formación del valor y del precio económicos, de carácter social é histórico que no pueden ser ignorados.

Es un mérito que corresponde á Böhm-Bawerk principalmente, haber fijado las leyes de la formación del precio, desde el punto de vista de la nueva doctrina del valor. Este notable investigador, desarrolla la teoría de la formación del precio en la economía moderna con el ejemplo de la venta de unos caballos, en la que da por sentado que el vendedor está dispuesto á conservar los caballos siempre que el precio propuesto por el comprador sea demasiado bajo (2). Manifiesto es lo crudamente que esta abstención contradice á la realidad capitalista que produce las mercancías para el mercado, y no para el uso ó consumo del productor. Pero lo erróneo del ejemplo de Böhm-Bawerk no tiene aquí tan grandes consecuencias como podría creerse.

(1) Menger, *Principios de Economía política*, 1871, pág. 80.
(2) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del Capital*, 1902, pág. 211.

En otros escritos de los teorizantes de la utilidad límite se corrige este defecto, reconociendo el precio del mercado dependiente, no de las estimaciones del valor del comprador y vendedor, sino exclusivamente de las del primero (1), concesión que no perjudica lo más mínimo á la nueva doctrina del valor. En su consecuencia, se determina el precio del mercado del siguiente modo: Los consumidores tiene la libertad de comprar esta ó aquella mercancía; cuando el precio exigido por una de ellas es tan elevado que caso de comprarla habría que renunciar á la adquisición de otra que proporcionase una mayor satisfacción, entonces aquélla no llega á venderse. Esto obliga al vendedor á bajar el precio hasta el punto en que el consumidor no estime en menos la utilidad límite del producto comprado por ese precio, que la de cualquier otro que pueda adquirir por el mismo. El dinero tiene en todo este proceso sólo un papel de intermediario, y no tiene influencia alguna sobre la relativa altura de los precios de las diversas mercancías. Así nace, sobre la base de las estimaciones subjetivas de los consumidores y la cantidad de productos en venta, el precio del mercado; con lo que la influencia reguladora de los costos de producción sobre el precio del mercado sólo se puede reconocer en cuanto determinan la cantidad de productos ofrecidos (2).

(1) Véase el artículo de Zuckerlandl, "Precio„, en el Diccionario de Conrad.

(2) "Puede formularse, como regla general, que cuanto más breve sea el tiempo considerado por nosotros, mayor es su significación al medirse en el valor de las mercancías en la demanda; y cuanto mayor sea, la duración de aquel tiempo, más ha de tenerse en cuenta para el valor de los costos de producción. A. Marshall, *Principios de Economía*, 1898, edición inglesa, pág. 429.

Mucho más importante es otro defecto del ejemplo de Böhm-Bawerk de la venta de los caballos. El caballo no es, ciertamente, una típica mercancía capitalista. Sin embargo, Böhm-Bawerk tenía sus motivos para desarrollar su teoría de la formación del precio sobre una venta tan poco corriente. El caballo aparece en el mercado como un bien indivisible, del que no se puede, naturalmente, comprar la mitad ó un cuarto, por ejemplo. Con ello surge una gran dificultad que entorpece el camino de la teoría de la utilidad límite. Con razón han dicho Komorzynski (1) y Stolzmann (2), que la utilidad límite de una misma suma de bienes es distinta según el tamaño del producto que tiene que ser objeto de estimación como unidad indivisible. Cuanto mayor sea esta unidad, tanto más elevada es su utilidad límite, el valor de todas las existencias, por consiguiente. Según la opinión de Böhm-Bawerk, como de otros defensores de la teoría, el valor de los bienes depende, exclusivamente, de las relaciones entre la necesidad y su satisfacción, la escasez de los bienes y su utilidad (3). Vemos, pues, que con ellas no quedan agotados los elementos determinantes del precio; falta uno muy importante, á saber, el tamaño de la unidad, que según las condiciones objetivas del mercado tiene que ser fundamento de las estimaciones del comprador.

La importancia de este elemento en la formación del

---

(1) Komorzynski, *El valor en la economía aislada*, 1889, página 53.

(2) "Conforme sea mayor ó menor la cantidad de un bien tomado como unidad, se modifica la utilidad límite y también el valor de todos los existentes con cada unidad del mismo.„ Stolzmann, *La categoría social en la economía teórica*, 1896, pág. 289.

(3) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del Capital*, pág. 168.

precio con ningún otro ejemplo aparece tan clara como en el salario. Parece estar hoy generalmente reconocido que los obreros organizados en sindicatos obtienen un salario más elevado de los capitalistas, que los no organizados. ¿Dónde está, pues, la influencia de la organización sobre el precio del trabajo? Sin duda, en que los trabajadores organizados aparecen como un todo indivisible frente á los capitalistas, mientras que los que carecen de organización tienen que negociar individual y aisladamente con ellos. En el primer caso aparece en el mercado del trabajo un número mayor ó menor de obreros como un bien económico indivisible; en el segundo entra como tal un solo obrero. De no convenirse en el primer caso en las condiciones del trabajo, se ve el capitalista, no raramente, obligado á interrumpir su industria, mientras que en el segundo no nace ninguna perturbación. La estimación de la mercancía trabajo por parte del capitalista en el primer caso es mucho más elevada que en el segundo, en proporción con las dimensiones de la unidad del bien objeto de la estimación.

El hecho de que las organizaciones obreras influyan tan poderosamente en el precio de la mercancía trabajo independientemente de cualquiera otra circunstancia del mercado, muestra con claridad la enorme trascendencia de las relaciones de poder y dependencia social en la formación de los precios. Con la misma oferta de brazos é invariable demanda suben los salarios cuando la fuerza de los obreros aumenta gracias á su organización, y bajan en el caso contrario.

El monopolista es capaz de subir el precio de la mercancía monopolizada, no sólo mediante la reducción de las mercancías en venta, sino también negándose á ven-

der la mercancía á menor precio, lo que obliga al comprador á pagar por ella el mayor precio posible. "Así, la altura del precio del mercado—dice Böhm-Bawerk—se determina en aquella zona en la que la oferta y la demanda lo equilibran cuantitativamente„ (1). Esta zona, dentro de la que oscila el precio, puede ser más ó menos amplia; las relaciones de fuerza y de dependencia social deciden el punto, dentro de esta zona, donde ha de fijarse el precio. Así pueden la oferta y la demanda en relación á la mercancía trabajo, por ejemplo, expresarse en muy distintos precios. El obrero aspira, naturalmente, á conseguir el mayor salario; pero por mucho que descienda el salario, el obrero no puede negarse á vender su mercancía por depender de ello su vida. También el capitalista prefiere pagar al trabajador lo menos posible, pero por muy elevado que sea el salario efectivo, excepto en el caso de que le consuma todo su provecho, ha de preferir el capitalista pagar este salario antes que tener paralizado su capital. En este caso, la fórmula de Böhm-Bawerk apenas tiene validez, pues la zona de precios fijada es demasiado amplia: sólo quedan determinados con ella los límites extremos é impracticables de las oscilaciones del salario. Qué punto de esta zona expresa el salario lo fijará exclusivamente la fuerza relativa, económica y social de los contratantes.

La doctrina del valor de la escuela psicológica es demasiado abstracta y racionalista. Parte del supuesto de que el hombre mide exactamente sus deseos y prefiere siempre el mayor al menor, cuando en realidad, á menudo duda sobre la gradación de los mismos. Pero, en todo

(1) *Teoría positiva del capital*, pág. 225.

caso, no necesita de una previa mensura de sus deseos para decidirse por uno. La rutina y las costumbres determinan la vida de la mayoría de los hombres. El consumidor adquiere una mercancía por un determinado precio, no por estar convencido de que con el dinero gastado ninguna satisfacción mayor podría obtener, sino simplemente por seguir el ejemplo de otros y por estar acostumbrado á comprar esa mercancía por ese mismo precio. De aquí que los precios al detall—de los cuales dependen también los al por mayor—sean tan estables. La costumbre es, pues, una fuerza que determina efectivamente el proceso colectivo, y en parte inconsciente, de la formación del precio.

Cierto que las estimaciones individuales forman el fundamento del precio de las mercancías; pero tan pronto como el precio aparece su influencia es recíproca. Así nace la aparente independencia del precio de las mercancías de estimaciones individuales, la sustantivación del precio, el fetichismo de las mercancías.

Los defectos de la teoría de la utilidad límite son los de la economía política individualista y racionalista, de la que es el fruto más sazonado esta doctrina. Da una solución afortunada al problema del valor en su forma abstracta, no histórica; para poder explicar manifestaciones concretas del precio dentro de un sistema económico histórico tiene que ser completada mediante factores sociales históricos. El precio de las mercancías es, como la moral y el derecho, un resultado colectivo del proceso social en parte inconsciente, en el que se expresan las relaciones de poder y dependencia de los grupos sociales.

CAPÍTULO VII

PLUS-VALÍA

I. *La teoría marxista del provecho*: El trabajo como fuente exclusiva del provecho.—Independencia de los provechos de los capitalistas aislados de la composición de sus capitales, y dependencia de la cuota general del provecho de la composición del capital social.—II. *La cuota general del provecho y la composición del capital social en los diferentes ramos de la producción*: La falta de armonía entre la cuota general del provecho efectiva y la misma contada según la plus-valía.—III. *Las oscilaciones de la cuota general del provecho*: La ley marxista del provecho decreciente. Su inconsistencia.—Alteraciones de la cuota del provecho bajo la influencia: 1.º, de la disminución, y 2.º, del aumento de la productividad del trabajo. IV. *Plus-valía y provecho*: La independencia de la cuota general del provecho de la composición del capital social.—La inconsistencia de la distinción del capital en constante y variable.

La doctrina de la plus-valía de Marx descansa sobre su teoría del valor. Aunque la teoría del valor constituye el antecedente lógico de la doctrina de la plus-valía, hay que considerar ésta como la parte capital de toda la construcción teorética á la que aquélla sirve de fundamento. El fin exclusivo que esta construcción persigue es demostrar que el beneficio capitalista proviene de la explotación de la clase obrera (1).

---

(1) *La igualdad de los hombres..... es el fin del marxismo*, Wenckstern, 1896, pág. 137.

I

La teoría marxista del provecho tiene que fijar objetivamente la preexistencia de esta explotación. El concepto del valor absoluto del trabajo constituye la base de esta teoría. Partiendo de este concepto, llega Marx consecuentemente á la conclusión de que el provecho de los capitalistas, como en general todo beneficio que no es debido al trabajo, procede de la apropiación de trabajo no pagado á los obreros ocupados en la producción, llevada á cabo por los capitalistas y otros propietarios. La teoría marxista de la plus-valía que es, al mismo tiempo, su teoría del provecho, es una consecuencia necesaria de su teoría del valor. La fuente única del provecho capitalista tiene que ser el trabajo de aquellos obreros. Y como sólo una parte del capital se destina al pago de los trabajadores y la otra á medios de producción, el nuevo valor creado en el proceso productivo que aparece como provecho del capitalista procede exclusivamente de la primera parte del capital, mientras que la segunda tiene un papel pasivo y no produce ningún aumento de valor. De aquí que llame Marx capital variable á la primera parte y capital constante á la segunda. En la afirmación de que el capital constante no participa en la creación de valores, radica la esencia de la teoría marxista del provecho; lo que está en la contradicción más inconciliable con todas aquellas teorías que no separan en la formación del provecho, el capital empleado en salarios del dedicado á los medios de producción.

Es un hecho conocido que en lo visible del mundo capitalista no se observa distinción alguna entre capital constante y variable, en relación con la obtención del provecho. Las industrias en las que el capital variable predomina no arrojan mayores rendimientos que aquellas otras en las que predomina el constante. Este hecho no lo discute Marx, sino que busca armonizarlo con su teoría del siguiente modo: "A consecuencia de la diversa composición de los capitales empleados en las distintas ramas de la producción..... es también muy diverso el importe de la plus-valía producido por ellos. Conforme con esto las cuotas del provecho que reinan en las ramas de la producción, son originariamente muy desiguales; pero mediante la concurrencia llegan á nivelarse en una cuota general del provecho que equivale al término medio de los que se obtienen„. Los capitalistas aislados "no sacan la plus-valía, y, por tanto, el provecho producido en su esfera, si no tanta plus-valía, ó provecho, como del valor ó beneficio total, ha sido obtenido en un período determinado por el capital total de la Sociedad, tomadas en conjunto todas las esferas de la producción, y que corresponde en una distribución igual á cada parte alícuota del mismo. Por 100 obtiene cada capital invertido en un año, ó correspondiente período, siempre el provecho equivalente á tantas partes cuantas tenga. Los diferentes capitalistas se conducen, en cuanto al provecho se refiere, como nuevos accionistas de una sociedad anónima en la que la participación en el producto se distribuye conforme á su tanto por ciento„ (1).

Á estas consideraciones ha de contestarse, por lo pronto, que el proceso de nivelación expuesto por Marx, y que á causa de la diferente composición de los capitales, por la diversa cuota originaria del provecho, presenta

(1) Marx, *El Capital*, tomo III, páginas 136 y 137.

como *ad hoc*, es imaginario y no corresponde en nada á la realidad. En la realidad capitalista no se presenta ocasión ninguna para este proceso, como tampoco se ven alteradas las cuotas "originarias„ del provecho por la composición de los capitales. La formación del precio y del provecho, por consiguiente, se lleva á cabo, no sobre la base del costo absoluto del trabajo, sino de los costos de la producción capitalista. Está fuera de toda duda que en lo que á una empresa aislada se refiere no puede observarse en la formación del provecho diferencia alguna entre el capital constante y el variable. "El capitalista—dice Marx—cuya visión es limitada, cree, con razón, que su provecho no procede sólo del trabajo empleado por él, ó en su empresa. En cuanto á su provecho medio se refiere tiene razón..... Ahorro de trabajo—no sólo del trabajo necesario para obtener un producto dado, sino en el número de obreros empleados—y un mayor empleo de trabajo muerto (capital constante), le parecen operaciones económicamente muy justificadas y que en modo alguno reducen la cuota general del provecho, ni al provecho medio mismo. ¿Cómo había de ser, por consiguiente, el trabajo humano la fuente exclusiva del provecho, cuando la disminución de la cantidad de trabajo necesaria no sólo no reduce el provecho, sino que más bien, en determinadas circunstancias, aparenta ser la fuente inmediata del aumento del mismo?„ (1).

La opinión de que el trabajo humano no es la "fuente exclusiva del provecho„, depende de la limitada visión de los capitalistas que se dirige sobre lo particular y no sobre el conjunto. Pero mientras que los provechos de los

(1) Marx, *El Capital*, tomo III, pág. 149.

capitalistas aislados dependen tanto del capital constante como del variable, los de toda la clase capitalista están producidos, exclusivamente, por el capital variable. La ley de la plus-valía rige el conjunto de la distribución social, y, especialmente, de los ingresos sociales de las diferentes clases. Lo que concierne á la posterior distribución de los ingresos dentro de una misma clase, depende de otras leyes.

Tomando las ramas de la producción en conjunto, la suma de los precios de las mercancías equivale al valor de su trabajo; los provechos de algunas empresas aisladas que no coinciden con la plus-valía no son capaces de anular la ley general de la plus-valía, pues todo "se reduce á que lo que va en una mercancía de más de plus-valía, quede en otra de menos, y que, por consiguiente, también las alteraciones de valor, representadas en los precios de producción de las mercancías, se compensan mutuamente„ (1). De aquí que estén las cuotas generales del provecho, en oposición á las de cada rama productora, determinadas por la composición del capital social, á saber: "1.°, mediante la orgánica composición del capital (valor) en las distintas esferas de la producción; 2.°, mediante la distribución del conjunto capital social en las diferentes esferas (2).

II

La teoría de la plus-valía puede ser refutada tan sólo probando que tampoco la distribución de los ingresos sociales entre las distintas clases sigue la ley de la plus-va-

(1) Marx, *El Capital*, pág. 140.
(2) Idem íd., pág. 141.

lía, y que la cuota general del provecho, en su situación estática, como en sus alteraciones, es también independiente de la composición del capital social. A continuación ha de intentarse esta prueba.

La composición del capital es muy distinta no sólo en las empresas aisladas, sino en grupos completos de la producción social. Podemos aceptar que el capital constante constituye la parte principal en la producción de medios productivos, pero la menor en la de artículos de consumo de las clases dominantes (artículos de lujo especialmente). El esquema siguiente pone á la vista de qué manera, partiendo de esto, se reproduce y distribuye el ingreso social.

Reproducción y distribución de los ingresos sociales expresados en sus precios en dinero (1).

I. Producción de medios productivos:

$$180\ m + 60\ s + 60\ r = 300.$$

II. Producción de artículos de consumo para los obreros:

$$80\ m + 80\ s + 40\ r = 200.$$

III. Producción de artículos de consumo para los capitalistas:

$$40\ m + 60\ s + 25\ r = 125.$$

Con *m*, *s*, *r* designaré respectivamente los medios de producción (capital constante), salarios (capital variable)

(1) En la construcción de este esquema se presupone que la sociedad consta de dos únicas clases, capitalistas y obreros. La diferencia entre el periodo de circulación (*Umschlagsperiode*) del capital fijo y el circulante no se señala, aceptando que tanto uno como otro hacen aquel recorrido. La partición de la producción social es en el esquema proporcional; la demanda de todos los productos es igual á su oferta. No se da acumulación capitalista alguna.

y renta (plus-valía). Las cifras están elegidas á capricho y expresan en millones de marcos los precios (precios de producción) del capital invertido, rentas y productos anualmente obtenidos en el grupo correspondiente de la producción. La composición del capital es, conforme al supuesto sentado, diferente en cada grupo, predominando el capital constante en el primero, el variable en el tercero y equiparándose en el segundo. Las cuotas del provecho, conforme á las leyes generales de igualdad de las mismas, lo son también y corresponden á un 25 por 100.

El esquema expresa en sus precios todas las relaciones de producción y distribución. Ahora bien, detrás de las mercancías están los hombres, y detrás de los precios el valor de trabajo, que no coincide con éstos. En el esquema que sigue, el precio se sustituye con el valor del trabajo correspondiente. Yo parto de la hipótesis que la duración de la jornada y los salarios efectivos y la cuota de la plus-valía, por consiguiente (relación de la plus-valía con el capital variable), son iguales en todos los grupos de la producción. Queda igualmente aceptado que en el primer grupo citado están anualmente ocupados 150.000 trabajadores. Con la ayuda de los medios de producción, cuyo precio equivale á 180 millones de marcos, obtienen una suma de productos cuyo precio es de 300 millones. Si el valor del trabajo de esta masa de valores lo llamamos X, el de los medios productivos gastados en la producción será igual á $\frac{180}{300} X$.

De aquí se obtiene la siguiente equivalencia:

$$\frac{180}{300} X + 150.000 \text{ años de trabajo (1)} = X,$$

(1) La unidad de trabajo que se toma es un año por obrero, puesto que están anualmente ocupados, como se ha dicho.

y de aquí resulta $X = 375.000$ años de trabajo. El valor del trabajo de los medios de consumo de los trabajadores puede fijarse semejantemente. El valor del trabajo de los medios de producción consumidos aquí es $375 \times \frac{80.000}{300.000}$ años de trabajo, por consiguiente, 100.000 años de trabajo. El número de los trabajadores ocupados en este grupo de la producción corresponde á los del primer grupo como $\frac{80}{60}$, es, por consiguiente, de $150.000 \times \frac{80}{60} = 200.000$. El total valor del trabajo de los productos del segundo grupo importa $100.000 + 200.000 = 300.000$ años de trabajo.

En el tercero, el valor del trabajo de los medios de producción es $375 \times \frac{40}{300} = 50000$ años de trabajo. El número de trabajadores ocupados es igual que en el primero, y el valor del trabajo de los productos obtenidos importa $50.000 + 150.000 = 200.000$ años de trabajo. La cuota de la plus-valía social es igual $\frac{200 \text{ (de plus-valía social)}}{300 \text{ (de capital social variable)}} = 66{,}6$ por 100, la que es igualmente valedera para cada grupo, cuyas cuotas de plus-valía, conforme á la hipótesis sentada, son iguales. Y así llegamos al segundo esquema de la

Reproducción y distribución de los ingresos sociales expresados en valores de trabajo.

I. Producción de medios productivos:

$$225\,m + 90\,s + 60\,r = 375.$$

II. Producción de medios de consumo de los trabajadores:

$$100\,m + 120\,s + 80\,r = 300.$$

III. Producción de medios de consumo de los capitalistas:

$$50\,m + 90\,s + 60\,r = 200.$$

Las cifras expresan en miles años de trabajo; el valor del trabajo de los productos obtenidos, y constituyen, por decirlo así, una traducción del primer esquema, poniendo valor de trabajo en lugar del precio. La comparación de ambos muestra que todas las relaciones en la distribución son otras, según que se expresen en una ó en otra forma. Así en el primer esquema constituía el capital social variable un $\frac{200}{625} = 32$ por 100 del precio del producto total social, mientras que como valor del trabajo constituye un $\frac{300}{875} = 34$ por 100 del mismo. La cuota del provecho, estimada en el precio, equivale á un 25 por 100, y en el valor del trabajo alcanza $\frac{200}{675}$, es decir, casi un 30 por 100.

Vemos, pues, que las cuotas del provecho general ó social, se deducen del precio de las mercancías ó el valor de su trabajo. Mas, ¿cuál de ambas cuotas tiene validez real? Evidentemente la deducida de los precios, ya que la formación del provecho se realiza, efectivamente, sobre la base del precio de las mercancías.

Queda, pues, comprobado que tampoco en relación al provecho total social y á la cuota general del mismo corresponde mayor validez que á los provechos y cuotas de capitalistas aislados en ramas de la producción aisladas también. La cuota general del provecho tendría que ser completamente distinta de lo que es, en realidad, si estuviese determinada por la plus-valía. Y es esto natural, ya que los precios relativos del capital variable, constante y

provecho no coinciden en los grupos respectivos de la producción social con el valor del trabajo relativo á causa de la diferente composición de los capitales. La afirmación de Marx de que "las alteraciones del valor (del trabajo) que se reflejan en el precio de producción de las mercancías se compensan mutuamente„ es equivocada, pues esto sólo tiene validez en el total del producto social, pero no en sus divisiones en el capital y provecho social, mediante las que se determina la altura de la cuota social del provecho.

III

De este modo queda demostrado que la cuota general del provecho no corresponde á la relación de la plus-valía con el capital social. Queda por investigar qué influencia ejercen sobre la cuota general del provecho las modificaciones en la composición del capital social. El capitalista aislado cree, como Marx atinadamente observa, que la sustitución, en su empresa de trabajo humano por máquinas, no disminuye sus provechos, sino que los aumenta, y ve en ello la prueba de que "el trabajo humano no es la fuente exclusiva del provecho„. Y precisamente en este punto tiene que celebrar su mayor victoria la teoría de la plus-valía. Se ha conseguido, partiendo de sus premisas, descubrir la ley más importante en el desarrollo de la economía capitalista: la ley de la tendencia decreciente de la cuota del provecho, que Marx designa de "misterio en torno, de cuya solución gira toda la economía política desde Adam Smith„ (1).

(1) *El Capital*, tomo III, pág. 193.

La ley es en sí muy elemental y parece derivarse con necesidad lógica de la teoría absoluta del valor del trabajo. El provecho nace tan sólo del capital variable; si aumenta el capital constante social, debido al empleo de medios de producción supletorios, más rápidamente que el capital social variable, continuando inalterables las otras condiciones, tienen que bajar las cuotas del provecho, ya que la masa del capital social total, por lo que tiene que dividirse la masa de los provechos para determinar su cuota, conforme á la hipótesis sentada, aumenta más de prisa que los provechos (cuya cantidad sólo está condicionada por la parte variable del capital).

Esta marcha relativamente creciente del aumento de los medios de producción empleados en el capital es considerada por Marx con toda justicia como ley fundamental del desarrollo capitalista. La tendencia decreciente de la cuota del provecho está también, en consecuencia, íntimamente ligada con este desarrollo.

Esta ley de la cuota decreciente del provecho parece ser, como se ha dicho, una consecuencia lógica de la teoría absoluta del valor del trabajo. Mas esta apariencia es engañosa; dicha ley no se desprende de esta teoría. Creo haberlo demostrado ya en mi libro *Estudios para una teoría é historia de las crisis comerciales en Inglaterra*. Aquí he de presentar otra fase del problema intentando al mismo tiempo obtener la verdadera ley del movimiento de la cuota del provecho.

Por lo pronto, la posición del tema de Marx es falsa. No puede decirse qué influencia ha de tener sobre la cuota del provecho la disminución del capital variable (salarios), pues aquélla tiene que ser diversa según las causas de esta disminución. Puede acontecer por dos mo-

tivos, á saber: 1.º, por la disminución de la productividad del trabajo social, y 2.º, por su aumento. Ambos casos deben ser especialmente examinados para obtener resultados utilizables.

Marx obtiene su ley por un camino muy llano. Establece que el capital constante sube mientras el variable permanece inalterable y la cuota del provecho tiene que bajar. Lo que no dice es de qué modo se lleva á cabo el aumento del capital constante, como si este aumento del capital cayese del cielo. Nosotros hemos de analizar en todas sus fases, desde el comienzo hasta el final, este proceso. Su comienzo está, desde luego, en la obtención del capital suplementario; su final en la producción social sobre nuevas bases técnicas y nuevas condiciones de valoración.

El esquema siguiente se refiere al primer caso de la disminución del capital variable (cuota de salarios); cuando esta disminución se debe á la disminución de la productividad del trabajo, lo que equivale al aumento relativo del valor del capital real. Yo parto de la suposición, por ejemplo, de que á consecuencia del agotamiento de una mina y del suelo, los costos de trabajo para la obtención de mineral de hierro, carbón, granos ó primeras materias suben considerablemente, lo que conduce á un aumento del valor del trabajo de la unidad de productos en un 25 por 100. Esto obliga á los capitalistas á emplear una parte de su provecho para cubrir los costos de producción con un creciente capital variable y constante. Y para acercarnos más á la realidad capitalista supongo también que el aumento del valor del trabajo de cada unidad de productos (también, por consiguiente, de los medios de consumo de los trabajadores) conduce á una merma del jornal efectivo del trabajador (esto es, de la masa de medios de consumo de que los trabajadores disponen) en un 10 por 100. El número de trabajadores continúa siendo inalterable conforme con la hipótesis primera. No tiene lugar ninguna acumulación capitalista aparte de la motivada por el aumento del valor de los medios de producción y del salario.

Reproducción del capital social cuando la productividad del trabajo social disminuye.

PRIMERA FASE

I. Producción de medios productivos:

$$250\ m + 125\ s + 125\ r = 500.$$

II. Producción de artículos de consumo de los trabajadores:

$$112\ \tfrac{1}{2}\ m + 56\ \tfrac{1}{4}\ s + 56\ \tfrac{1}{4}\ r = 225.$$

III. Producción de artículos de consumo de los capitalistas:

$$37\ \tfrac{1}{2}\ m + 18\ \tfrac{3}{4}\ s + 18\ \tfrac{3}{4}\ r = 75.$$

SEGUNDA FASE

I. Producción de medios productivos:

$$277{,}8\ m + 125\ s + 97{,}2\ r = 500.$$

II. Producción de artículos de consumo de los trabajadores:

$$125\ m + 56{,}3\ s + 43{,}7\ r = 225.$$

III. Producción de artículos de consumo de los capitalistas:

$$97{,}2\ m + 43{,}7\ s + 34{,}1\ r = 175.$$

Todas estas cifras indican el valor del trabajo de la respectiva producción. La partición de los productos sociales es proporcional, todas las mercancías obtenidas encuentran salida. La disminución de la productividad del trabajo tiene lugar en la primera fase. En consecuencia, se ven obligados los capitalistas de las 200 unidades de valor de trabajo, que contaremos como otros tantos millones de marcos de su provecho total ($125 + 56\,{}^1/_4 + 18\,{}^3/_4$) á destinar sólo á su propio consumo 75 millones de marcos. Los restantes 125 millones serán empleados en capital.

El aumento de los costos de trabajo de los medios de producción en un 25 por 100, exige un capital supletorio para la obtención de un capital real de 100 millones (en la producción de la primera fase se invertían en capital constante $250 + 112\,{}^1/_2 + 37\,{}^1/_2 = 400$ millones de marcos), y el aumento por ciento equivalente del valor de los artículos de consumo del trabajador acompañado de la baja del salario efectivo en 10 por 100, conduce al aumento del capital variable en 25 millones. (El capital variable de la primera fase es de $125 + 56\,{}^1/_4 + 18\,{}^3/_4 = 200$ millones de marcos; si los trabajadores siguiesen recibiendo después del aumento del valor del trabajo de los artículos de consumo la misma cantidad de él, el capital variable hubiese ascendido hasta 250 millones de marcos; pero como los salarios han bajado en un 10 por 100, según nuestra suposición, el capital variable en la segunda fase tan sólo asciende á 225 millones de marcos.)

La segunda fase representa la producción social según la disminución de la productividad del trabajo que ha tenido lugar. El valor de los productos sociales obtenidos en la segunda fase tiene que exceder en 100 millones de

marcos sobre los de la primera, ya que si el número de los trabajadores ocupados en la segunda fase es igual al de la primera, el valor de los medios de producción empleados en aquélla ha aumentado en 100 millones de marcos. (Este valor, conforme con la teoría del valor del trabajo, tiene que aparecer inalterable en el valor de los productos obtenidos). El valor total de los productos de la segunda fase importa, por tanto, 900 millones de marcos (800 del valor de los productos de la primera fase, más 100 del aumento del valor de los medios de producción de la segunda). El valor del capital total de la misma es ($277,8 + 125 + 92,2$) $= 500$ millones de marcos, capital constante, y ($125 + 56,3 + 43,7$) $= 225$ millones, capital variable, total: 725 millones. El provecho de la segunda fase es $900 - 725 = 175$ millones de marcos.

La cuota del provecho en la primera fase era de $\frac{200}{600} =$ 33,3 por 100, la de la segunda es — $\frac{175}{725} = 24,1$ por 100. De modo que á pesar de la disminución de los salarios, ha bajado considerablemente.

Con esto tenemos ante nosotros el caso investigado por Marx de la disminución de la cuota del provecho. ¿He conseguido acaso con lo dicho robustecer la ley marxista en vez de rectificarla?

No se puede discutir que en determinadas circunstancias el aumento de la composición del capital social está acompañado de la baja en la cuota del provecho. Pero, ¿cuáles son estas condiciones? El tema investigado se refiere al caso de la disminución de la cuota de salarios del capital social, debida á la mengua de la productividad del trabajo; la subida de la composición del capital social puede ser debida á otras causas, á saber, al mismo au-

mento de la productividad. Los progresos de la técnica conducen al aumento del capital fijo (máquinas, herramientas, etc.) empleado en la producción; y puesto que la elevación de la productividad del trabajo se expresa en el aumento de la cantidad de primeras materias obtenidas, sobre esta base crecerá el capital circulante en relación con el variable (de salarios), que se reducirá á la más pequeña parte del capital social.

También este segundo caso del aumento de la composición del capital social he de analizarlo con ayuda de mis esquemas. El proceso comienza manifiestamente con la obtención de los medios de producción supletorios. Su segunda fase (la cual sólo teóricamente puede separarse de la tercera, pues en realidad coincide con ella) radica en el consumo productivo de ellos. En la tercera concluye el proceso: la cantidad excedente de productos obtenidos ha penetrado en la producción y el consumo sociales, el valor de los productos ha decrecido en correspondencia con las nuevas condiciones de la producción, y ésta se adapta á una nueva base técnica.

En el esquema inmediato he aceptado que los capitalistas emplean una vez la mitad de su provecho en la obtención de los nuevos medios de producción supletorios, y después, de nuevo, su total provecho en un consumo improductivo. El número de trabajadores continúa siendo el mismo. Se parte de la hipótesis de que la introducción de nuevos métodos de producción eleva la productividad del trabajo en un 25 por 100 (y en la misma proporción aumenta la cantidad de productos sociales). A la vez supongo, para no aparecer como partidario de la "ley del bronce del salario", que de la productividad del trabajo se benefician también los obreros, y que sus salarios

efectivos aumentan en un 10 por 100. En su fundamentación de la ley de la cuota decreciente del provecho, parte Marx de la invariabilidad de los salarios reales. Mi posición tiene que dar aún más agudo realce á la ley marxista.

Reproducción del capital social cuando tiene lugar un aumento de la productividad del trabajo social.

PRIMERA FASE

I. Producción de medios productivos:

$$250\ m + 125\ s + 125\ r = 500.$$

II. Producción de artículos de consumo para los obreros:

$$100\ m + 50\ s + 50\ r = 200.$$

III. Producción de artículos de consumo para los capitalistas:

$$50\ m + 25\ s + 25\ r = 100.$$

SEGUNDA FASE

I. Producción de medios productivos:

$$222{,}2\ m + 88{,}9\ s + 88{,}9\ r = 400.$$

II. Producción de artículos de consumo para los obreros:

$$97{,}8\ m + 39{,}1\ s + 39{,}1\ r = 176.$$

III. Producción de artículos de consumo para los capitalistas:

$$180\ m + 72\ s + 72\ r = 324.$$

TERCERA FASE

I. Producción de medios productivos:

$$177,8\,m + 78,2\,s + 144\,r = 400.$$

II. Producción de artículos de consumo para los obreros:

$$78,2\,m + 34,4\,s + 63,4\,r = 176.$$

III. Producción de artículos de consumo para los capitalistas:

$$144\,m + 63,4\,s + 116,6\,r = 324.$$

La partición de la producción social es proporcional en las tres fases. La primera termina con la obtención de medios de producción supletorios por importe de 100 millones de marcos. (Es decir, la mitad del producto total de esta fase, que importa 125 + 50 + 25 = 200 millones de marcos.) En la segunda fase se dedica á la producción la suma obtenida por valor de 100 millones de marcos en medios de producción; y en la tercera fase se modifican la relación de valores del capital permanente y variable y del provecho, en conformidad con las nuevas condiciones de la producción.

La cantidad de los medios de producción obtenidos al final de la primera fase permanece inalterable durante la segunda y tercera fase—ya que este suplemento de provecho, debido á la elevación de la productividad del trabajo, no llega á ser acumulado, sino que se emplea en los fondos de consumo de la sociedad—; el valor de esta cantidad en la segunda fase es igual á 500 millones de marcos. Ahora bien, este valor en la tercera fase, á consecuencia de la baja del valor del trabajo de una unidad

en $^1/_5$ (lo que equivale al aumento de la productividad del trabajo en $^1/_4$), tiene que bajar á 400 millones de marcos. El valor del capital de salarios en la primera fase era igual á 200 millones. En la tercera el número de trabajadores ha permanecido inalterable. Si ellos disponen de la misma cantidad de artículos de consumo, tiene que disminuir el valor de éstos (el capital de salarios, en su consecuencia) en $^1/_5$ y reducirse, por tanto, á 160 millones de pesetas. Pero como los salarios suben en la tercera fase un 10 por 100, el capital de salarios importa en la tercera fase $160 \times \frac{11}{10} = 176$ millones de marcos.

El valor de todo el producto social de la tercera fase tiene que superar en 100 millones de marcos al de la primera, pues estos 100 millones representan el valor de los medios de producción supletorios, y ha de expresarse consiguientemente en 900 millones de marcos.

El capital de la tercera fase es de 400 (capital permanente) + 176 (capital de salarios) = 576 millones de marcos; obtendremos el provecho de los capitalistas si separamos del valor del producto total al del capital. En su consecuencia, equivaldrá á 900 — 576 = 324 millones de marcos. La cuota del provecho antes de la introducción de nuevos métodos de produccion era de 33 $^1/_3$ por 100 $\left(\frac{200}{600}\right)$ ahora es de 56 por 100 $\left(\frac{324}{576}\right)$; por lo tanto, á pesar de la subida del salario real del obrero, ha subido considerablemente (1).

(1) Se puede calcular la variación de la cuota del provecho á causa de las modificaciones de la composición del capital social también más breve y sencillamente. Este cálculo descansa sobre un procedimiento que, aunque metodológicamente, está plenamente justificado puede ocasionar dudas á los lectores que no estén acostumbrados á las abstracciones cien-

Vemos que la baja de la cuota de salarios del capital social, podrá estar acompañada de una alteración de la cuota del provecho en sentido inverso, según la causa de aquella baja. Cuando decrece el valor del capital incorporado en los medios de producción á consecuencia de la disminución de la productividad del trabajo social, decrece también la cuota del provecho; pero asciende cuan-

---

tíficas. Designamos con a la masa del producto social, con lo que abstraemos por completo la diferencia material que los informa (ya que esta diferenciación en nada se relaciona con el problema económico que se investiga). Si todas las relaciones de cantidad de los respectivos productos han de aceptarse como equivalentes á sus relaciones de valor, los medios de producción en el ejemplo que investigamos, antes de la introducción de nuevos métodos productivos, son también, según su cantidad, igual á $\frac{4a}{8}$ y los medios de producción supletorios igual á $\frac{1}{8}a$. Si después de la introducción de nuevos medios de producción no hubiese tenido lugar ninguna elevación de la productividad del trabajo, la cantidad de productos sociales habría aumentado también en $\frac{1}{8}a$ y consiguientemente importaría $\frac{9}{8}$. Mas habiendo, conforme la hipótesis sentada, aumentado la productividad en $\frac{1}{4}$, la suma del producto social sería igual á $\frac{9}{8}a \times \frac{5}{4} = \frac{45}{32}a$. La cantidad de medios de producción (contando los nuevamente aportados) importa $\frac{5}{8}a$. La suma de los medios de consumo de los obreros era, antes de las alteraciones llevadas á cabo, $\frac{2}{8}a$; después de ellas, conforme á lo establecido, ha aumentado en $\frac{1}{10}$, é importa, por consiguiente, $\frac{2}{8}a \times \frac{11}{10} = \frac{11}{40}a$. El capital total (constante y variable) es, según esto, $\frac{5}{8}a + \frac{11}{40}a = \frac{9}{10}a$. El provecho de los capitalistas lo obtendremos sustrayendo el capital del producto social; es, por lo tanto, $\frac{45}{32}a - \frac{9}{10}a = \frac{81}{160}a$, y la cuota del provecho $\frac{81}{160}a : \frac{9}{10}a$, aproximadamente igual á un 56 por 100.

Sobre este cálculo podemos establecer los valores de trabajo defini-

do el aumento relativo del capital constante, á costa del variable, sea motivo para el ascenso de la fuerza productiva del trabajo. Es, por lo demás, bien claro que sería contrario á todas las leyes de la economía que semejantes fenómenos antagónicos, como el descenso ó aumento de la productividad del trabajo, ejerciesen un mismo efecto sobre la cuota del provecho.

¿Qué caso quería Marx investigar, el del descenso ó el del aumento de la productividad del trabajo? Eviden-

---

tivos de los productos después de la elevación de la productividad del mismo. La tercera fase de nuestro esquema no expresa realmente estos valores definitivos. Yo acepto que el valor de los productos sociales de esta fase importa 900 unidades de valor de trabajo (millones de marcos), ya que en su obtención, además de 800 unidades de trabajo (valor del producto de la primera fase), se emplean 100 unidades de trabajo supletorias (valor de los medios de producción supletorios). Pero como este último gasto de trabajo sólo una vez acontece, sin que llegue á repetirse, el valor de trabajo del producto así contado tiene que decrecer en cada periodo de reproducción; el valor del trabajo definitivo puede ser determinado por los valores siguientes. El número de trabajadores ocupados, conforme á la hipótesis establecida, no experimenta variación alguna. Según la teoría de la plus-valía, el valor del capital variable, y la plusvalía en la suma del valor nuevamente creado por los trabajadores, tienen que ser iguales. Si este valor importa antes de las alteraciones mentadas 400 unidades de trabajo (millones de marcos), después de ellas tiene que continuar siendo el mismo. El capital variable se relaciona, según su cantidad, con el plus de producto, como $\frac{11}{40}$ con $\frac{81}{160}$, y es, por lo tanto, según su valor, 140,8 millones de plus-valía, igual á 259,2 millones de marcos. El capital constante se relaciona, según su cantidad, con el variable, como $\frac{5}{8}$ con $\frac{11}{40}$, y es, por consiguiente, igual á 320 millones de marcos. El valor del trabajo del producto social es, por consiguiente, $320\,m + 140,8\,s + 259,2\,r = 720$. La cuota del provecho es $\frac{259,2}{460,8}$ aproximadamente, igual á un 56 por 100. Véase, además, sobre este problema mi *Estudio para la teoría é historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, 1900, cap. VII.

temente el segundo, que es el único que corresponde á la realidad capitalista. Así dice que la relativa disminución del capital variable, en relación con el constante, "es tan sólo otra expresión del desarrollo progresivo de la productividad social del trabajo, lo que muestra como mediante un empleo creciente de maquinaria y capital fijo, sobre todo de primeras materias y auxiliares, por el mismo número de trabajadores y en el mismo tiempo, esto es, con menor trabajo, son convertidas en productos„ (1). Marx quería determinar la influencia de este momento sobre la cuota del provecho; mas se ha encontrado con un portentoso *quid pro quo*. En vez de la subida de la productividad del trabajo, ha investigado el caso contrario—el del descenso de la misma—, y de este modo ha llegado á su ley de la cuota descendiente del provecho. Lo aquí expuesto prueba no sólo que esta ley no es verdadera, sino que lo contrario precisamente es lo cierto; "el progresivo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo„ produce la tendencia no decreciente sino ascendiente, de la cuota del provecho.

Esta última ley es como tendencia un momento indiscutible y muy importante del desarrollo capitalista. Pero tan sólo como tendencia, cuya acción se ve á veces entorpecida y compensada por otras contrarias.

Entre estas tendencias opuestas pueden ser especialmente señaladas las siguientes:

1.ª La prolongación del proceso ó recorrido (*Umschlagszeit*) del capital social. Toda sustitución de trabajo manual por mecánico tiende á aumentar la cuota del capital fijo á costa del circulante y, por consiguiente, á hacer

(1) Marx, *El Capital*, tomo III, pág. 192, edición alemana.

más lento el proceso de conversión del capital. Por otra parte, la utilización intensiva de capital fijo, la mayor rapidez de los transportes, y las mejoras de la técnica que acortan el tiempo de trabajo, tienden á abreviar este mismo proceso de capital social. Tenemos ante nosotros, pues, dos distintos momentos que modifican en sentido diametralmente opuesto el proceso de conversión del capital. Parece, sin embargo, que al primero corresponde una eficacia mayor, y que, por lo general, este proceso más bien se prolonga, lo que hay que considerar como un momento contrario al aumento de la cuota del provecho.

2.ª La reducción de la jornada de trabajo.

3.ª La subida del salario efectivo de los obreros ocupados en la industria capitalista. Ya hemos visto que esta subida tiene que ser muy considerable para compensar la tendencia á ascender de la cuota del provecho. Es, con todo, probable que la subida de los salarios ocupados en las grandes empresas capitalistas (donde la variación de la composición del capital se manifiesta más agudamente), en los últimos tiempos ha sido bastante poderosa para poder reaccionar eficazmente contra la tendencia ascendente de la cuota del provecho.

4.ª El aumento de otras formas de la renta á costa del provecho; así, por ejemplo, el extraordinario incremento de la renta de grandes propiedades urbanas.

5.ª El aumento de la cuota que el Estado toma del provecho capitalista mediante el impuesto, para atender á sus necesidades.

Todas estas tendencias, contrarias á la del ascenso de la cuota del provecho á consecuencia del aumento de la productividad del trabajo, llegan á compensar ésta, en

todo ó en parte. Pero la tendencia misma tiene que subsistir, pues no es otra cosa que una expresión específicamente capitalista del aumento del plus-producto de que la sociedad dispone (1).

IV

Está, por consiguiente, probado que la cuota general del provecho, lo mismo que las parciales, dependen de la composición del capital social. La sustitución de trabajo humano por medios de producción materiales no es capaz, por sí sola, para hacer bajar la cuota del provecho; ésta sube ó baja con las alteraciones de la productividad del trabajo, pero no está en relación con la partición del capital social en constante y variable. Aceptemos que el número de obreros ocupados en la producción disminuya á causa de su sustitución mediante máquinas y otros medios de producción materiales, lo que conducirá ciertamente á la disminución del valor del trabajo del provecho; ahora bien, como en mi libro sobre crisis expuesto queda, tal sustitución tiene como consecuencia un descenso aún mayor del valor de trabajo del capital, y de este modo la expulsión de obreros por las máquinas, sean cualquiera las dimensiones que alcance, no produce una tendencia de disminución, sino de aumento de la cuota del provecho. Desde luego que la composición del capital social determina el valor de trabajo del provecho, pero en ningún caso la cuota del mismo.

(1) Recientemente he sabido que el conocido sociólogo italiano Benedetto Croce ha hecho al mismo tiempo que yo una crítica análoga de la ley marxista de la cuota decreciente del provecho. El referido trabajo de Croce se publicó en las *Atti dell'Academia Pontaniana* en Mayo de 1899, y mi estudio en ruso sobre el mismo problema apareció igualmente en Mayo de 1899, en la *Revista científica*. Croce, como yo, llega á la conclusión de que la alteración de la composición del capital social produce una tendencia ascendente y no decreciente de la cuota del provecho. Ahora que las pruebas aportadas por Croce no me parecen convincentes. Véase su estudio *Materialismo económico y economía marxista*, 1900, páginas 209-224.

Ya se ha insistido anteriormente en que la cuota del provecho real y general á causa de las diferencias en la composición del capital social, en algunas ramas de la producción, no coincide con la calculada según la ley de la plus-valía. Ahora vemos cómo la modificación de la cuota general del provecho tiene lugar independientemente de la que afecta á la composición del capital social. Con todo, la esencia de la teoría de la plus-valía, en cuanto debe explicar los hechos reales de la formación del provecho, en la diferencia entre los medios de producción materiales y el trabajo humano en relación con aquélla, consiste en el reconocimiento del capital variable como única fuente del provecho. Pero ya quedó establecido que en lo que á la cuota del provecho concierne no media ninguna diferencia entre los medios de producción materiales y el trabajo humano: la relativa sustitución de uno por otros no ocasiona ninguna tendencia decreciente de aquella cuota. Con ello se demuestra que la teoría de la plus-valía como ley de la formación y modificaciones de la cuota del provecho es, en parte errónea, y en parte sin contenido. Marx reconocía lo limitado de la visión capitalista en su convicción de que la cuota del provecho es totalmente independiente de la composición del capital. Nosotros hemos demostrado que Marx, sólo mediante una serie de errores lógicos, ha obtenido su ley de la

cuota decreciente del provecho. Partiendo de la teoría de la plus-valía, hemos llegado á la conclusión de que la opinión de los capitalistas, en relación á la cuota general del provecho, era acertada. La diferencia de capital variable y constante, en cuanto se refiere á la formación del provecho (y sólo en tal relación es válida), carece de fundamento; la parte del capital llamada por Marx constante, es, en el mismo grado que la variable, fuente del provecho. Así se descompone completamente la teoría del provecho de Marx; la "Economía vulgar„, que consideraba al capital total como fuente del provecho, tenía razón.

CAPÍTULO VIII

EL PLUS-TRABAJO Y EL BENEFICIO DEL CAPITALISTA

I. *El plus-trabajo:* Significación social del mismo.—La violencia como fundamento del plus-trabajo.—II. *Fundamento social del beneficio del capitalista:* Todo beneficio del capitalista descansa en una explotación social.—¿En qué consiste la explotación social desde el punto de vista de las diferentes teorías del provecho?—III. *Causas determinantes de la elevación del beneficio del capitalista.* Crítica de la teoría de la productividad.—El capital como medio de sustento del obrero y como medio de producción. La productividad del trabajo y la participación de los capitalistas en el producto del trabajo como causa determinante de la cuota del provecho.

Como teoría del provecho hay que rechazar, terminantemente la teoría de la plus-valía. Pero así como la teoría absoluta del valor del trabajo, á pesar de todos sus defectos, contiene un principio social sano, también en principio es aceptable la teoría de la plus-valía.

I

"Que la teoría marxista del valor, sea ó no cierta—acentúa atinadamente Bernstein—, es completamente indiferente para la validez de la plus-valía„ (1). El concepto de la plus-valía es tan útil é indispensable para la

(1) Bernstein, *Los supuestos del socialismo*, 1899, página 42.

ciencia social como el concepto de los costos del trabajo. Es un hecho indiscutible que en la sociedad capitalista, como en la de esclavos, ó en la feudal, una parte de ella trabajaba por la otra sin recibir una prestación correspondiente. Los trabajadores desposeídos están obligados á prestar á las clases dominantes más trabajo de lo que reciben de ellas en forma de salario.

Este hecho es demasiado evidente para necesitar una demostración. Su validez para la comprensión de las relaciones sociales del sistema económico reinante no es, sin embargo, de indiscutible claridad. Así, Böhm-Bawerk, por ejemplo, no se manifiesta conforme con la afirmación de Bernstein sobre el hecho de la plus-valía. "Notoriamente se podría afirmar con este mismo procedimiento—dice—que también los fisiócratas han probado sin superarles nadie que toda la Humanidad vive de la explotación de las clases agricultoras; pues, finalmente, es indudable que con los productos del suelo que extraen los trabajadores agrícolas se sustentan otras muchas gentes que no cultivan la tierra (1). Un economista ruso, Frank, observa, con razón aparente, que "cuando una parte de la Sociedad da á las otras más trabajo de lo que recibe, también le dan á ella más capital y más suelo en cambio; y con la misma razón podemos afirmar que los trabajadores se apropian el plus-capital ó el plus-suelo de aquellas clases que se apropiaron su plus-trabajo (2).

Para la producción son los factores materiales—suelo y capital—tan imprescindibles como el trabajo. Cada uno

(1) Böhm-Bawerk, *Historia y crítica de las teorías del interés del capital*, 1900, 2.ª edición alemana, pág. 550.

(2) Frank, *Teoría marxista del valor*, edición rusa, 1900, pág. 151.

de ellos pertenece á una distinta clase social. Parece, por lo tanto, muy natural que cada clase reciba una parte de los productos sociales; y el concepto del plus-trabajo, aunque formalmente exacto, resulta tan inútil y vacío como, por ejemplo, los de plus-capital ó plus-suelo.

Mas, en mi opinión, este punto de vista descansa en un desconocimiento completo de la esencia del problema. Cierto que el capital y el suelo son tan imprescindibles para la producción como el trabajo, mas no puede decirse otro tanto de los propietarios y capitalistas. También en poder de los trabajadores conservarían el capital y el suelo sus virtudes productoras.

El capitalista da á el trabajador su capital, una cosa externa que no forma parte integrante de su persona, mientras que el trabajador da á el capitalista su trabajo, es decir, su misma persona. Trabajo y capital ó suelo, son incomparables entre sí, puesto que el trabajador es un sujeto de derecho, una persona humana, un fin en sí, por consiguiente, mientras que el capital y el suelo, meros objetos, constituyen medios económicos. El hecho de la apropiación del plus-trabajo necesita la violencia social, la dependencia de unas clases sociales de otras; tan sólo viéndose obligado puede emplear el hombre su fuerza vital en la elevación del bienestar económico de las personas pertenecientes á otras clases sociales. La apropiación del plus-trabajo prueba, por consiguiente, que la igualdad de todos los ciudadanos, reconocida por las modernas concepciones jurídicas, se ve malograda de hecho por el sistema económico reinante.

II

El beneficio del capitalista y la apropiación del plus-trabajo por las clases ociosas, son un mismo fenómeno social apreciado en dos diferentes aspectos. Mediante su teoría de la plus-valía ha intentado dar Marx una explicación teórica del hecho del beneficio del capitalista.

El intento fracasó, en su mayor parte, porque la posición del problema era equivocada.

Marx se propuso el tema de demostrar, mediante una determinada doctrina del valor, que el beneficio del capitalista descansa sobre la explotación de la clase trabajadora. Ahora que, el concepto del valor no es apropiado para descubrir el contenido social de un sistema económico determinado. Lo característico del concepto económico del valor consiste precisamente en que el interior de todos los momentos sociales está oculto bajo una máscara objetiva. El fetichismo de las mercancías está adherido necesariamente á este concepto. Cierto que en la relación de precio se expresan relaciones sociales, pero tan sólo en la forma de relaciones de mercancías. En cuanto se suprime la forma de mercancía, desaparece también el valor en cambio á cuya esencia corresponde esta forma.

Para esclarecer el contenido social del beneficio del capitalista, no se necesita, como punto de partida, de ninguna teoría del valor. La opinión tan generalizada de que la crítica socialista del orden social existente debe tener como supuesto necesario la teoría absoluta del valor del trabajo, descansa en una equivocación (1).

(1) "La teoría del valor—dice G. Adler—es el punto de partida natural del socialismo científico„ (Adler, *Los fundamentos de la crítica marxista*, edición alemana, 1888, pág. 28). Con mucha más razón observa H. Herkner que "la discusión sobre la ley del valor tiene una significación metodológica y económica, pero para la parte propiamente comunista en el marxisto posee relativamente menos alcance„ (Herkner, *Las Cuestiones obreras*, 2.ª edición alemana, 1907, pág. 302.

Los fundadores del llamado socialismo científico—Proudhon, Rodbertus, Marx—han partido ciertamente de una teoría del valor semejante. Pero esto es, en realidad, lo anticientífico y equivocado del nuevo socialismo. El antiguo, llamado utópico, era, en este punto, mucho más científico al no querer dar á sus pretensiones ético-sociales una fundamentación objetiva imposible.

Para probar que el beneficio del capitalista descansa sobre la violencia, basta constatar los hechos y ver que el trabajador no trabaja por amor á los capitalistas, ó por afición á la actividad misma, sino obligado por la necesidad. Ninguna teoría del provecho ha sido capaz de anular este fundamento social de todo beneficio del capitalista, aunque muchos han intentado conseguirlo. Entre ellos J. B. Say, el fundador de la teoría llamada por Böhm-Bawerk de la productividad, la cual ve en el salario el interés, y en la renta de la tierra la indemnización de los servicios productivos del trabajo, del capital y del suelo, y con ello justifica el beneficio del capitalista. Pero la cuestión de la productividad del capital ó del suelo, nada tiene de común con el problema sobre el carácter social del beneficio del capitalista, ó del propietario del suelo. Si fuese el incremento de valor que constituye el interés del capital un producto tan natural del mismo como la manzana del árbol, quedaría la obtención de intereses dependiente de la posesión del capital. Se trata de averiguar por qué el capital y el interés, por tanto, deben pertenecer á los

capitalistas no trabajadores, y no á los productores que trabajan. También desde el punto de vista de la teoría de la productividad es el provecho un beneficio de los que no trabajan, ó con otras palabras, descansa en la apropiación del plus-trabajo de los obreros por los capitalistas ó propietarios.

La teoría de la renta de la tierra de Ricardo ve en las diferencias naturales de la productividad del suelo la causa de aquélla. Ricardo define la renta de la tierra, como "precio pagado por el aprovechamiento originario é inagotable del suelo„. Con ello ha justificado tan escasamente á la renta de la tierra como fuente de ingresos que, precisamente, partiendo de Ricardo ha llegado H. George á rechazar la propiedad privada del suelo.

Es, pues, metodológicamente falso ver en la teoría de la productividad un argumento contra la teoría de la explotación. La explotación radica, desde el punto de vista de una teoría de la productividad bien comprendida, no en que el capital y el suelo produzcan un incremento de valor, sino en que se prive de él á los trabajadores para transmitírselo á los que no trabajan.

El más reciente y distinguido representante de la teoría de la productividad, Federico von Wieser, parece que lo ha visto así. "La atribución de los rendimientos del suelo, capital y trabajo —dice—, en la medida de su contribución productiva, es un progreso natural de la ciencia valedero para toda forma económica, la actual como la comunista. Puede ser quizás una exigencia de la justicia que el rendimiento total de los trabajadores pase á ser su personal beneficio; en todo caso, y también cuando esto acontece, es una exigencia de la economía atribuir los productos á la fuente de su rendimiento, en la medida de la colaboración

prestada, y crearles una medida para el empleo ulterior de los medios de producción„ (1).

En otro pasaje insiste von Wieser en que "el problema de la división de los rendimientos tiene que estar completamente separado de la división de los beneficios„ (2), y parte, en su investigación de la regla natural del reparto de la contribución productiva, de la hipótesis de un Estado comunista en el que todo el producto pertenece á la comunidad trabajadora. El problema sobre las reglas para la atribución del rendimiento á los factores de la producción no tiene nada común con la cuestión del origen social y sentido del beneficio de los capitalistas. El suelo y el capital pueden ser considerados ó no como productivos; los beneficios de los capitalistas y propietarios continúan descansando, sin embargo, sobre la explotación social.

De tan escasa eficacia, para probar como no existente el carácter explotador de este beneficio, es la teoría del agio de Böhm-Bawerk. Pero Böhm-Bawerk, á diferencia de von Wieser, no lo comprende así. Hasta cree haber demostrado que "no radica en la esencia del interés lo que aparece en él como inicuo é injusto„ (3). Esto puede ser, si separamos el problema del interés de la persona que lo percibe. Böhm-Bawerk habla, como Wieser, de los intereses en el Estado socialista; pero quiere también fundamentar la justicia del beneficio de los capitalistas é incurre con ello en contradicción con su propia teoría. Así

(1) Véase Wieser, *El valor natural*, edición alemana, 1889, página 93.

(2) Idem id., pág. 77.

(3) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital*, 2.ª edición alemana, 1902, pág. 384.

pregunta: "¿Quiénes son los capitalistas?„ y contesta: "son comerciantes que venden las mercancías presentes; son afortunados propietarios de bienes que no necesitan para sus momentáneas necesidades personales„ (1). Y, ¿quiénes son los trabajadores? Son gentes que "ante la imposibilidad de obtener ventaja alguna trabajando por su cuenta propia, están inclinados y dispuestos á vender conjuntamente, el producto futuro de su trabajo por una cantidad considerablemente menor de bienes presentes„ (2). Por consiguiente, los capitalistas son propietarios y los trabajadores no.

Pero después de haber probado Böhm-Bawerk cómo el beneficio de los capitalistas descansa en su posesión, y, por consiguiente, en la violencia, llega de un modo extraño á la conclusión de que la concurrencia de los capitalistas "no deja espacio alguno para que una explotación de los desposeídos tenga lugar„ (3). La conclusión es bien sorprendente, pues la concurrencia en los capitalistas no llega á hacerles perder su posesión, y en tanto que haya gentes que posean y otras que no posean, habrá injusticia social, y, por tanto, explotación. Los trabajadores hubiesen preferido seguramente "vender las mercancías presentes„ y hallarse en la situación feliz de los poseedores; y lo que se opone á que los trabajadores la consigan, no está, ciertamente, en sus cualidades personales, como tampoco en las de los capitalistas; sino que se ha de buscar en las relaciones de poder y dependencia sociales.

(1) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital*, 2.ª edición alemana, 1902, pág. 382.
(2) Idem íd., pág. 350.
(3) Idem íd., pág. 385.

Tampoco la teoría de la abstención llega á traer más luz á los problemas del provecho. No niega que el provecho es un ingreso de los que poseen, y que la elevación del provecho depende de la del capital. La misma "abstención„ se expresa en muy diferentes sumas de dinero, como el beneficio de las respectivas personas, según la elevación del capital de que disponen. Las relaciones de posesión, por lo tanto, de poder y dependencia social continúan siendo para esta teoría el fundamento del beneficio capitalista. Sólo la teoría del provecho, titulada por Böhm-Bawerk, teoría del trabajo, la cual ve en el provecho el salario de los capitalistas, se apoya en otro fundamento, y sólo ella niega la preexistencia en el sistema económico capitalista del beneficio del capitalista. Ahora que esta teoría queda refutada con el hecho observado de la cuota del provecho, ya que mediante él, contando el provecho á prorrata sobre el capital, depende de la cuantía del mismo. El salario de los capitalistas no está, por lo tanto, determinado por su trabajo, sino por su posesión (1). Y con esto volvemos á reconocer el beneficio del capitalista como lo que es realmente: como un beneficio de la posesión, y, en su consecuencia, de la explotación.

La explotación, como fundamento de todos los beneficios de posesión, es tan cierta, como el hecho de que no todos los beneficios dependen del trabajo.

(1) "Tan indiferente como es el interés del capital ante todo gasto de trabajo del capitalista, está, por el contrario, en relación exacta con el hecho de la posesión y la cuantía de la misma; el interés del capital no es un beneficio del trabajo, sino de la posesión„. Böhm-Bawerk, *Historia y crítica de las teorías del interés del capital*, 2.ª edición alemana, 1900, pág. 373.

III

La teoría de la productividad ha ensayado explicar el provecho capitalista mediante la productividad técnica del capital. Esta explicación parece muy plausible, ya que de hecho una distinción entre el trabajador y sus herramientas no puede establecerse desde el punto de vista del proceso técnico de la producción. Esto se manifiesta con toda claridad en las máquinas que llevan á cabo las mismas operaciones ejecutadas antes por la mano del hombre. En tanto que el hombre participa en el proceso de la producción, como una fuerza mecánica, se le puede equiparar con plena justicia á todas las demás.

La introducción de herramientas más perfectas tiene como consecuencia un aumento del rendimiento de la producción, y parece natural considerar este mayor producto como resultado de los nuevos medios técnico-productivos. De esta manera llega la teoría de la productividad á la conclusión de que el mayor producto que los capitalistas se atribuyen (su provecho), ha sido producido por su mismo capital.

Esta teoría es hasta hoy la reinante entre aquellos economistas que rechazan la de la explotación. Böhm-Bawerk la ha criticado severamente, pero su crítica ha sido poco afortunada, pues no alcanza, ni podía alcanzar, al corazón del problema; porque el crítico sobre esta misma teoría, constituye la base de toda su doctrina del capital. Designa como capital, su autor, "la suma de los productos, intermedios que nacen en las diversas etapas del circuito recorrido„ (1). Lo que, no obstante su forma incomprensible para muchos, no es más que un desarrollo de la definición corriente del capital como "medios de producción producidos„. Además, considera Böhm-Bawerk "como una de las condiciones más importantes, fundamentales de toda la teoría de la producción, que la trama del recorrido de la producción [el uso, por consiguiente, de medios de producción] conduzca á mayores resultados„ (1). ó, con otras palabras, que "cada prolongación [naturalmente, bien elegida] del recorrido de la producción nos lleve á la obtención de un mayor rendimiento„ (2).

(1) *Teoría positiva del capital*, pág. 21.

Partiendo de estas frases llega Böhm-Bawerk á su teoría del provecho. "El hombre—dice—puede obtener los artículos de satisfacción apetecidos, inmediatamente, ó con la mediación de otros productos que constituyen los bienes del capital. El último método exige un sacrificio de tiempo, pero significa una ventaja en la cantidad de productos, que depende, aunque también en cantidad decreciente, de la prolongación del recorrido de la producción„ (3). Este mayor producto de la producción capitalista forma, según Böhm-Bawerk, el provecho de los capitalistas.

Es evidente que para Böhm-Bawerk, como para von Wieser, Marschall, Menger y otros modernos representantes de la teoría de la productividad (4), la productividad técnica del capital constituye la base natural del provecho capitalista.

(1) *Teoría positiva del capital*, pág. 18.
(2) Idem íd., pág. 91.
(3) Idem íd., pág. 97.
(4) La que, en mi opinión, no puede distinguirse en principio de la llamada por Böhm-Bawerk de la utilidad. Ambas tienen un mismo pensamiento fundamental.

Ya se ha dicho antes que esta teoría no es capaz de justificar el beneficio del capitalista. Ella puede ser cierta y tiene que tolerar, al mismo tiempo, la validez de la teoría de la explotación. Sin embargo, á mi juicio no es cierta, ya que no consigue dar una explicación satisfactoria del beneficio del capitalista. El defecto principal de la teoría de la productividad (igual que la del agio, de Böhm-Bawerk) consiste en poner en relación la obtención del provecho con el uso de medios de producción más lucrativos. El capital que reporta intereses aparece siempre, á los teóricos de la productividad, en la forma de herramientas ó máquinas, cuyo uso hace ascender los rendimientos de la producción. Mas es el caso que el origen del provecho capitalista ó, generalizando, el beneficio del mismo no tiene nada común con la introducción de herramientas más perfectas. Cierto que todo beneficio del capitalista es consecuencia de su posesión, pero su fundamento está, no tanto en la posesión de herramientas de trabajo, como en la de artículos de consumo de los obreros.

Así lo presintió Jevons, al definir el capital como "la suma de bienes que se emplean en el sostenimiento de los obreros ocupados en la producción„ (1). Así como el trabajador constituye un factor de la producción más originario é importante que su herramienta, es, también, el capital en la forma de medios de sustento del obrero, anterior y más importante que no en la forma de "medios de producción producidos„, los que, igualmente, según la definición, son producidos por el trabajador. Por lo tanto,

(1) Jevons, *Teoría de la Economía política*, 3.ª edición inglesa, 1862, pág. 222.

toda teoría que pretenda explicar científicamente el beneficio del capitalista, debe investigar el mismo en una forma fundamental y auténtica, es decir, en la forma de un beneficio que descansa en la posesión de los medios de subsistencia del obrero.

Puesto así el problema resulta muy claro que la llamada productividad del capital no puede explicar en lo más mínimo, el nacimiento del beneficio del capitalista. Es, pues, absurdo considerar los medios de sustento del obrero como un factor independiente y particular de la producción, frente á los obreros mismos. Desde luego que el obrero sin ellos no puede existir, negándose á trabajar; pero la fuerza productiva de los medios de subsistencia llega á manifestarse en el esfuerzo productivo del obrero, y sería contar dos veces una misma cosa, pretender hablar separadamente de la productividad de los medios de subsistencia del trabajador, y del trabajador mismo.

Si tenemos, por consiguiente, derecho á hablar del trabajador como una fuerza productiva, no nos asiste el mismo para atribuir también esta cualidad á sus medios de subsistencia. El pan y la carne no son por sí factores de la producción; pero lo es, en cambio, el obrero que los consume.

Además, la disposición de medios de sustento es una condición previa, necesaria para todo trabajo y para toda producción, en consecuencia. El trabajador que no posee sus medios de sustento, tiene que caer, necesariamente, bajo la dependencia económica de la persona que los posea, y ésta recibe con ello el poder de reservarse una parte, mayor ó menor, del rendimiento de la producción. Lo mismo puede decirse de los medios de producción; también son indispensables para la misma, y también

su posesión, caso de que el trabajador esté privado de ella, da al que los posee el poder de apropiarse una parte del producto.

Rodbertus ha dado al problema del origen del beneficio capitalista una solución definitiva. "La renta—dice este notable pensador—descansa sobre dos requisitos inconciliables. Primero, no es posible renta alguna cuando con el trabajo no se obtiene más de lo necesario, por lo menos, para la continuación del trabajo por el obrero, pues es imposible que, sin un *plus* semejante, nadie, sin trabajar por sí mismo, pueda obtener regularmente un beneficio. Segundo: tampoco es posible una renta sin la existencia de instituciones que priven de este *plus*, ó parte de él, á los trabajadores y se lo concedan á otros que no trabajan, porque los trabajadores están siempre, por naturaleza, en primer término, èn posesión de su producto. Que el trabajo proporciona este *plus*, descansa sobre los fundamentos económicos que elevan la productividad del mismo. Que todo este *plus*, ó una parte de él, se retira á los trabajadores adjudicándoselo á otros, se funda en el derecho positivo, el que coaligado de antemano con el poder, lleva á cabo esta sustracción mediante una continuada violencia (1).

El beneficio de los capitalistas se divide, por lo pronto, en renta de la tierra y provecho. Esta división se apoya en las dos clases de medios existentes indispensables para la producción y para la existencia, unos que no son productos del hombre y dependen del suelo, y otros producidos por aquél. Los propietarios agrícolas son los

(1) Rodbertus, *Para ilustración de la cuestión social*, 1875, página 33.

poseedores de los primeros; los capitalistas, de los segundos medios de subsistencia y producción. Ahora bien, los rendimientos de una misma cantidad de trabajo empleado sobre diversas superficies de la misma extensión, son muy distintos á causa de la varia productividad natural del suelo. El propietario de una extensión de tierra muy productiva está en condiciones de hacer pagar un mayor canon por el aprovechamiento de la misma. De este modo nace la renta de la tierra diferencial, cuyas leyes fueron establecidas por Ricardo.

De esta renta diferencial hay que distinguir la absoluta, que se determina por la tierra de peor calidad, y que es una mera consecuencia de la propiedad. "La propiedad como límite subsiste aún allí donde la renta, como diferencial, desaparece„ (1). El monopolio de la propiedad, pero no las diferencias de la feracidad del suelo, produce la renta en este caso.

El beneficio de los capitalistas, como provecho, está determinado por otro momento. El capital no es, ciertamente, un producto natural, sino reproducido por el trabajo del hombre. Puesto que la disposición sobre el capital es un requisito necesario de la producción, los capitalistas llevan anejo el poder de apropiarse una parte del rendimiento obtenido. La cuantía de la cuota del provecho social depende, en primer término, de dos momentos: de la productividad social, mayor ó menor, del trabajo (de la cantidad del rendimiento de la producción social, por lo tanto) y de la repartición de este rendimiento (excluída la parte que se reservan las otras clases no trabajadoras), entre capitalistas y trabajadores, esto es,

(1) Marx, *El Capital*, edición alemana, tomo IV, pág. 283.

de la cuota relativa que cada clase social tenga en el mismo.

Cuanto más productivo sea el trabajo, tanto mayor es el plus-producto, es decir, aquella parte del rendimiento de la producción que queda sobrante después de haberse cubierto todo cuanto es necesario para la continuación de la producción misma. (Es decir, el necesario sustento de los obreros empleados en la producción, y la reposición de los medios de producción consumidos.)

El plus-producto se reparte entre las diferentes clases de la sociedad. Cada clase aspira á apropiarse una parte lo más grande posible del producto social; sólo la lucha puede determinar la cuantía de la participación de cada clase. La cuota de los capitalistas es tanto mayor, cuanto más poderosos aparezcan frente á los obreros y á las restantes clases.

Como ya se ha dicho (en el cap. VI) no hay una regla fija que determine la cuantía del salario, cuyo límite mínimo está formado por lo necesario para la existencia del trabajador y, el máximo, por la totalidad del producto del trabajo, descontados los medios de producción gastados. Entre ambos extremos oscila el salario, y como el poder social y económico de la clase capitalista predomina realmente en todas partes, está más cerca del primero que del segundo límite. Los salarios con el desarrollo de la productividad del trabajo llevan una marcha ascendente; sin embargo, es de creer que con el régimen económico capitalista nunca lleguen á rebasar un nivel bastante bajo, pues el monopolio de los medios de existencia y de producción tiene muy arraigada la supremacía social de la clase capitalista

También se deduce de lo dicho anteriormente que la cuota del provecho tanto puede moverse paralelamente, como en sentido contrario al salario. Entre el salario (según su valor) y la cuota del provecho, son posibles las siguientes conclusiones: salarios altos y provecho bajo, salarios y provecho altos, salarios bajos y provechos altos, y salarios y provecho bajos.

Fundándose en lo expuesto, es bien fácil distinguir lo verdadero y lo falso en ambas contendientes teorías: la de la productividad y la marxista de la plus-valía. Las dos poseen un principio verdadero, pero en sus particularidades son falsas. Por lo que á la primera teoría concierne, es en un todo cierto que existe una fuente del aumento del provecho que no es la disminución del salario, á saber: aumento de la productividad, mediante la introducción de medios y métodos de producción perfeccionados. El progreso técnico, la sustitución del trabajo manual por el mecánico producen, como se ha visto en el capítulo anterior, una tendencia ascendente de la cuota del provecho, la que también es compatible con un aumento del salario; no sólo del real, sino del percibido en dinero.

Lo erróneo de la teoría de la productividad consiste, por lo pronto, en reconocer en el capital un tercer factor independiente, como el trabajo y la Naturaleza. El capital, por el contrario, es sólo "un producto intermedio entre la Naturaleza y el trabajo, y nada más. Su propio nacimiento, su existencia y su acción sucesiva, no son más que etapas de la acción no interrumpida de los verdaderos elementos Naturaleza y trabajo. Estos dos solos aportan, desde el comienzo al fin, todo lo que produce los bienes económicos" (1). Pero la Naturaleza no constituye, como se ha dicho, un elemento de los costos absolu-

(1) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital*, pág. 102.

tos. Como tal, cuenta sólo el trabajo humano. Esto nos da derecho á considerar todo el producto social como producto exclusivo del trabajo (1).

Producto, no sólo de los trabajadores empleados en la producción, sino de todo el trabajo social que colabora á la prosperidad económica; por lo tanto, en no menor escala, del trabajo intelectual, aplicado á todas las ramas de la cultura, que del trabajo económico inmediato. Los trabajadores fabriles dirigen la marcha de las máquinas; mas para la creación de éstas es necesario algo superior al esfuerzo muscular. Sin la ciencia, sin el trabajo creador del entendimiento humano, el trabajo económico sería tan impotente como un pájaro sin alas. La clase obrera cuenta, entre los representantes del trabajo creador, en tan escasa medida como la capitalista. Las grandes invenciones y descubrimientos, como las ideas inmortales, y cuanto comprendemos bajo el concepto de cultura intelectual, no son la creación de una clase social determinada, sino peculio de toda la sociedad.

Es, ciertamente, equivocado considerar á los capitalistas como los promotores del progreso industrial. El capitalista se apropia sus frutos, pero no los produce. Muy pocos grandes inventores se enriquecieron con sus inventos. Y si los millones de un Arkwright ó un Watt, fueron

(1) "El suelo ó Naturaleza y el capital como factores de la producción, no están en el mismo plano que el trabajo, sino absolutamente subordinados á él. El trabajo es el único factor activo de la producción; la Naturaleza ofrece sólo materia para el ejercicio del trabajo ó fuerzas libres originarias sólo utilizables mediante aquél. El capital, en su aparición objetiva como elemento en los medios auxiliares ya producidos, no puede ser un factor primario de la producción, puesto que es ya un producto„. Lexis, artículo "Producción„ en el *Diccionario de Ciencias sociales*, de Conrad, 1.ª edic., tomo V, pág. 231.

creados por su genio, evidentemente no puede decirse lo mismo de los innumerables fabricantes que desde entonces han usado las máquinas de hilar y de vapor.

Es igualmente inexacto considerar á los trabajadores ocupados en la producción, como los únicos impulsores del progreso industrial. La sociedad toda, como una unidad cultural, produce el plus-producto que han de apropiarse los poderosos. Este plus-producto es en la misma medida, creación del trabajo genial de la inteligencia y del trabajo mecánico de sus inmediatos productores (1). Los capitalistas cuentan, en este trabajo creador, todavía menos que en un segundo trabajo: el de utilizar sus frutos como dones espontáneos de la Naturaleza, sin aportar el menor esfuerzo.

Mientras la teoría de la productividad ignora la dependencia del provecho de la cuantía del salario, es tan unilateral y extraviada como su opuesta, la de la plusvalía de Marx, la cual no atiende á los adelantos de la técnica como fuente fructífera de aumento del provecho. Cada aumento de la productividad del trabajo produce la tendencia de elevar tanto la cuota del provecho, como el salario. Una teoría exacta del provecho debe reconocer igualmente la influencia de ambos momentos, el económico (nivel de la productividad del trabajo), y el social (la distribución de los rendimientos de la producción entre capitalistas y obreros).

La teoría del provecho aquí desarrollada coincide, por su contenido social, en los puntos esenciales, con la teoría de la explotación de Rodbertus-Marx. Su fundamento económico es, sin embargo, otro; se ve libre de toda re-

(1) Véase Kulischer, *Historia del desarrollo del interés del capital*, *Anuario de Eco. Pol. y Estadística*, de Conrad, 3.ª serie, pág. 25.

lación con la teoría absoluta del valor del trabajo, punto de partida de la teoría del provecho de estos dos grandes socialistas mentados. Con lo que se prueba que esta teoría del valor, contraria á los fenómenos reales del mismo, es totalmente superflua como base de la teoría de la explotación. Sólo puede servir de extravío, como hemos visto en el ejemplo de la teoría marxista de la plus-valía, la que hay que rechazar como teoría del provecho.

Además, una teoría exacta de la distribución del beneficio social, nunca puede ser mera consecuencia de la teoría del valor. Así lo ha visto Ricardo cuando escribe, en una de sus cartas á Mac-Culloch, la importante regla métodológica que sigue: "finalmente, todos los grandes problemas sobre renta de la tierra, salario y provecho, tienen que ser explicadas por las proporciones en que se distribuye el producto total entre propietarios, capitalistas y trabajadores, las que no están en relación necesaria con la doctrina del valor„ (1).

El entusiasmo de muchos socialistas por la teoría del valor del trabajo descansa en una mala inteligencia; las justas pretensiones de la clase obrera no necesitan fundarse en esta teoría. Como teoría del valor es equivocada y debe ceder puesto á la teoría de la utilidad límite; como teoría de la productividad exclusiva del trabajo humano ha de ser sustituída por la teoría de los costos absolutos del trabajo, desarrollada aquí. La explotación continua siendo para las nuevas doctrinas el fundamento del beneficio del capitalista, y con esto se mantiene la crítica socialista del orden económico reinante.

(1) *Cartas de D. Ricardo á J. Ramsay Mac-Culloch*, ed. inglesa, 1895, pág. 72.

SECCIÓN TERCERA

LA DESCOMPOSICIÓN DEL ORDEN ECONÓMICO CAPITALISTA

CAPITULO IX

LA DESCOMPOSICIÓN DEL ORDEN ECONÓMICO CAPITALISTA

La evolución económica y el socialismo.—I. *Teoría de la falta de mercado para la industria capitalista:* Manifestaciones de Engels y Marx sobre el problema.—El punto de vista de los modernos marxistas y de la economía "burguesa".—Clasificación de los sistemas económicos.—Economía antagónica y economía armónica.—La paradoja fundamental de la economía capitalista y de todas las antagónicas.—II. *Consideraciones finales:* La descomposición del capitalismo no es una necesidad económica.—La contradicción del capitalismo con la concepción reinante del derecho.—La necesidad del orden social socialista.

Según la concepción materialista de la historia toda la evolución social está determinada por la evolución económica. No es la conciencia humana la que despierta revoluciones sociales, sino los obstáculos de la vida material, los conflictos entre las fuerzas sociales productivas y las relaciones de la producción. Para mostrar la necesidad de la descomposición de la economía capitalista y lo inevitable de su transformación en una socialista, es, ante todo, preciso una prueba concluyente de la imposibilidad económica de que el capitalismo persista después de un momento determinado. Una vez probada esta imposibilidad, lo está también la necesidad de la transformación del capitalismo en su contrario y, con ello, el socialismo sale

del reino de la utopía para ascender feliz al de la ciencia.

Tal era el proceso del pensamiento de Marx y Engels, al pretender fundamentar, sobre sus concepciones filosófico-históricas, sus convicciones socialistas. Lo principal era para ellos poner en claro la pura imposibilidad económica de la permanencia del capitalismo.

Es natural, por consiguiente, que Marx y Engels hiciesen muchos ensayos para conseguirlo. Desgranando el germen teórico de los numerosos estudios de Marx y Engels sobre el asunto, llegan á encontrarse, no una, sino dos construcciones que están en cierta dependencia mutua, y que poseen, también, elementos personales, que no pueden ser considerados como pertenecientes á un todo inseparable. Una de estas construcciones podríamos llamarla teoría de la falta de mercado para la producción capitalista y, la otra, teoría de la cuota decreciente del provecho.

I

La primera fué ya claramente expuesta y fundamentada por Engels en alguna de sus primeras publicaciones, especialmente en uno de sus discursos de Elberfeld (1845), publicado en el *Anuario Renano*, y también en su escrito "La ley inglesa de las diez horas„ (*Nueva Revista Renana*, 1850).

En el discurso de Elberfeld se propone Engels el tema "para probar que el comunismo, si no es para Alemania una necesidad histórica, lo es económica„. La prueba está desarrollada de este modo. Alemania tiene que elegir entre libre cambio y proteccionismo. Si prefiere el primero la industria alemana será arruinada por la inglesa, y las

masas de obreros sin trabajo provocarán la revolución social. Si se decide, en cambio, por el proteccionismo, el rápido desarrollo de la industria alemana será la consecuencia; en tal medida, que el mercado interior será pronto insuficiente para la ascendente suma de productos industriales y Alemania se verá obligada á buscar un mercado exterior para su industria, lo que conducirá á una lucha á vida ó muerte entre la industria alemana y la inglesa.

"Cada industria tiene que progresar, para no quedar pospuesta y perecer; tiene que conquistar nuevos mercados y aumentarlos, continuamente, mediante nuevos establecimientos, para poder predominar. Pero, como desde la apertura de China ningún nuevo mercado puede conquistarse, sino solamente explotar mejor los existentes, de aquí que, por consiguiente, la expansión de la industria en lo futuro tenga que ser más lenta que hasta ahora, é Inglaterra tolerará aún menos que nunca una concurrencia„. Esta lucha á muerte de las industrias alemana é inglesa puede sólo tener una conclusión, la ruina del concurrente más débil. Mas si el capitalismo llega á desplomarse en un país, el proletariado de los restantes obtendrá con ello un considerable refuerzo.

La argumentación toda le parece á Engels, en alto grado, concluyente. "Con la seguridad—añade—, que de premisas matemáticas dadas puede desarrollarse una derivada; con la misma se puede deducir de las relaciones económicas existentes, y de los principios de la economía, el advenimiento de una revolución social„ (1).

(1) *Escritos completos de Marx y Engels*, tomo II, 1902, páginas 393-99.

Tales afirmaciones fueron desarrolladas por Engels, también en sus escritos posteriores (del año 1850), aplicándolas entonces á Inglaterra. Forma la esencia de su argumentación el principio de que "la industria, en su evolución actual, debido al incremento de las fuerzas productivas, puede aumentar sus mercancías incomparablemente más de prisa que sus mercados„. Así llega Engels á la conclusión de que "la industria inglesa, cuyos medios de producción poseen una fuerza de expansión muy superior á sus salidas, se encontrará, con paso muy rápido, en el momento en que sus medios auxiliares se agoten„, en el que se haga crónica su superproducción, y "toda la sociedad moderna, ante la superabundancia de fuerzas vitales inaplicables por un lado, y de completa extenuación en otro, vea llegada su ruina„ (1), si no fuese la revolución social la fuerza que sacase á la Humanidad del laberinto capitalista.

La misma teoría de la falta de mercado para los productos de la industria capitalista, tan expansiva, forma la base teórica de las manifestaciones sobre la necesidad de la descomposición del orden económico capitalista en otros escritos de Engels y Marx, como el *Manifiesto comunista*, y en la polémica de Engels contra Dühring. En el *Manifiesto comunista* se lee que "las relaciones burguesas han llegado á ser insuficientes para contener toda la riqueza social producidas por ellas. ¿Cómo vence la burguesía sus crisis? De un lado mediante la forzosa anulación de una buena parte de fuerzas productivas; después, con la conquista de nuevos mercados, é intensificando la explotación de los existentes. ¿A qué se reducen

(1) *Escritos completos de Marx y Engels*, tomo III, páginas 389-94.

estos medios? A preparar crisis más generales y poderosas, y á disminuir los medios que las previenen. Las armas con que la burguesía dominó al feudalismo, se dirigen ahora contra la burguesía misma„ (1).

En su escrito contra Dühring alude Engels á la necesidad de "extenderse, de la industria capitalista, que se burla de toda presión. La presión la forman el consumo, la venta, los mercados, en los productos de la gran industria. Pero la capacidad de expansión de los mercados, extensiva como intensiva, está dominada, desde luego, por otras varias leyes de una eficacia mucho menos enérgica. La extensión de los mercados no puede marchar á la par con la de la producción. La colisión se hace inevitable, y puesto que ella no aporta solución alguna, mientras subsista la producción capitalista, se repetirá periódicamente„ (2). El recorrido de la industria capitalista es una espiral que va cerrándose y que tiene que terminar con la superproducción crónica y la imposibilidad de un ulterior desarrollo de la industria capitalista, esto es, con la revolución social.

En el tomo III de *El Capital*, expone Marx que, con la producción inmediata, sólo se lleva á cabo el primer acto del proceso económico capitalista. Falta el segundo y más difícil, la realización, la valoración del producto obtenido. Las leyes de la producción capitalista y las de la realización no sólo no son idénticas, sino que están en antagonismo. La producción capitalista está limitada por la fuerza productiva de la sociedad; la realización, por "la

(1) *Eugenio Dühring ó la revolución de la ciencia*, 3.ª edición alemana, 1894, pág. 296.
(2) Idem, id., id.

proporcionalidad de las diferentes ramas de la producción, y por la fuerza consumidora de la sociedad. Esta última, no está determinada por la fuerza productiva absoluta; ni tampoco por la fuerza absoluta de consumo, si no mediante la fuerza de consumo, fundada en las relaciones antagónicas de la distribución, que fijan el consumo de la gran masa popular en un mínimum, alterable tan sólo dentro de límites reducidos. Además, se ve limitado por la tendencia á la acumulación y al aumento del capital„. El interior antagonismo, nacido de este modo, "busca compensarse con la expansión del campo externo de la producción. Cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, mayor es el conflicto que se produce con la estrecha base que sustenta las relaciones del consumo„.

Como resultado final del análisis marxista de las condiciones de la realización del producto capitalista, afirma su autor que "los verdaderos límites de la producción capitalista los forma el mismo capital„, esto es, "que la producción es sólo producción para el capital, y no á la inversa; y los medios de producción son precisamente medios dedicados á una continua ampliación de la estructura del proceso vital para la sociedad de los productores„. Los límites de la producción capitalista (la limitada fuerza expansiva del mercado para la industria capitalista) están constantemente en pugna con la necesidad de expansión del capital. "El medio —desarrollo incondicionado de las fuerzas productivas sociales—, está en permanente conflicto con el limitado fin, la valoración del capital existente„ (1).

La teoría que informa todas estas afirmaciones, puede

(1) *El Capital*, tomo IV, páginas 225-32.

resumirse de este modo. La esfera del mercado para la producción capitalista está determida por la capacidad del consumo social; si aumenta la masa de productos más rápidamente que el consumo social, una parte de los productos obtenidos no puede enajenarse, y una parte del capital queda sin valoración. La superproducción comienza y el capital permanece inactivo. El desarrollo de la producción capitalista hace que esta situación sea cada vez más duradera, puesto que el consumo social, frente á aquel desarrollo, sólo experimenta un aumento muy reducido, mientras crece la rapidez con que la producción asciende. Tiene que llegar, pues, un día en que la superproducción se haga crónica, y el orden económico capitalista, en virtud de la imposibilidad de una valoración continuada del capital, acumulado siempre sin cesar, llegará á su ruina.

Estas ideas son hasta hoy las reinantes en el pensamiento socialista. Carlos Kautsky, está tan firmemente convencido como su maestro, de que la economía capitalista camina hacia una superproducción crónica que él titula "situación de fuerza, que cuando llegue, inevitablemente, traerá consigo el socialismo„. —"A tals ituación se llegará—añade Kautsky—, de continuar la evolución económica en el mismo sentido que hasta aquí, pues el mercado interior, como el exterior, tienen sus límites, mientras que la expansión de la producción es de hecho ilimitada..... La producción capitalista se hace imposible, en el momento histórico en que se establece que el mercado no puede ampliarse á compás de la producción; esto es, tan pronto como la superproducción se haga crónica. Y este momento no ha de hacerse esperar. La superproducción crónica, incurable, forma "el úl—

timo límite en la capacidad vital de nuestra actual sociedad„ (1).

También Cunow cree en lo inevitable de la ruina capitalista á consecuencia de la falta de mercados de venta. Para él, es sólo cuestionable, "cuánto ha de durar todavía la producción capitalista en cada pais, y en qué circunstancias ha de tener lugar la descomposición..... Ahora aquí, allí después, verá una industria reducirse su exportación, de la que depende su existencia, hasta que probablemente comience un estado general de decadencia económica, semejante al que con mucha menor fuerza ha entrado en algunas ramas de nuestra agricultura, el que sólo puede tener un final: la desaparición del sistema económico existente (2).

Por lo demás, es muy natural la fidelidad con que Kautsky y Cunow conservan las doctrinas de sus maestros. Más interesante es que el notable teórico de los "revisionistas„—K. Schmidt—crea, tan firmemente como Kautsky, en la posibilidad de una superproducción crónica, motivada por la poca capacidad expansiva del mercado capitalista. En su artículo sobre mi libro *Las crísis comerciales en Inglaterra*, dice Schmidt, entre otras cosas, la siguiente: "Si la opinión, representada por Tugan-Baranowsky de que toda superproducción, exclusivamente, proviene de las desproporcionadas inversiones del nuevo capital puesto en curso, fuese cierta, no podría tampoco prescindirse de ver por qué el capitalismo, mediante su evolución, como Marx y los marxistas aceptan, se cava su propia fosa. Si la miseria de las crisis procediese sólo

(1) *Bernstein y el programa socialista*, páginas 142-45.
(2) Cunow, "La teoría de la catástrofe„, *Nuevo Tiempo*, XVII, tomo I, páginas 427 y 428.

de la falta de proporcionalidad, no se agudizarían progresivamente con el incremento del capitalismo, hasta conmover toda la base del sistema económico reinante. Otra cosa acontece cuando la extensión de la producción encuentra un límite, siquiera sea elástico, en la capacidad del consumo. Este es el punto de vista que muestra más palpable y sencilla la concepción, según la cual el desarrollo económico camina con inevitable necesidad hacia una catástrofe económica general„ (1).

Cierto que Schmidt considera tal dirección en el desarrollo del capitalismo, sólo como una tendencia que se cruza con otras opuestas. Mas con todo, es bien claro que Schmidt, en este punto, se apoya sobre la misma base teórica que Kautsky. Los "revisionistas„ y los "ortodoxos„ están de acuerdo en este tema.

También algunos economistas "burgueses„ aceptan la teoría de que la esfera de la producción social está limitada por la del consumo, y que la producción social no es capaz de extenderse más rápidamente que el consumo. Junto á esto, la escuela de Ricardo-Say, no reconoce la posibilidad de una superproducción general, cuando piensa que la acumulación del capital no reduce el consumo social, pues todo el capital invertido se convierte en salarios y pasa, de este modo, al consumo de los trabajadores. El consumo de éstos aumenta, por lo tanto, precisamente, en la misma medida en que el consumo de los capitalistas se reduce, á consecuencia de la acumulación. La escuela Malthus-Sismondi reconoce, por el contrario, la posibilidad de una superproducción general á conse-

(1) "Sobre la teoría de las crisis comerciales y de la superproducción„, *Revista quincenal Socialista*, de Bernstein, 1901, pág. 675.

cuencia de la demasiado rápida acumulación del capital, la cual conduce á un excedente de mercancías producidas, en comparación con la demanda efectiva. Ambas escuelas aceptan como evidente que la esfera de la producción social está determinada por la del consumo y se mueve paralelamente con ésta.

Entre los modernos economistas que han discutido el problema de la acumulación del capital con mayor detenimiento, sobresale Böhm-Bawerk, cuya teoría del capital es considerada por muchos, debido á lo profundo de su análisis, como una obra maestra. Y de hecho ocupa Böhm-Bawerk, por lo penetrante y original de su pensamiento, uno de los primeros puestos entre los modernos teóricos de la Economía. Ha llegado este pensador, después de una laboriosa investigación de las condiciones de la acumulación del capital, á la conclusión de que: "el ingreso de un pueblo, á la larga, es idéntico con los rendimientos de su producción„; y, de acuerdo con esto, otro tratadista, Lexis, afirma que "la suma anual del consumo, la de la producción y la de los ingresos primarios, han de ser consideradas como cantidades que cuantivamente tienen casi que coincidir„ (1).

Parece, por consiguiente, que la necesaria conformidad entre la producción y consumo sociales, pertenece á aquellas afirmaciones aceptadas como generales en la ciencia económica contemporánea. Se discute que el capitalismo conduzca á la limitación del consumo general, pero, parece indiscutible que, cuando este caso llega, la producción social no puede ya extenderse sin provocar una superproducción.

---

(1) Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital*, pág. 123.

Teniendo presente la calidad y el número de las autoridades económicas favorables á la mentada teoría, es, tal vez, una empresa arriesgada, pretender demostrar que esta teoría es fundamentalmente falsa. No otro ha de ser, sin embargo, el tema de cuanto sigue.

No es difícil comprender qué es lo que ha movido, á economistas pertenecientes á distinta y aun opuesta dirección, al unánime reconocimiento de la teoría que criticamos. El asunto parece demasiado sencillo para que pudiera dar lugar á discusión. La actividad económica no puede tener otro fin que la satisfacción de las necesidades humanas. La producción social es una actividad económica, y nada vale, cuando no sirve para cubrir, con medios de consumo, las necesidades económicas. El consumo, fin de la producción, aun necesitando para ser logrado de gran rodeo, es, en todo caso, el único fin posible de la producción.

"¿No es toda necesidad de producción, por su naturaleza, relativa; esto es, no cuenta en ella el capitalista con vender las mercancías obtenidas mediante los medios de producción; mientras que la demanda de consumo aparece como definitiva y absoluta, ya que en ella, como el nombre lo indica, el consumidor no piensa en venta alguna ulterior de las mercancías compradas?„

"Sólo sobre esta base, y en estrecha relación con esta demanda definitiva, puede desarrollarse la relativa, de medios de producción. La demanda de medios de producción es, por lo pronto, demanda de primeras materias y auxiliares y máquinas, en las ramas que producen los artículos que han de satisfacer el consumo„. Por lo tanto, parece indudable que "la demanda de consumo ó definiva, es la fuerza motriz que, corriendo todas las esferas de la

economía, pone en marcha el inmenso mecanismo de la producción„ (1).

Esto asegura Schmidt. Los argumentos de Kautsky no parecen menos convincentes. "La producción es y será, para el consumo humano„. Cierto que la división del trabajo ha conseguido dar autonomía á la producción de instrumentos para el trabajo, dando lugar al nacimiento de talleres para la producción exclusiva de herramientas, primeras materias, etc., pero, sin embargo, "todos ellos sólo sirven al último fin, la producción de medios para el consumo humano, y se paralizan tan pronto como este último fin no basta para conservar su actividad„. "Producir—termina diciendo—, es aportar artículos de consumo para uso del hombre. Este fenómeno puede velarlo la división del trabajo, pero no limitarlo ni suprimirlo„ (2).

Sería altamente absurdo pensar que el capital acumulado pudiera ser utilizado durante una disminución absoluta ó relativa del consumo social; el asunto no requiere ningún detenido examen, pues el concepto lógico de la producción lo resuelve de modo definitivo.

Ahora que á mí no me parece concluyente esta argumentación. Por lo pronto, tengo que protestar decididamente contra la concepción antihistórica de la economía, como una categoría no histórica, sino lógica. Es muy equivocado hablar de la economía en general, como si fuese la misma en todas sus modalidades históricas. Hay economía y economía; desde el punto de vista que nos interesa debemos distinguir dos grupos de sistemas eco-

(1) Schmidt, "Teoría de la superproducción„, *Revista quincenal Socialista*, de Bernstein, 1901, pág. 673.

(2) Kautsky, "Teorías de crisis„, 4, *Nuevo Tiempo*, 1902, páginas 117-18.

nómicos. El primero, cuya característica es la coincidencia en una misma persona, del sujeto de la economía y el trabajador económico; lo que llamaré economía armónica. Entre los distintos sistemas económicos que comprende este grupo, están:

1.° La propia producción, para el consumo del productor mismo.

2.° La economía de cambio entre pequeños productores independientes que descansa en la división social del trabajo; y

3.° La producción socialista del porvenir en la que la dirección de la producción pertenecerá á la totalidad de los productores.

Es esencial en todos estos sistemas económicos que los inmediatos productores disponen de los medios de producción y regulan la marcha de la misma; esto es, la clase de artículos que han de producirse. Llamo armónicos á estos sistemas, porque no presuponen como necesaria una oposición de intereses entre las personas que la integran, lo que en el segundo grupo es inevitable.

A este segundo grupo le llamo de economías antagónicas. Su rasgo característico consiste en que en estos sistemas económicos el sujeto económico y el trabajador no coinciden en una persona. El trabajador está incluido en una economía extraña á él, cuyo sujeto es otra persona que no participa en el trabajo económico; los medios de producción no pertenecen al trabajador, sino al sujeto económico, que determina y dirige la marcha de la producción. Dentro del grupo están:

1.° La economía de esclavos;

2.° la feudal, y

3.° el sistema económico capitalista.

Son antagónicas, por formar su esencia la oposición de intereses. Todas ellas presuponen la preexistencia de dos grupos sociales distintos, por lo menos, uno de los cuales posee la fuerza de hacer del otro un simple medio económico. Pero como este último es también fin en sí mismo, la oposición de intereses estalla inevitablemente.

Es claro que la actividad económica, en la economía armónica, no puede servir á otro fin que satisfacer las necesidades de la sociedad. No así en la economía antagónica. En el proceso económico toman parte, por lo menos, dos personas, cuya función económica es muy distinta. La una es sujeto económico y determina la dirección objetiva del proceso todo. Se encuentra en la misma posición que toda persona en la economía armónica. Pero, además de esta persona—el señor de los esclavos, y el feudal, como los capitalistas—, participa también en la economía, como simple medio de producción, el trabajador que aporta su trabajo. Su papel es bien distinto al del primero. Es una pieza del mecanismo económico que no sirve á su fin, sino al de otra persona. En una palabra, el trabajador no es el sujeto, sino el objeto de esta economía, como los animales, las herramientas y las primeras materias.

Esto, por ejemplo, ocurre cuando de los esclavos se trata. Si el esclavo continúa siendo fin en sí mismo, no ejercita, sin embargo, influencia alguna en la dirección objetiva del proceso económico, determinado exclusivamente por su señor. Para el señor—y, por consiguiente, para la economía de esclavos—, no hay distinción entre el consumo de los esclavos y el llamado consumo productivo—el de medios de producción—dentro del proceso de la misma. La economía de esclavos depende tan sólo del

consumo de los mismos, en cuanto éste es un momento necesario de la producción.

El señor tiene que alimentar sus esclavos y, siendo previsor, ha de mantenerlos bien, como á bestias de carga, por la razón conocida de que la buena alimentación aumenta la fuerza de trabajo del hombre, como de la bestia.

La cualidad económica de los esclavos, como simples medios económicos, se manifiesta terminantemente, observando que el esclavo puede ser sustituído por otro medio de producción, sin que el fin superior de esta economía sufra alteración alguna. "El primitivo arado peruano no era más que una viga con un reborde en el extremo inferior, viga que arrastraban sobre el campo, de seis á ocho hombres„ (1). El dueño de los esclavos puede un día pensar que los caballos cumplirían esta misión con mayor eficacia y aquel día sustituiría con caballos sus esclavos. Después, en una parte de sus campos cultivará, en vez de centeno, avena para dar de comer á los caballos. Ello más que empobrecer al señor le enriquecerá, pues el cultivo de sus campos dará mayor rendimiento y los provechos sobrantes que estén á su disposición constituirán una mayor cantidad de medios de consumo. Obtendrá, por consiguiente, un aumento de su consumo propio y, al mismo tiempo, una disminución del de los hombres que le sirven de medios de producción. Esta última disminución, puede ser tan considerable que la suma total del consumo humano de esta economía—esto es, el consumo del señor y de los esclavos, juntamente—experimente una absoluta mengua. La economía cumplirá su fin objetivo—sa-

(1) Lippert, *Historia de la civilización*, 1885, tomo I, pág. 52.

tisfacción de las necesidades de su sujeto, el señor —, tan bien ó mejor, con la ayuda de otro medio de producción que la fuerza humana. La cantidad del producto obtenido aumentará; la parte correspondiente al capital en la economía capitalista, será productivamente consumida, sin dejar restos (en otra forma; por caballos, en lugar de hombres) y la cantidad de plus-producto crecerá, igualmente. Sólo el consumo de los hombres, en su totalidad, disminuirá, lo que en ningún modo perturbará el equilibrio de la economía de esclavos.

Pasemos ahora á la economía capitalista. Kautsky no tiene nada que replicar contra mis esquemas sobre la acumulación del capital (que, además, fueron construídos sobre Marx) incluídos en mi trabajo acerca de las crisis; pero ellos prueban, según mi crítico, algo totalmente distinto de lo que yo deduzco de ellos. "Los esquemas de Tugan—dice—muestran tan sólo un caso en que puede darse, sin crisis, un descenso en el consumo: en el paso de la producción sencilla á la complicada. De este único caso hace Tugan el tipo de la realidad capitalista—cuando, por el contrario, es uno que en la realidad no se da casi nunca (1)".

En mi opinión, sin embargo, esto que Kautsky llama caso único y extraño á la realidad, forma una ley inmanente de la evolución capitalista. Examinaré el caso más desfavorable para mi teoría, á saber: la acumulación del capital acompañada de un permanente y considerable descenso de los salarios y sin aumento alguno del consumo de los capitalistas. En el siguiente esquema establezco que el salario disminuye su valor cada año en un 25 por 100, y el

(1) "Teorías de las crisis", 4, *Nuevo Tiempo*, 1901, pág. 116.

valor del consumo de los capitalistas, á pesar del aumento del provecho, conserva una cuantía inalterable. Según mi hipótesis, $\frac{1}{4}$ del provecho total, será acumulado por los capitalistas en el primer año (esto es, empleado en un aumento de la producción), los restantes $\frac{3}{4}$ serán consumidos improductivamente; en los años siguientes no experimentará el consumo improductivo de los capitalistas ningún cambio en su valor absoluto—de manera que se acumulará cada vez una parte mayor del provecho.

Reproducción del capital social en su mayor escala acompañada de un descenso de los salarios é inmovilidad del consumo improductivo de los capitalistas (1).

EL PRIMER AÑO

I. Producción de medios productivos.

$$1.632\ mp + 544\ s + 544\ p = 2.720.$$

(1) Para el primer año se supone, que en todos los grupos de la producción social el capital fijo—medios de producción (*mp*)—, es, por su valor, triple que el capital de salarios—suma de los mismos (*s*)—, y el provecho (*p*), es igual al capital de salarios. En el segundo año varían todas estas relaciones debido á que lo invertido en salarios baja en un 25 por 100 y el provecho aumenta, en correspondencia. Así vemos que en el segundo año, el capital de salarios en la producción de artículos para los capitalistas, cuyo valor total no se ha alterado, no importa 120 (como en el primer año), sino 90 tan sólo (ha bajado, pues, en 30 unidades, ó sea en un 25 por 100); el provecho, en cambio, ha aumentado un número igual de unidades y asciende así á 150. El valor del capital fijo en la producción de medios de consumo para los capitalistas permanece inalterable. En el tercer año, el salario ha bajado de nuevo, en el tercer grupo de la producción social, en un 25 por 100, es decir, 22,5 unidades; las mismas que ha ganado el provecho; el valor del capital fijo continúa inalterable.

II. Producción de artículos de consumo para los obreros.

$$408\,mp + 136\,s + 136\,p = 680.$$

III. Producción de artículos de consumo de los capitalistas.

$$360\,mp + 120\,s + 120\,p = 600.$$

SEGUNDO AÑO

I. Producción de medios productivos.

$$1.987{,}4\,mp + 496{,}8\,s + 828{,}1\,p = 3.312{,}3.$$

II. Producción de artículos de consumo de los obreros.

$$372{,}6\,mp + 93{,}2\,s + 155{,}2\,p = 621.$$

III. Producción de artículos de consumo de los capitalistas.

$$360\,mp + 90\,s + 150\,p = 600.$$

TERCER AÑO

I. Producción de medios productivos.

$$2.285{,}4\,mp + 484{,}6\,s + 1.239\,p = 4.309.$$

II. Producción de articulos de consumo de los obreros.

$$366{,}9\,mp + 68{,}9\,s + 175{,}5\,p = 611{,}3.$$

III. Producción de articulos de consumo de los capitalistas.

$$360\,mp + 67{,}5\,s + 172{,}5\,p = 600.$$

Este esquema debe poner de manifiesto de qué manera tiene que repartirse la producción social, á fin

de que, á pesar del descenso del consumo social y la más rápida expansión de la producción social, no quede ningún producto excedente ó sin vender. El provecho obtenido en el primer año importa 800 millones de marcos (544 + 136 + 120). Un 25 por 100 de este provecho ha de ser capitalizado, conforme con la hipótesis sentada. Por consiguiente, quedan sobrantes para el consumo del capitalista, en el segundo año, 600 millones de marcos. La misma suma importa el consumo de los capitalistas en el año siguiente.

Al final del primer año se obtendrán 2.720 millones de marcos, en medios de producción. Los mismos que serán consumidos en el segundo año mediante la ampliación de la producción, porque exige, en medios de producción, la suma de (1.987,4 + 372,6 + 360) 2.720 millones. Los artículos de consumo para obreros, obtenidos en el primer año, importarán 680 millones; de la misma cuantía es el capital de salarios (es decir, la demanda por los trabajadores de medios de consumo) en el segundo año (496,8 + 93,2 + 90). Los medios de consumo de los capitalistas producidos en el primer año, 600 millones de marcos, serán consumidos en el segundo. De modo que la suma del producto social del primer año, será consumido, sin dejar residuo, por la producción y el consumo del segundo.

El capital de salarios del primer año es de (544 + 136 + 120) 800 millones de marcos; el del segundo, de 680 millones. El consumo de los trabajadores ha descendido, por consecuencia, en 120 millones, ó sea un 15 por 100; el de los capitalistas continúa inalterable. El producto social total del primer año es de (2.720 + 680 + 600) 4.000 millones, el del segundo de (3.312,3 + 621 + 600)

4.533,3 millones. El valor del producto obtenido ha aumentado, por consecuencia, en un 13 por 100.

El aumento de la producción social corresponde al descenso del consumo social; la oferta y la demanda de productos continúan, sin embargo, en perfecto equilibrio (1).

En el tercer año decrece el capital de salarios á (484,6 + 68,9 + 67,5) 621 millones, en el cuarto á 611,3 millones, etc., mientras que el valor del consumo de los capi-

(1) Puede parecer que el equilibrio entre oferta y demanda no se logra en mi esquema. En el primer año se obtienen 2.720 millones de marcos de medios de producción, y para la producción de los mismos en el segundo, es necesaria la suma de 1.987,4 millones. De modo que en el cambio con los demás productos de los grupos II y III quedará la diferencia, ó sea: 2.720 — 1.987,4 = 732,6 millones. Simultáneamente, en el segundo año, en el mismo primer grupo de la producción social, aumentará la demanda de productos de los grupos II y III á 904,8 millones de marcos (496,8 millones de artículos de consumo de los trabajadores del primer grupo y 408 millones de artículos de consumo de los capitalistas en el mismo, puesto que éstos, según nuestra hipótesis, consumen $^3/_4$ de su provecho del primer año [544 millones de pesetas]). De manera que en los capitalistas y trabajadores del primer grupo, la compra excederá á la venta en 172,2 millones (904,8 — 732,6 = 172,2). ¿Cómo ha de cubrirse, pues, este déficit?

La dificultad es tan sólo aparente. El descenso de los salarios y el estacionamiento del consumo de los capitalistas tienen como consecuencia, que los capitales invertidos en la producción de los dos últimos grupos sufre una disminución que pasa al primer grupo, que aumenta considerablemente. Así, en el segundo año, el capital fijo y de salarios del segundo grupo es 78,2 millones menor que en el primer año, y el del tercer grupo, en el segundo año, menor en 30 millones; además los capitalistas del II y III grupo colocarán el provecho capitalizado del primer año, cuyo importe asciende en el segundo grupo á 34 millones y á 30 millones en el tercero, en el primer grupo de la producción social. La suma (78,2 + 30 + 34 + 30) da un total igual á 172,2, esto es, el déficit aparente del primer grupo queda cubierto con los capitales que ingresan de los otros dos.

talistas permanece inalterable y el valor del producto social total aumenta cada vez más veloz. El descenso constante del consumo social, junto á la expansión permanente de la producción social no es capaz de provocar la más ligera perturbación en el proceso de valoración del capital.

Por consiguiente, á pesar del considerable descenso de los salarios presupuesto, que nunca tiene tanto alcance en la realidad; á pesar de la disminución absoluta del consumo social, el capital no encuentra dificultad alguna para valorar una suma de producto cada vez mayor. La ampliación de la producción, es decir, el consumo productivo de medios de producción, entra en el lugar del consumo humano y todo continúa igual, como si la economía no sirviese á los hombres, sino el hombre á la economía.

Esta es precisamente la paradoja fundamental de la economía capitalista (como en general de todas las antagónicas): puesto que una parte de la sociedad constituye el sujeto económico, mientras que la otra, mucho mayor, es objeto de la misma; se hace posible dar á la economía social una dirección, que hace del medio de satisfacción de las necesidades humanas un medio de expansión de la producción á costa de aquéllas, con lo que se frustra el fin justo de toda economía. Esto no es mi "osada paradoja„, como Kautsky lo llama, sino una ley económica fundada en la esencia de la economía capitalista.

Vemos, pues, que ni junto á un descenso absoluto tan considerable del consumo social se descompone la economía capitalista. La ruina necesaria del orden económico capitalista debido á la falta de mercado, firme creencia no sólo de los marxistas "ortodoxos„, sino, al parecer, de algunos "revisionistas„ también, queda demostrado, con

el precedente análisis, que es una quimera. La envoltura capitalista de la sociedad moderna no se descompone, ni en las condiciones actuales que hacen imposible todo fin racional de la misma.

Para mostrar la total inconsistencia de la doctrina marxista he analizado el caso que parece más favorable para ella. Con esto no pretendo decir, naturalmente, que la condición establecida por mí, el descenso de los salarios, corresponda á la realidad capitalista. Más bien soy de los que creen que la más reciente fase de la evolución capitalista está caracterizada por una subida considerable de los mismos. Pudiera, por lo dicho, pensarse que mi análisis ha refutado la teoría marxista, pero sin contribuir gran cosa á la comprensión de la realidad capitalista.

Sin embargo, no es así. La disminución relativa del consumo social, á pesar del aumento absoluto de los salarios, constituye la ley fundamental de la evolución capitalista. Hasta aquí he prescindido del momento más importante de la acumulación capitalista, tal y como se efectúa en realidad; esto es, de la relativa sustitución de las fuerzas humanas por los medios de producción. El progreso técnico consiste, precisamente, en la entrada en la producción de herramientas muertas, máquinas y otros medios de producción, en el lugar que ocupaba el trabajador. Cierto que crece el número absoluto de obreros, pero en mucho mayor grado aumenta la suma y el valor de los medios de producción puestos en movimiento y elaborados por el trabajador. La composición del capital social—para hablar con la terminología de Marx—es cada vez más elevada. La consecuencia de ello es que cada vez corresponda al consumo social una cuota menor del producto. El producto que no se consume socialmente—hierro, carbón, máquinas, etc.—, crece más rápidamente que los artículos de consumo—alimentos, vestidos, etc.—Tiene lugar, por consiguiente, una disminución relativa del consumo social; el valor de los medios de consumo disminuye en relación con los de producción (aun creciendo absolutamente).

También se manifiesta el progreso técnico de la economía armónica, en el relativo incremento de la importancia de los medios de producción en el proceso productivo. Pero la diferencia consiste en que en la economía armónica los medios de producción no pueden concurrir nunca con el hombre; el consumo de hierro, carbón, etc., nunca puede tener lugar á costa de pan, carne, etc.

En la economía capitalista maneja la clase capitalista, en medios de producción, una parte mucho más considerable de la que sería posible en la economía armónica. En la economía socialista el consumo social tiene que ser el único fin posible de la producción, con lo que la expansión productiva á costa del consumo, es absolutamente irrealizable. Pero en la economía capitalista los progresos de la técnica de la producción tienen la tendencia de sustituir, relativamente, el consumo humano por el consumo de medios productivos.

¿No puede esto conducir á la formación de un producto sobrante que no pueda venderse? No creo que, después de todo lo dicho, pueda presentarse esta pregunta. Es evidente que ninguna dificultad ofrecería construir un nuevo esquema, unido al anterior, para demostrar que la máxima sustitución imaginable de obreros, por medios de producción, no es capaz de dejar sobrante, ni una sola unidad de valor de los últimos. Si desapareciesen todos los obreros menos uno, éste solo pondría en movimiento la

inmensa cantidad de máquinas y con su ayuda elaboraría nuevas máquinas y artículos de consumo para los capitalistas. La desaparición de la clase obrera no perturbaría lo más mínimo, el proceso de valoración del capital. Los capitalistas no verían reducida la cantidad de sus artículos de consumo, y el producto total obtenido en un año sería utilizado y consumido en el siguiente por la producción y consumo de los capitalistas mismos. Tampoco constituiría dificultad alguna que los capitalistas quisieran reducir su propio consumo; en este caso, la producción de sus medios de consumo se limitaría, obteniéndose en cambio una parte aún mayor de medios de producción, que servirían para una extensión cada vez mayor de la misma. Así, por ejemplo, se produciría hierro y carbón que servirían para aumentar, más cada vez, la producción de carbón y de hierro. La producción de este modo ampliada de carbón y de hierro consumiría la suma creciente de productos obtenidos en el año anterior, y así hasta el infinito, es decir, hasta que se agotasen las existencias de los minerales necesarios.

Todo esto parece muy extraño y hasta se juzgará un inmenso contrasentido. Tal vez; pero la verdad no es siempre fácil de comprender, sin que deje de ser verdad por eso. No designo como verdad, naturalmente, la hipótesis, arbitraria y completamente ajena á la realidad, de que la sustitución del trabajo manual por la maquinaria conduzca á una forzosa disminución absoluta del número de trabajadores (esta hipótesis sólo me ha servido para mostrar que, aun llevada hasta el absurdo, mi teoría no se alteraba), sino la afirmación de que en una distribución proporcional de la producción, ningún descenso del consumo social es capaz de hacer que aparezca un sobrante

de productos (1). Llamo ley fundamental de la evolución capitalista á la disminución continua que experimenta, dentro de la producción social, la cuota del consumo, sin tener un límite determinado. El descenso relativo de la demanda de medios de consumo no perturba el proceso de valoración del capital, y en ningún caso puede determinar la descomposición del orden económico capitalista y su transformación en un mundo socialista.

La teoría aquí desarrollada del proceso de valoración del capital coincide con los resultados de las investigaciones estadísticas de Werner Sombart, sobre la importancia del mercado interior para la industria capitalista. Es creencia firme, no tan sólo de los marxistas, sino de otros muchos economistas, que la industria capitalista necesita cada vez más del mercado exterior para la valoración de la suma siempre creciente de sus productos, porque el mercado interior no es capaz de utilizarla. Sombart, ha demostrado brillantemente que en un país tan señaladamente capitalista como Alemania, es cierto, precisamente, lo contrario. Se exporta una cuota cada vez menor de productos de una industria, tan rápidamente expansiva, como la alemana, mientras que en el interior del país encuentra mercado provechoso una parte creciente de los mismos. Desde este punto de vista, es muy instructivo observar que el proceso de desarrollo de las diferentes industrias en su adaptación al mercado interior es muy desigual. Así, la exportación de artículos de hierro en el período de 1880-1900, á pesar de la extraordinaria expansión de la industria alemana del hierro, ha descendido de

(1) Si se consigue, y en qué medida, la proporcionalidad de la producción social mediante el capitalismo, es otro problema que he intentado resolver en mi libro sobre las crisis.

un 29,3 á un 7,8 por 100, de la producción total respectiva alemana; la de carbón mineral, de un 11 á un 7,3 por 100 (1). Menos considerable es la disminución de la cuota de exportación en la industria textil. Según esto, el mercado interior alemán se extiende más rápidamente en relación al hierro y al carbón, que no en artículos de tejidos. ¿Por qué? Porque el desarrollo capitalista produce una mayor demanda de medios de producción, pero no tan considerable de medios de consumo.

Por lo demás, es un hecho generalmente conocido, que la evolución capitalista más reciente está caracterizada por una extensión muy rápida de aquellas ramas de la producción, como la industria del hierro, de artículos químicos, maquinarias, etc., cuyos productos no se destinan al consumo humano; mientras permanecen casi estacionadas la agricultura y la industria textil, que sirven, inmediatamente, para el consumo del hombre. Si un día fué la industria del algodón, hoy es la del hierro, la imperante en el mundo capitalista.

Kautsky, entre otros, en su escrito contra Bernstein, lo aduce también. Pero Kautsky no comprende la causa de la enorme expansión de la industria del hierro en nuestro tiempo, y expresa la creencia de que pronto esta industria ha de quedar en la situación actual de la industria textil, que no lleva á cabo casi ningún progreso y, entonces, veríamos acabar el capitalismo. Lo aquí expuesto prueba que ninguna superproducción amenaza á la industria del hierro, y que, en la futura evolución de la economía capitalista, ha de corresponderla siempre la supremacía.

---

(1) Sombart, *La economía nacional alemana en el siglo XIX*, 1903, páginas 430 y 31. Hay una nueva edición de este libro del año 1909.

Conrado Schmidt, distingue dos suertes de demanda: absoluta y relativa. La distinción es exacta, pero equivoca la aplicación que Schmidt hace de ella. Cierto que la demanda capitalista de medios de consumo, para uso individual, tiene otro carácter económico que la de carbón para las máquinas de vapor; la diferencia consiste en que el consumo improductivo de los capitalistas es, sencillamente, una anulación de valores que constituye el momento terminante de la realización del capital, mientras que el consumo productivo del carbón no destruye su valor, y forma un momento intermedio de este proceso. De aquí que podamos designar la primera demanda como definitiva y absoluta, y la segunda como relativa, puesto que la primera representa el fin objetivo de aquella economía, mientras que la segunda es, tan sólo, un medio para este fin.

¿Dentro de cuál de ellas tenemos que contar la demanda del asalariado de objetos para su consumo? Según Schmidt, esta es una demanda absoluta; pero, es bien claro que, ni el consumo del trabajador, ni la combustión del carbón, en el horno de una máquina de vapor, en ningún caso llevan á cabo la realización del capital. Como el obrero su sustento, así consume la máquina el carbón. Si designamos la demanda de carbón como relativa, ha de ocurrir lo mismo con la de alimentos por parte del obrero, ya que el consumo de éste es un medio para la realización del capital, pero no su fin objetivo.

El aparente carácter absoluto de la demanda del obrero de medios para su consumo, es debido á que éstos son comprados por el trabajador mismo, mientras que los medios de producción los compra el capitalista. Desde el punto de vista de la realización del capital, resulta indiferente conocer quién—si el obrero ó el capitalista—apare-

ce como comprador en el mercado. El dinero gastado por el obrero lo recibe éste de los capitalistas. Dentro del salariado natural ó en especie, desaparece también aquella analogía, pues el trabajador, como el ganado, es sustentado á costa del capitalista. No es comprensible, porque hemos de considerar el centeno que el agricultor capitalista da á sus obreros como un objeto de demanda absoluta, y la cebada que pone á sus caballos como un objeto de demanda relativa.

Kautsky nos asegura, que "producir es obtener artículos de consumo para uso del hombre". En cierto sentido esto es exacto. La cuestión está sólo en saber si cada hombre, en todo sistema económico, consume como tal, es decir, como fin de la economía. Ya he indicado anteriormente que esto tan sólo acontece en los sistemas económicos que he llamado armónicos, pero no en los inarmónicos. En una economía socialista es imposible que la economía social vaya dirigida hacia la disminución, y no al aumento de la masa de objetos del consumo humano. Ello es por el contrario posible, y, bajo ciertas condiciones, necesario, dentro de la economía capitalista, pues en ella el sujeto del sistema es el propietario del capital, no siendo el trabajador, hombre desposeído, más que un simple medio de esta economía, una forma del capital social; capital variable, según la terminología marxista.

Marx, censuró siempre á los economistas burgueses que considerasen á la economía capitalista una economía absoluta. Él ha caido, precisamente, en la misma falta. La economía absoluta no puede perseguir ningún otro fin que la satisfacción de las necesidades humanas. La economía capitalista es incompatible, hasta un cierto grado, con este fin. Marx lo comprendió así y de ello dedujo la consecuencia, que la economía capitalista oculta un contrasentido económico irremediable, incompatible con las mismas leyes de realización del capital, lo que imposibilita su existencia, como sistema económico histórico, después de un cierto período. Ahora bien, este contrasentido económico del capitalismo lo encontró Marx, por haber atribuído al sistema económico capitalista—que pertenece al grupo de los antagónicos— los fines de la economía armónica, que es la considerada como economía, en absoluto. Una vez conocido el carácter antagónico de la economía capitalista en todas sus manifestaciones, desaparece este contrasentido descubierto por Marx, pues no dirigiéndose la producción capitalista al aumento del consumo humano, sino al de capital (lo que corresponde con una disminución relativa del consumo humano), no puede encontrarse en contradicción alguna con sus principios, ni con dificultades para la realización de sus productos.

II

La tendencia decreciente de la cuota del provecho constituye, según Marx, otro límite de la producción capitalista. Sobre su base acontecen trastornos numerosos de la economía capitalista. Si no aumenta el número de los trabajadores ocupados en las empresas capitalistas, ó no son capaces los capitalistas mismos de elevar el grado de la explotación, el aumento del capital no puede ir acompañado del de la masa del provecho. En estas condiciones no queda hueco alguno en la producción para nuevos capitales. Pero como la acumulación capitalista no puede

terminar, la existencia de nuevos capitales conduce, ante la imposibilidad de elevar la masa del provecho social, á la paralización de los capitales colocados ya en la producción y á la superproducción absoluta del capital.

La cuota decreciente del provecho pone, por lo tanto, un límite á la producción capitalista; "esta particular lindera atestigua la limitación y el carácter histórico y pasajero de la producción capitalista; atestigua que no es una forma absoluta de producción de riqueza, sino que más bien está en conflicto con toda ulterior duración, en cierto momento de su desarrollo„ (1).

En la primera variante de la teoría de la necesaria descomposición del orden económico capitalista, se pone toda la fuerza en el antagonismo existente, entre la producción capitalista y el consumo social; pero aquí se acentúa la falta de relación entre la producción capitalista y la formación del provecho. Ya sabemos hasta qué punto es equivocada la primera explicación; otro tanto puede decirse, como ya se ha probado antes (cap. VII), de la segunda.

La teoría de la descomposición capitalista tiene que ser completamente abandonada. La economía capitalista no lleva consigo elemento alguno que en un momento dado haga su vida imposible. Engels pensaba, hacia el año 40 del siglo pasado, que la evolución capitalista había casi llegado á su límite, debido á la carencia de nuevos mercados, y que la producción capitalista, en lo futuro, tendría que aminorar su marcha. Evidentemente fué esta profecía muy desafortunada. La producción capitalista ha conseguido desde entonces una extraordinaria expansión

(1) Marx, *El Capital*, tomo IV, pág. 223.

y no ha encontrado, por esto, ninguna nueva dificultad en la realización del capital. La misma industria capitalista se ha creado mercado para la masa cada día más enorme de sus productos.

Sin embargo, nuevamente vuelve á asegurarnos, el teórico hoy más conocido de la escuela marxista, que nos encontramos cerca del último límite de expansión de la producción capitalista y que pronto ha de serla imposible valorar su capital. ¿Puede ofrecer la menor duda, que la profecía de Kautsky no disfrutará de mayor fortuna que la de Engels? Una teoría económica cierta, sólo puede presagiar, y con absoluta seguridad: que el capitalismo no llegará á su ruina por carencia de mercados.

Esto, en ningún caso quiere decir que haya de tener el capitalismo una vida ilimitada. El orden económico socialista me parece que ha de ser el legítimo heredero del capitalista. Considero, sin embargo, irrealizable la hipótesis de una situación de violencia en la economía que haga saltar al capitalismo, para hacer hueco á un nuevo sistema económico; aunque reconozco la preexistencia en el sistema económico capitalista, de un antagonismo interno, insoluble, que le hace llevar aparejado, con necesidad fatal (aunque no económica), su propia ruina. Este antagonismo radica en que la economía capitalista hace del hombre-trabajador un simple medio económico, y conduce, al mismo tiempo, á la difusión de la concepción jurídica que ve en toda persona humana el fin supremo en sí. Esto es, pues, la contradicción del principio fundamental económico, con la norma ética fundamental, la cual dice: "El hombre, y, en general, todo sér racional existe como fin en sí mismo, no meramente como medio al servicio de esta ó aquella voluntad, sino que debe ser

considerado en todas sus acciones, dirigidas tanto á sí mismo, como á otros seres racionales, siempre como fin (1)„.

Lo anteriormente expuesto ha mostrado que el capitalismo, según su verdadera naturaleza, está en conflicto con esta suprema norma ética. La escuela marxista juzgó al capitalismo demasiado favorablemente; creía que también la economía capitalista se vería obligada á considerar al hombre trabajador y su consumo, como uno de sus fines; de no hacerlo se descompondría á causa de la imposibilidad de valorar el capital. Esta concepción descansa en un completo desconocimiento de las verdaderas leyes de la realización del capital. El descenso del consumo social, acompañado de un simultáneo aumento de la producción capitalista, desde el punto de vista capitalista no es ningún contrasentido económico, ya que la economía capitalista no aspira á cubrir inmediatamente la necesidad social, sino á valorar el capital, para lo cual no necesita del consumo humano. El capital no ve en el hombre el único fin racional de la economía, sino el medio económico más importante. La más poderosa de las armas económicas empleadas por el hombre en su lucha con la naturaleza—el capital—, se vuelve así contra el hombre mismo.

La evolución económica difunde, entre las más extensas capas sociales, la conciencia de esta situación, y crea medios para su eleminación. El nuevo ideal social deviene una fuerza social cada día más considerable. "La *Idea* se desacredita, siempre que se la diferencia del interés„—ha dicho una vez Marx—. Ello es cierto; pero

(1) Kant, *Fundamento de la metafísica de las costumbres.* Ed. Kirchmann, 1897, pág. 52.

también lo ha expresado de otro modo: "Sólo en nombre del derecho general de la sociedad puede atribuirse una clase la soberanía sobre todas las otras„; se refería con ello al papel emancipador del proletariado, en la futura transformación social. Tan exacto es lo segundo como lo primero. Un ideal social puede vencer únicamente cuando corresponda, al mismo tiempo, á los intereses de los grupos sociales más poderosos y á la concepción ética de la generalidad. En este caso tiene que vencer. El ideal socialista posee ambas cualidades: corresponde á los intereses de las clases obreras—la inmensa mayoría de la población—, y constituye también la exigencia fundamental del derecho natural. "El derecho innato es uno sólo„—ha dicho el pensador más grande de la época moderna—y "la libertad (independencia de otro poder compelente), en tanto que se armoniza con la libertad de todos, según una ley general, es este único, originario, derecho que corresponde á todo hombre, debido á su personalidad humana„ (1). El capitalismo es incompatible con este derecho originario de los hombres, de aquí que tenga que dejar su puesto á un orden social mejor y más justo. Pero la Humanidad nunca recibirá el socialismo como un regalo de las fuerzas económicas, ciegas y elementales, sino que tiene que conquistar con su trabajo el nuevo orden social.

(1) Kant, *Metafísica de las costumbres.* Ed. Kirchmann, 1870, pág. 40.

ÍNDICE DE OBRAS Y AUTORES CITADOS (1)

(1) Habiendo dado en el texto todos los títulos en español, reproduzco á continuación los mismos en el idioma en que están citados por T.-B.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN SEGUNDA

VALOR Y PLUS-VALÍA

SECCIÓN TERCERA

LA DESCOMPOSICIÓN DEL ORDEN ECONÓMICO CAPITALISTA